

# Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>

- Rafa Marin
- Ramón San Miguel
- Carlos M. Federici
- Jesús Cañadas
- Néstor Allende
- Vicente Balbastro
- Zalo Palmer
- Ramiro Sanchiz
- Víctor Monigote

**Y mucho más**



XII - MMXV

Cómic  
Poesía  
Relatos  
Artículos  
Entrevistas  
Ilustraciones

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

**AVISO LEGAL.** Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moineo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

#### BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

#### CONTACTO

[revistaplanetas@gmail.com](mailto:revistaplanetas@gmail.com)

## NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, **formateado en Times New Roman a 12 puntos y corregidos ortotipográficamente**. Si no se cumplen algunas de estas consideraciones el material puede ser automáticamente descartado.



Planetas Prohibidos  
Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Planetas Prohibidos© Año 4 N° 12

Diseño y maquetación:

James Crawford  
Independence  
Edition  
Publishing



# ÍNDICE

4/EDITORIAL, J. Javier Arnau.

5/LAS EXCENTRICIDADES DEL CAPITÁN IGNATIUS, Ramón San Miguel Coca, Néstor Allende «Sgrum».

16/VUELTA ATRÁS, Carlos M. Federici, Zalo Palmer.

30/EL SEÑOR DE LA BASURA, Hugo Perrone, Pedro Belushi.

36/DE LOS SUEÑOS ROTOS, Jesús Cañadas, Rodrigo Damián.

41/FRANKENSTEIN DE MARY SHELLEY, 20 AÑOS DE UN DELIRIO INCOMPRESO, José Olmedo López-Amor.

51/POR TÍ VOLARÉ, Laura López Alfranca, David Olmedo.

56/LA VARIANTE BIOLÓGICA, Ramiro Sanchiz, Ángel García.

70/ORILÁN, Carlos Pérez Jara, Vicente Balbastre.

86/LOS CAMINOS DE LA ARENA, Rafa Marín, Ángel García.

97/BREVES NOTAS SOBRE TÉCNICAS DE ILUSTRACIÓN, Ángel García, J. Javier Arnau (intro).

100/COHERENCE, José Olmedo López-Amor.

107/CÓMIC: ONDAS FRAGUIANAS, Fraga.

# EDITORIAL

**D**urante estos días se han estado celebrando, o se van a celebrar, multitud de eventos, unos más llamativos que otros, algunos apoyados por grandes corporativos, otros más pequeños... pero todos relacionados con el mundo del fantástico (englobando aquí, como siempre, la fantasía, el terror, la ciencia ficción y, por qué no, el misterio). La CiFiCom (este año celebrada en Valencia), la Valencia Zombie Party, el I Cónclave de Terror de Zaragoza Penumbra, la Semana Gótica de Madrid, el Cuarto Festival de Cinema Fantástico de Granollers, el Festival de Cine Sitges, el CiFiCon de A Coruña, CyLCon 2015 Convención de Castilla y León, Fantastics de Castellón de Librería Argot, y varias más, a las que hay que sumar la próxima Hispacón de Granada, y la multitud de presentaciones, convenciones, encuentros, etc, que se celebran en diversas librerías, por diversos colectivos de escritores, asociaciones, etc.

Por otro lado, tenemos las revistas de género fantástico, tanto a nivel digital como en físico, que últimamente parece que no hacen más que crecer; baste darse una vuelta por las redes sociales para percatarse del nacimiento de nuevas revistas y, gracias a los dioses, consolidación de otras.

Más; las diversas antologías que van surgiendo, unas veces desde editoriales, de diverso tamaño y capacidad, otras desde grupos de autores que, por una causa u otra, se reúnen y sacan a la luz sus obras bajo un denominador común. Mercado editorial de novelas; siempre se está comentando lo mal que está el mercado para la ciencia ficción, no así para el terror y la fantasía (sobre todo dado que ésta se ha enfocado al mercado juvenil). Pero, la verdad, desde mi punto de vista de

reseñador para algunos portales, veo que desde determinados sectores editoriales se sigue apostando por la ciencia ficción, aunque pueda ser verdad que no al nivel que los aficionados al género nos gustaría... pero, realmente, ¿respondemos como aficionados a las publicaciones editoriales?; la "historia" nos demuestra que no, y que el mercado es cíclico, y al surgimiento de nuevas propuestas sigue una implosión que llena las estanterías de las librerías de saldos. ¿Cine?; bueno, de una manera u otra parece que a menudo hay obras que se engloban en la ciencia ficción y, como pasa en la literatura, siempre hay mercado para el terror y la fantasía (de nuevo, enfocado a menudo al público juvenil, normalmente derivado de las mismas obras literarias); en cifi, pues tenemos Interstellar, Tomorrowland, The Martian, etc. Y, como en literatura, pues parece que el mercado no responde, aunque posiblemente alguno de los films acabe siendo "de culto", como pasó, por ejemplo, con Blade Runner.

En fin, después de todo esto nos preguntamos; ¿cómo se encuentra hoy en día el panorama fantástico, tanto internacional, como a nivel de España? Y bueno, tal vez no seamos capaces de tener una idea general de dicho panorama, pero lo que es seguro es que seguiremos disfrutando de nuestros géneros preferidos, esperemos que durante mucho tiempo.

**J. Javier Arnau  
(co)editor**

# LAS EXCENTRICIDADES DEL CAPITÁN IGNATIUS

Texto: Ramón San Miguel Coca

Ilustración: Néstor Allende «Sgrum»



**A** cabo de ver en la netcom local una semblanza del viejo capitán Mikel Ignatius, el Patrón, y no he podido evitar soltar una lágrima. Al parecer le van a hacer un homenaje en Viejarroca por el aniversario de su muerte, lo que me parece muy merecido y todo un detalle, pues su colonia medró y prosperó con las mercancías que él y unos pocos comerciantes libres más transportaban en sus naves desde los ricos mundos del Centro. Es una pena que yo no pueda asistir, aunque me hubiera gustado. Porque yo también le debo mucho.

Hoy soy un comerciante interestelar conocido y próspero, tengo mi propio carguero, e incluso estoy casado. Pero cuando me enrolé en la *María Rosa* y conocí al Patrón, era relativamente joven y absolutamente inexperto. Los motivos que me impulsaron entonces a enrolarme con el capitán Ignatius no necesitan ser contados aquí. Diré simplemente que hubo un pequeño problemilla de por medio que involucró a una rica familia, una hija casadera y un novio celoso. Así que un buen día me encontré acomodándome en un pequeño camarote compartido en la *María Rosa* con el trabajo de ayudante de piloto y poco más.

Lo primero que me sorprendió fue la nave. Estaba muy bien cuidada, a pesar de ser una vieja PEGASO-Aerospatial modelo IV de los primeros tiempos de la colonización del sector Transnebulosa. Había sido casi completamente remozada y sus componentes actualizados. He visto muchas naves más modernas en un estado mucho peor, incluyendo cruceros de pasajeros. Lo segundo que me sorprendió fue el propio Ignatius. Aunque su oronda figura no tenía nada de especial, excepto unos enormes y anticuados bigotes de un profundo color negro, al igual que su bien recortada aunque escasa cabellera y que se le conocían al menos tres mujeres en tres mundos distintos, fue

su excéntrico comportamiento lo que me chocó. Seguía ciertos rituales constantemente: tocaba una bola de madera que siempre llevaba encima, cuando alguien hablaba de la muerte; se sentaba en su sillón de mando siempre por el lado derecho; nunca admitía a bordo a una mujer –lo que le ocasionaba a veces problemas legales en muchos mundos–; no permitía que nadie silbara a bordo; jamás partía de un mundo en viernes...

De todos aquellos ritos supersticiosos, el que más me impresionó era el que realizaba previamente a cualquier salto al hiperespacio. Tenía en el puente, sobre una repisa dispuesta a tal efecto, una pequeña figura de cristal amarillento dentro de una campana plástica transparente. Mientras el piloto efectuaba los correspondientes cálculos de salto, el Patrón quitaba la campana protectora, lentamente se llevaba tres dedos a la boca, a la frente, al corazón y luego tocaba la figura con mucho cuidado. A continuación sacaba un chip bancario de su bolsillo, siempre el mismo, y lo colocaba con cuidado al lado de la figura. Así permanecía durante todo el recorrido hiperespacial, hasta que al volver al espacio normal repetía el ritual, retiraba el chip y volvía a poner la cubierta transparente.

A pesar de aquellas manías, el capitán Ignatius era un hombre afable, tranquilo, con sentido del humor y con el que era fácil llevarse bien. Durante los dos años que siguieron fui ganándome con mi trabajo el aprecio del viejo, hasta el punto de que cuando Corominas, el piloto, nos dejó, el Patrón me confirmó en su puesto. Me convertí en su número uno y me tomó como pupilo personal para enseñarme los trucos del oficio. Nunca osé preguntarle por el cristal, ni por su ritual, que no dejaba de hacer viaje tras viaje. Esperaba ganarme con el tiempo su confianza plena y que me lo contase. Nunca imaginé que fuese a ocurrir en aquellas dramáticas

circunstancias, ni que fuese en su último viaje. Un viaje que recuerdo con terror y que aún me provoca pesadillas. Un viaje que jamás olvidaré por la cuenta que me tiene.

El Patrón acababa de cerrar un contrato importante para llevar un cargamento desde la capital del sector Gema Imperial hasta la colonia recientemente incorporada de Paraíso, en lo que sería el viaje más largo que él realizara desde que comenzó su carrera. Prometía grandes beneficios, hasta el punto que empezaba a pensar ya en retirarse.

—Si no lo hago, será porque no sabría con cual de mis mujeres quedarme... —decía con una mirada pícaro en sus ya acuosos ojos.

No obstante, el viaje empezó mal: poco antes de partir, mi ayudante, que llevaba con nosotros desde que me ascendieron, tuvo un lío en una taberna y la Guardia Civil Colonial le retuvo hasta que se aclarase el asunto. Aquello nos ponía en apuros, pues sin una tripulación completa las autoridades portuarias no nos dejarían partir. El Patrón no quería esperar para hacerlo, pues el día siguiente era viernes según el calendario de la nave. Nunca despegaría un viernes. Tampoco podía esperar hasta el sábado, los plazos de entrega eran sumamente estrictos. Así que mientras el viejo despotricaba contra la GCC, contra la autoridad portuaria, contra mi ayudante, contra los que no sabían beber y contra la galaxia en general, yo me dediqué a buscar un sustituto con la mayor rapidez posible. Y lo encontré. Todo un éxito, pues aunque en Gema Imperial abundan los pilotos, no todo el mundo está dispuesto a viajar a la más remota colonia del Sector Transnebulosa; al menos con el sueldo que el Patrón estaba dispuesto a pagar. Pero conseguí uno y podía estar a bordo justo a tiempo para el despegue.

Era un piloto preparado, con un aceptable aunque poco extenso currículum, y cuyas pretensiones económicas

eran asumibles. Solo tenía un problema: era una mujer. Cuando el Patrón se enteró, tuvimos la mayor pelotera que jamás habíamos tenido. Ignatius casi explota. No, de ninguna manera. Ninguna mujer pondría pie en su nave. Jamás. Prefería quedarse atascado en el planeta... Pero a medida que se iba acercando la medianoche, y con ella la posibilidad de que perdiéramos el contrato, el Patrón comenzó a vacilar. Es cierto que ese día yo estaba especialmente persuasivo y que me respaldaba el hecho incontestable de que millones de mujeres viajan, tripulan, comandan y viven en naves espaciales. Además de que el Patrón iba a ganar un montón de dinero, que casi le permitiría jubilarse... Faltaba sólo una hora, cuando al fin, ante la sorprendida y embobada cara de nuestros técnicos, Patricia Morón subía a bordo. Por supuesto, el Patrón no quiso ni recibirla ni hablar con ella. Se encerró en su camarote mientras Patricia se instalaba y procedimos a soltar amarras justo cuando faltaban quince minutos para la medianoche.

Pusimos rumbo a la zona de Salto, y aprovechando la ausencia del Patrón, puse a la joven al día de sus manías y rarezas, especialmente de la relacionada con el salto hiperespacial. Quedó muy sorprendida, en la vida había conocido a nadie tan supersticioso como el viejo. Me dijo que, si no fuera porque estábamos de camino, se habría largado, pues no quería ser causa del desagrado del capitán. La tranquilicé diciéndole que, en cuanto viese que no ocurría nada, el capitán se calmaría.

Sin embargo, el Patrón no se dejó ver hasta que llegamos al punto de salto. Me daba sus instrucciones por intracomuniéndose estrictamente al trabajo. Nunca se dirigió directamente a Patricia. Comía solo en su camarote, mientras el resto de nosotros lo hacíamos en el pequeño refectorio común. Aunque se le echase de menos y Patricia se sintiese muy culpable por ello,

pronto la alegría y discreción de la joven hizo que se integrara plenamente en la tripulación. Y yo confieso que empecé a sentirme atraído por ella.

Llegamos al punto de salto en el plazo previsto y sin incidentes. Mientras Patricia y yo establecíamos la ruta de salto, el Patrón apareció en el puente. En silencio, sin siquiera saludarnos, se plantó ante la figura de cristal y paso a paso realizó todo su ritual, tan familiar para mí, pero tan nuevo para mi compañera, que no dejó de mirar disimuladamente. Cuando terminó, se volvió a mirarme. Pocas veces le vi antes tan adusto y con unas ojeras tan pronunciadas. No dijo nada, simplemente asintió en mi dirección, dio media vuelta y salió.

Saltamos. Faltaba poco para que la pesadilla empezase.

Los primeros días fueron tan rutinarios como siempre, excepto por la actitud de nuestro capitán. Todo marchaba como la seda y Patricia y yo tuvimos tiempo para ir conociéndonos mejor. Parecía que también yo le gustaba a ella, y ambos nos encontrábamos muy a gusto con esta situación solos en el puente.

Todo cambió al iniciarse la segunda semana del viaje. Yo me encontraba en mi camarote, durante mi periodo de descanso, cuando sonó la alarma. Acudí bastante asustado a mi puesto en el puente esperando encontrarme con algún problema técnico. Pero no estaba preparado para lo que me encontré al entrar.

Ante mí se desarrollaba una grotesca, por lo increíble, escena: el capitán Ignatius estaba de rodillas frente a la repisa, sosteniendo en la mano varios pedazos de cristal y aullaba como un loco mirando al techo. Más allá se encontraba Patricia, de pie contra la mampara, desencajada y temblorosa; su dedo aun pulsando el botón de la alarma. Antes de que nadie dijera nada, Juanmi y Rafa, nuestros técnicos, apa-

recieron detrás de mí preguntando qué demonios pasaba.

Les hice callar, y me acerqué al Patrón. Sus aullidos habían cesado y ahora sólo gemía. No me contestó, ni siquiera hizo gesto de reconocermelo, cuando le puse la mano en el hombro. Simplemente me miró con los ojos extraviados y murmuró un "estoy perdido" antes de proseguir con sus gemidos.

Con cuidado, y hablándole con toda la calma que la situación me permitía, le levanté del suelo. Se dejó hacer, como si no le quedaran energías. Con la mayor delicadeza le fui llevando hasta la puerta y de allí, seguido por los dos asombrados técnicos, hasta su camarote. Ordené a Juanmi que se quedara con él y que no le quitase ojo de encima y a Rafa, que hacía las veces de nuestro enfermero de a bordo, que le administrara un calmante. Luego regresé al puente, donde Patricia aún seguía temblando y sollozando silenciosamente. Me acerqué a ella y tomé su mano entre las mías. Ella entonces me abrazó con fuerza y su llanto se hizo más fuerte.

—¿Estás bien? ¿Quieres un vaso de agua, un calmante o algo? —pregunté un tanto confuso.

Ella negó con la cabeza. Le ayudé a sentarse en su asiento. Una rápida mirada a los paneles me confirmó que no tenía que preocuparme por el estado de la nave. Todo parecía ir bien, así que podía concentrarme en averiguar qué demonios estaba ocurriendo.

—¿Puedes hablar? ¿Contarme lo ocurrido?

—Lo siento... yo no quería... ¡Me gritó! Me llamó de todo... estaba hecho una furia —contestó entre hipidos.

—Tranquila, tranquila, ya ha pasado. Intenta contármelo desde el principio, anda.

—Sí, perdona... —calló un momento. Respiró profundamente y se quitó las lágrimas de la cara con la mano, antes de proseguir ya más calmada—. Estaba en la tercera hora de guardia y todo

marchaba normalmente. Entonces entró él... el Patrón... se quedó junto a su sillón, de pie, mirándome con ojos raros... Al principio creí que quería... que quería... ya sabes... —asentí, aunque yo sé que el capitán no era de esos que acosaban a las mujeres—. Pero se limitó a observar mientras yo continuaba mis tareas. Me puse bastante nerviosa, como te puedes imaginar... así que sin querer, mientras realizaba unas comprobaciones rutinarias, cometí un error... y entonces él estalló. Empezó a decirme de todo: Que si yo era una inútil, que si no debió dejarme subir a bordo, que si esto y lo de más allá... se iba calentando cada vez más.

»Me asusté. De verdad que creí que iba a agredirme, así que apreté la alarma para que alguien, tú, vinieras. Entonces empezó a gesticular violentamente y... y accidentalmente golpeó la figura con su mano. Se tambaleó y, sin que él pudiera evitarlo, cayó al suelo y se rompió. Toda su furia desapareció de golpe. Cayó de rodillas, dijo algo que no entendí bien, y se puso a aullar. En ese momento llegaste tú... —calló y entonces fui yo quien la abrazó. Todavía temblaba.

Estuvimos así un buen rato, mientras yo pensaba furiosamente en las consecuencias de lo ocurrido. El capitán Ignatius que me pintaba Patricia no se correspondía con el amable Patrón que yo conocía. Al contrario, era totalmente impropio de él semejante comportamiento. Claro que nunca había roto delante de mí una de sus supersticiones, como la de subir a bordo una mujer. Aquello me asustó. Si algo tan simple le había semienloquecido... ¿qué ocurriría ahora que su amuleto más importante estaba roto?

El escuchar exactamente esa misma pregunta saliendo de los labios de Patricia me sacó de mi abstracción.

—No lo sé —respondí—. Siempre podemos mantenerlo el resto del viaje bajo control en su camarote, como has-

ta ahora. Yo puedo encargarme de conducir la nave. Si esto —señalé la repisa ahora vacía— le pone peor, tomaremos otras medidas y cuando llegemos a Paraíso, veremos si allí tienen medios para atenderle médicamente. Pero antes de hacer nada, hablaré con él. Todo irá bien, ya verás.

Patricia estaba ya algo más tranquila y haciendo gala de su profesionalidad, quiso volver a su puesto, pero me negué. Le ordené que se retirase al camarote y que descansase un rato. Así pude quedarme solo en el puente y meditar acerca de lo sucedido. Antes, llamé a Juanmi por el intracom para conocer el estado del capitán. Su respuesta "duerme tranquilo" sirvió para que yo también me calmara un poco.

Al comenzar la jornada siguiente, tan pronto como me informaron de que el Patrón estaba despierto, acudí a verle. Aunque le saludé con una sonrisa, él no sonrió. Estaba sentado en su silla, tenía en su mano la bola de madera procedente, como solía decir Corominas, de la mismísima Vieja Tierra y que tocaba cuando se hablaba de la muerte.

—Estoy condenado, Paulo. Voy a morir —me dijo y dio un golpecito inconsciente a la bola—. En cuanto esa mujer subió a bordo lo supe. No, no me interrumpas —ordenó al ver que intentaba abrir la boca—. ¿Crees que no lo sé? No tiene nada que ver con ella, ni con cualquier mujer. Es una superstición sin sentido, como tú ya me señalaste, y soy consciente de ello. Pero no lo puedo evitar. Es una sensación muy profunda, ¿sabes?, algo tan dentro de mí, tan grabado a fuego por las creencias de mi mundo cuando era un chaval que ahora no puedo evitarlo. Me mantienen en paz conmigo mismo y más o menos cuerdo, si es que esas manías mías pueden llamarse así. No te imaginas lo que luché conmigo mismo para permitir que subiera a bordo. Nunca debí haberlo hecho. Desde ese momento yo no estuve en mis cabales, lo noté

en seguida. Me incapacitó para seguir al mando de la *María Rosa*. Y la prueba ha sido la escena de esta noche. Perdí el control, Paulo. Por un nimio error. Nunca me había pasado antes algo así. ¿Me podrá perdonar, me podréis perdonar todos?

—Claro, Patrón —procuré sonar animado—. Estoy seguro de que Patricia entiende que...

—Pero es que eso no es lo peor —me interrumpió en voz más alta, como si acabara de darse cuenta de algo—. ¿Has visto lo que ha pasado? ¡La figura de Hermes el protector se ha roto! ¡Yo la he roto! Y ahora nada puede detenerlos. ¿Entiendes, Paulo? ¡Nada puede detenerlos! —Me agarró por el brazo con tal fuerza que me hizo gritar, no tanto del dolor como de la sorpresa. En sus ojos apareció entonces un brillo demencial de terror como nunca había visto en él. Tenía su amplio mostacho erizado. Comenzó a agitarme como si fuera un pelele. La verdad, como antes Patricia, creí que mi integridad física estaba en peligro e hice una seña a Rafa, que estaba esperando en la puerta, para que me ayudara. Pero justo entonces me soltó. Se dejó caer sobre la silla y se tapó la cara con las manos. Estaba llorando—. Dejadme, por favor —pidió.

Rafa me miró y asentí.

—Lámeme si necesita algo, ¿OK, Patrón? —le dijo el técnico.

Salimos, respetando el deseo del viejo y dejándole a solas con su temor. Me pregunté, si no debía haber insistido en que Rafa siguiese con él, pero entonces me pareció, y aún hoy sigue pareciéndome, que hicimos bien por respeto a su persona en dejarle a solas con sus sentimientos.

Intentamos seguir con la rutina normal. Delante nuestro teníamos aún dos semanas y media de viaje hiperespacial y la situación del capitán nos tenía con la moral muy baja. Especialmente Patricia, que se sentía de alguna forma culpable de la situación.

Y el viaje siguió torciéndose. Entramos en una zona especialmente compleja de la ruta en cuanto a turbulencias y vórtices, lo que se conoce como una tormenta hiperespacial. Aquello nos tuvo a Patricia y a mí muy concentrados en nuestra tarea de pilotaje. Comenzábamos ya a acusar la ausencia del Patrón y la consecuente fatiga de muchas horas de trabajo y pocas de descanso. Sobrevino el desastre: para cuando pudimos atender el frenético aviso de Rafa acerca de la sobrecarga del convertidor másico era tarde. Los sistemas de seguridad automáticos desconectaron la energía principal, los motores gravíticos se apagaron y la nave quedó casi muerta y a la deriva en el hiperespacio.

Rafa nunca llegó a explicarse del todo como pudo ocurrir. De vez en cuando volvemos sobre ello, pues sigue trabajando conmigo, y siempre insiste que lo que nos paso era casi del todo punto imposible. Pero allí estábamos, varados en una dimensión incompatible con la existencia, funcionando con la energía de emergencia, con un capitán bastante ido y con la tripulación agotada tras tres días de trabajo continuo.

Al desconectarse la energía, el Patrón salió de su camarote y accedió al puente. Cuando le vimos entrar supimos que solo podría traernos problemas, no ayuda. Temblaba, miraba hacia todas partes sin fijar la vista y sus manos se retorcían sin parar acariciando su bola de madera. Titubeante, con voz más aguda de lo normal, me pidió novedades. Cuando le informé asintió gravemente. Parecía que estaba esperándolo.

—Me aguarda una dura prueba —dijo—. Paulo, tengo que hablar contigo a solas y no tenemos mucho tiempo. Ven a mi camarote tan pronto puedas. Mientras... —abrió la intracom y alzó la voz—. Tripulación, os habla vuestro capitán. Nos aguardan momentos difíciles. No he sido el Patrón que acostumbráis

a tener, lo sé y lo siento. Quizás algún día entenderéis lo que está ocurriendo, ahora sabed que debo abandonar mis deberes —a medida que hablaba se iba notando más seguridad y firmeza en la voz—. El piloto Paolo Canaris queda a todos los efectos nombrado capitán de esta nave. Este puesto será ratificado a... nuestro regreso... a Gema Imperial. Yo no estoy en condiciones de seguir al mando, ni lo volveré a estar. Ha sido un placer y un honor compartir con todos vosotros tantos momentos en nuestros viajes —miró significativamente a Patricia y por primera vez vi como la sonreía, aunque un tanto tristemente—. Muchas gracias.

Desconectó la comunicación. Quise decirle algo, animarle, pero tenía un nudo en la garganta y no pude. Él lo comprendió, me parece. Me dio unos golpecitos en la espalda y salió.

Como capitán en funciones, y dada la situación de emergencia, me puse a la tarea de organizar las reparaciones. Tanto Rafa como Juanmi eran dos técnicos muy cualificados y en seguida diagnosticaron el problema y prepararon una solución que nos devolviese la energía al menos hasta completar el viaje. Luego necesitaríamos reparaciones más extensas.

Fueron cinco horas de trabajo extenuante para todos, pero al fin decidí que todo estaba ya enfocado. Dejando a Juanmi al cargo de las reparaciones con lo que el denominaba jocosamente "sus esbirros robots", ordené a los demás irse a dormir. Yo también estaba muerto de sueño, pero antes de irme a la cama tenía hablar con el capitán Ignatius y tratar de encontrar una explicación al comportamiento tan irregular y enajenado de un hombre a quien había aprendido a querer como a un padre y mentor.

El Patrón estaba sentado con su netcom abierto y dictando algo. Cuando entré lo apagó y se volvió a mí.

—Estoy arreglando las cosas por si...

—dijo en tono culpable e hizo una pausa para acariciar su bola—. Gracias por venir, tengo mucho que explicarte.

—¿Estás bien? No tienes buena cara —le dije un tanto absurdamente.

—Tu tampoco —sonrió. Su sonrisa me dio escalofríos. La luz de emergencia de su cabina daba a su figura un aire tenebroso, y su gesto, que quería ser amable, adquirió un aspecto de derrota y muerte que me aterró—. Le he dado muchas vueltas a si es conveniente o no que sepas lo que voy a contarte. Al final, y dado lo que va a pasar... —bajó la vista un momento a su bola y luego me miró a los ojos— creo que es mejor decírtelo, aunque eso aumente el riesgo. Así que siéntate y escúchame. ¿Crees que lo que nos ha ocurrido, lo de la tormenta, es un accidente? No, no lo es. Vienen a por mí, Paolo. Vienen a por mí.

Aquellas palabras dichas con una tranquila frialdad acentuaron mi terror. El capitán estaba totalmente loco. Mi cara debió expresar ese miedo de forma muy evidente, incluso a la escasa luz que teníamos.

—¿Crees que tu viejo Patrón está paranoico, Paolo? ¿Que lo ocurrido ha destruido mi cordura para siempre? —prosiguió. No había reproche, quizás algo de diversión en su voz—. No temas. Sigo siendo un maniático, pero no he perdido la cabeza. Te voy a contar una historia, muchacho y a descubrirte una verdad. Seguro que alguna vez, en las tabernas de los puertos espaciales a los que arribamos, has oído hablar de aquellos que moran entre las dimensiones, ¿verdad?

Aquello me sorprendió. Sí, alguna vez oí hablar de ellos, en susurros, en las viejas estaciones espaciales de colonias remotas. Les daban muchos nombres: Escilas, Hiperaliens, Vagantes, Primigenios... Se decía que eran entidades poderosas e inmortales que se desplazaban por dimensiones diferentes a las de nuestro vulgar espacio, y que a veces se apoderaban de las na-

ves que transitaban por el hiperespacio para destruirlas, pues su paso les perturbaba. Como la inmensa mayoría de los que viajamos entre las estrellas, jamás di crédito a aquellas leyendas susurradas, nunca nadie declaró haberse encontrado con ellos, y aunque siempre se pierden naves en ruta, al igual que en el espacio normal, no hay razones para achacarlas a entidades sobrehumanas. Lo raro es que, como superstición entre navegantes, jamás hubiese oído al patrón nombrarlos hasta ahora. Entonces se hizo la luz en mi mente y comprendí. El ritual del cristal, por supuesto...

—Esos seres existen, no son meros cuentos de lobos del espacio —prosiguió Ignatius, sin hacer caso de mi cara de sorpresa—. Lo descubrí por las malas, en uno de mis viajes. Fíjate que a pesar de mis pequeñas manías, nunca acabé de dar crédito a aquellas habladurías de taberna...

»Ocurrió a poco de obtener la concesión de la ruta de Viejarroca. Fue un viaje muy parecido a éste, con muchas turbulencias hiperespaciales. Tuvimos un grave problema con el motor, como ahora, y acabamos perdidos. Entonces aparecieron. No físicamente, ¿sabes? No tienen cuerpo tal y como nosotros lo entendemos. Están hechos de una clase de energía que se manifiesta a través de nuestras propias mentes. Toman nuestros pensamientos y los utilizan, especialmente nuestras creencias más profundas. Si creemos en ellos, les resulta muy fácil interactuar con nosotros, los humanos. Sí, suena raro, lo sé, pero escúchame. Uno de los miembros de la tripulación, un técnico llamado Berto, creía en ellos y estaba verdaderamente aterrado. Entonces aparecieron en nuestros propios sueños, tomando formas aterradoras. Empezaron a asediarnos en pesadillas espantosas... al principio pensamos que eran alucinaciones colectivas, fantasías creadas por nuestros miedos profundos, contagiados del temor del in-

feliz tripulante. Y sobrevino la tragedia: a los tres días le encontramos muerto en su cámara. Una muerte horrible, con su cuerpo desgarrado, mutilado... desde dentro. Su cabeza abierta como un melón. Yo... fue espantoso...—el Patrón cerró los ojos. Sudaba a chorros, a pesar de que la temperatura de la cabina era baja para ahorrar energía. Aquella imagen debió ser tan atroz que era evidente que el viejo Patrón no la olvidó nunca—. Esa noche los que pudieron dormir algo se vieron asaltados de nuevo por pesadillas. En mi caso, era un ser de rostro de fuego, que me advertía: Me conocían, sabían quién era yo y a que me dedicaba y me instaban a dejar de viajar por sus dominios. Era la última oportunidad que me daban. Tras aquellos sueños, sin más aviso, las apariciones dejaron de verse. Cumplida su misión, se fueron a hacer lo que quiera que hagan los seres como ellos. No les volvimos a ver, ni a soñar con ellos. Y las turbulencias desaparecieron tan repentinamente como llegaron.

»Arreglamos el motor y completamos el viaje. Arrojamus los restos del pobre Berto al vacío, para ahorrarnos problemas, y ocultamos a las autoridades la forma en que murió. Y entonces me planteé que hacer. Estaba en el comienzo de una prometedora carrera como mercante espacial, con rutas nuevas y succulentas. Pero si volvía al hiperespacio, sabía que me encontrarían, y naturalmente no quería acabar como Berto."

—Así que el ritual...

—Oí hablar de ello y me pareció la única salida. Si crees firmemente que no te encontrarán, no lo harán, ¿entiendes? La presencia de Hermes, protector de los viajeros, me permitía creer en ello. No es una simple superstición, para mí eso es real. Y funcionó, como funcionaba también con otros. He estado navegando por sus dominios muchos años confiando en la protección que me brindaba. Pero al final, mis pro-

pías supersticiones me han traicionado. Si esa mujer no hubiese subido a bordo... Si yo no hubiese perdido el control de aquella manera... Ahora es tarde, la estatuilla está rota y ellos están aquí. No me perdonarán, Paolo. Quizás a vosotros sí. Quizás si apeláis a la racionalidad, o si se conforman con mi sacrificio, vosotros sobreviváis. Luchare por mi tripulación.

No supe que pensar. Aun no podía creer realmente lo que me contaba el viejo. Era evidente que estaba bastante loco. ¡Seres extradimensionales! ¡Pesadillas asesinas! Sin embargo, era obvio que algo le ocurrió a aquel pobre tripulante... ¿Sugestión?

—No me crees... ¡bien! Al menos es un consuelo... Ahora déjame, tengo que terminar de arreglar mis asuntos.

Salí en silencio, como un sonámbulo. Estaba física y mentalmente agotado. Necesitaba imperiosamente dormir algo, así que marché directo a mi camarote con intención de echarme al catre. Pero en medio del pequeño corredor me detuve. Iluminado tenuemente por las lámparas de emergencia, me pareció más largo que de costumbre, como si el mismo espacio se tensara. Hasta las turbulencias parecían haberse calmado. Y ese silencio, esa falta de vibración de los motores, esa quietud fantasmal impropia... me parecía estar en medio de uno de esos shows tridi de terror de la galacnet, como si fuese la víctima de un asesino terrorífico... deseché esos pensamientos. Todo eso era una locura...

Caí rendido en la cama, pero me costó conciliar el sueño pues mi mente no dejaba de dar vueltas. Entonces, incluso con los ojos cerrados, me pareció ver una muy sutil luz moviéndose de un lado a otro de mi cabina. Cuando los abrí... tenía algo enfrente. Nunca había visto nada igual, salvo en esas pesadillas espantosas que nunca recuerdas porque si lo hicieses enloquecerías sin remedio. Era luminoso, transparente,

y cubierto de un negro manto de odio. No hablaba, no hacía falta. Transmitía, sin embargo, desprecio, inmenso poder y deseo de muerte. Uno de sus apéndices me señaló y supe que estaba marcado. Aterrado, inmóvil, me sentía como un insecto contemplando la llama a la que se precipitaba para morir.

Desperté. Un inmenso alivio catártico me recorrió. Todo había sido un sueño, una vívida pesadilla provocada tanto por el cansancio como por las extraordinarias palabras del viejo Ignatius. Me habían afectado mucho más de lo que creía.

Trabajamos de firme todo el día. Estábamos al límite de plazo para la entrega y debíamos darnos prisa. No obstante el trabajo se resentía: desde el inicio de la jornada la tormenta parecía haberse recrudecido y éramos de nuevo azotados por una tormenta de ondas de choque que ocasionaban continuos saltos cada vez que éramos alcanzados. Nos estaban poniendo de los nervios, pues parecían ocurrir justo cuando estábamos con una operación delicada, como si respondieran a la mala idea de alguien. Sí, me descubrí a mí mismo pensando en las criaturas del hiperespacio una vez más.

Durante la jornada no conseguí hablar con el Patrón. Lo intenté varias veces, pero no contestó a mis llamadas, y cuando fui a su cabina, me echó a gritos. Su estado me preocupó. Rafa me dijo que no comía nada de lo que le llevaba... durante la cena, a solas con Patricia por primera vez desde el accidente, pude contarle mis sueños, aunque me guarde de decirle nada del Patrón ni de su historia. Me confirmó lo que temía, que ella también había sufrido una pesadilla que, afortunadamente, no recordaba. Quise racionalizarlo, achacándolo al cansancio por el exceso de trabajo, pero en el fondo empezaba a temerme que el capitán tuviera algo de razón y aquello me aterraba.

Esa noche dormí a ratos. No recuer-

do haber tenido siquiera el más mínimo sueño. No obstante, cuando desperté, noté como si me lo hubieran implantado en mi mente, que algo espantoso sucedía en la nave. Ni me detuve a realizar mis abluciones, salí al corredor en ropa de cama y con una sensación de urgencia irracional, que no acababa de explicarme. En dos zancadas me planté delante de la puerta de la cámara del capitán. Justo en ese momento, Patricia salía del puente. Su cara mostraba tensión y miedo.

—Paolo, ¿qué pasa? —preguntó—. He sentido de pronto una urgencia, como si...

—¡Shhh! —le hice callar. Del camarote del viejo salían ruidos ahogados— ¡Patrón! —llamé— ¿Está bien?

No respondió. Intenté abrir la puerta, pero estaba sellada, lo que era muy raro. Rafa y Juanmi aparecieron entonces, uno con su ropa de dormir, y el otro con una de sus herramientas en la mano.

—¡Ayudadme! —ordené—. ¡Tenemos que abrir! ¡Al viejo le pasa algo!

Pero antes de que pudiéramos ponernos a trabajar, escuchamos un grito horrible que nos dejó totalmente paralizados. Un grito de terror puro, destilado y sublimado. El grito de alguien que se enfrenta al peor miedo que puede haber soñado jamás. Y era la voz distorsionada del capitán Ignatius.

Creo recordar que todos retrocedimos inconscientemente. De repente, ni nos planteábamos abrir aquella puerta para enfrentar lo que fuera que ocurría dentro. Si hubierais escuchado el grito lo entenderíais. Nos miramos todos, aterrados. Y fue precisamente Patricia la que, resuelta, se volvió a la puerta.

—¿Estáis dormidos o qué? —nos gritó—. ¡El Patrón nos necesita! ¡Hay que entrar y ayudarle!

Justo en ese momento nos alcanzó una onda de choque. No teníamos a nadie en el puente para maniobrar y esquivarla, por lo que nos acertó de pleno.

La nave tembló y saltó como un corcho en una tormenta. Fue, con mucho, la peor que experimentamos esos días y por un momento creí que aquello era el fin de la *María Rosa*.

Mientras rodaba por el suelo, vi fugazmente la puerta abrirse. El tiempo se detuvo para mí en ese instante y me asaltó una sensación de caída hacia la oscuridad existente más allá de la rendija de la puerta. Supe que dejaba atrás mi cuerpo, como cuando a veces sueñas con tu propia muerte, y que se me permitía por algún motivo que no entendía ser testigo de una batalla feroz: rodeado de las tinieblas, que le servían de manto, un terror incorpóreo e inhumano rodeaba la figura brillante como el sol del viejo Patrón. Se aferraba a su bola talismán, y la usaba como un arma. Pero su resistencia no duró mucho: La bola se quebró en dos y se desprendió de su mano y el brillo que le rodeaba se colapsó como si se hubiese formado en el interior de su cuerpo un agujero negro, dejando un reguero de gotitas brillantes a modo de aureola.

Entonces fui arrojado de vuelta a mi cuerpo. Ya había visto suficiente. El tiempo volvió a fluir, y seguí rodando hasta darme un fuerte golpe contra una pared. Entonces la fluctuación cesó.

Nos levantamos, atontados y magullados pero ilesos. Además recuperamos la luz normal. Fue repentino, y nos pilló por sorpresa. Miré a Rafa primero, luego a Juanmi, que se encogió de hombros.

—Estaba a punto de activar la energía —dijo—. La onda ha debido hacerlo por mí...

—El Patrón —nos recordó Patricia—. Tenemos que... oh.

Me volví a la puerta, pero antes de verla supe que estaba abierta. Más allá, la cámara estaba en tinieblas, aunque era una oscuridad natural, la simple falta de luz, y no podíamos ver al capitán. Con cautela nos acercamos los cuatro muy juntos usando la presencia de los

demás como protección mutua. Pocas veces he deseado tanto tener un arma en la mano.

Entré el primero. Era mi deber. Encendí la luz, esperando encontrarme un cuadro parecido al de aquel desgraciado tripulante, Berto. Reconozco que me tembló el pulso al hacerlo y que casi cerré los ojos. Pero no lo hice. Y ante nosotros apareció la figura de Mikel Ignatius, capitán de la *María Rosa*, el Patrón, caída sobre la mesa de su netcom. Desde el principio supimos sin ninguna duda que estaba muerto, pues su cuello estaba torcido de forma imposible, tenía su redondo y habitualmente tranquilo rostro deformado por el miedo y los ojos muy saltones, abiertos y sanguinolentos. Su bigote era ahora blanco como la nieve, igual que su escaso pelo.

Tras el shock inicial, todos me miraron abatidos esperando que hiciera algo. Así que ordené a los técnicos que se llevaran el cuerpo del Patrón a la cámara que hacía las veces de enfermería, y a Patricia que retomara su puesto en el puente por si se repetían las ondas de choque. Yo me quedé para intentar averiguar algo de lo ocurrido. Pero sólo encontré la bola de madera del capitán, partida en dos y ennegrecida, y nada más. Decidí asomarme a su netcom, para revisar las grabaciones. En la holopantalla destellaba un corto texto escrito, sin imagen ni voz. Era un mensaje para mí. Decía simplemente: "Paolo, ya están aquí. Voy a luchar. Por vosotros." Nada más.

Salí de aquella cámara de muerte y locura al notar la vibración tan familiar del motor en marcha, cerré cuidadosamente la puerta y la sellé. Decidí dejar que fuese la Guardia Civil Colonial la que investigara el asunto, y asumir mis deberes pendientes. Ahora lo más urgente era finalizar el viaje, ya que teníamos una mercancía que entregar y a fin de cuentas éramos profesionales.

Acudí al puente, donde me espe-

raba Patricia. Miré al sillón del capitán. Era mío, ahora. Pero me dirigí a mi antiguo sitio de piloto.

—Sigamos adelante —ordené y, estirando el cuello, la besé.

No tuvimos más incidentes. Yendo a todo trapo, como se decía antiguamente, cuando las naves recorrían los mares terrestres impulsadas por el viento, conseguimos entregar a tiempo. El cadáver del Patrón fue trasladado a Viejarroca por expreso deseo suyo y allí yace, descansando en paz y libre ya de temores y supersticiones.

Como dije, le debo mucho al viejo Ignatius. Mi primera nave. Mi esposa. Todo lo que me enseñó. Y, por si se lo preguntan, la respuesta es sí. En mi nave principal, la Capitán Ignatius, o en cualquier nave en que viaje, siempre me acompaña un Hermes protector. Y siempre realizo el ritual que tantas veces le vi ejecutar. Porque no olvido lo último que pude captar mientras mi consciencia regresaba a su cuerpo durante aquellos momentos dramáticos. No olvido, no puedo olvidar, que flotando encima de la cabeza caída y rota de Ignatius pude ver como se formaba el remedo abominable de un rostro delineado en fuego que me sonreía burlescamente mientras relamía con una lengua obscena las pequeñas gotas que quedaban de la luz brillante que una vez fue el Patrón.

# VUELTA ATRÁS

Texto: Carlos M. Federici

Ilustración: Zalo Palmer



...y aunque pongas de por medio  
nebulosas, golfos negros  
o galaxias,  
no eludirás el Momento del Retorno...  
Vuelta atrás..., a lo de antes.  
—De los poemas inéditos de Sven Svenson.

**O**yó que los gritos, los pitidos y las maldiciones arreciaban; el gruñido de los bregos (deliberadamente adiestrados contra natura para matar), se aproximaba más y más... Sintió seca la boca y galopante el corazón.

De pronto lo vio. El fugitivo pasó a escasa distancia del punto en que él se hallaba, y le fue posible oír el extraño sonido que emitía, mezcla de sollozo y acezar. El infeliz corría con desesperación, estropeándose los tiernos miembros inferiores contra las aristas de los guijarros, mientras la mantecosa "carne" dejaba jirones blanquecinos prendidos en las puntas de las ramas quebradas, o arrancados por las rugosas cortezas.

Al fin lo acorralaron. Hecho un ovillo trémulo, aguardó pasivamente a que las horrendas fauces de los bregos lo destrozaran. Su cuerpo se estremecía, anticipando la mordedura de las balas...

Pero restalló una orden imperiosa, y el tiempo se detuvo.

Kowle hacía su entrada. Enhiesta sobre el cuello de toro, su cabeza sobrepujaba a las demás como un álamo se yergue por encima de los sauces. La pesada mole de sus músculos dominaba la escena.

—¡Alto! ¡Yo me encargo de él!

El testigo sintió náuseas. Adivinaba lo que seguiría... Ahora aquella oscuridad indeterminada que detectara en Kowle desde el momento mismo en que lo viera se alejaba definitivamente de banales valoraciones convencionales y adquiriría los nítidos matices de la tragedia.

Elevándose cual una viviente torre de basalto, a la sangrienta luz de las teas, Kowle contenía con puño poderoso a los bregos sedientos de muerte.

—¡Voy a dar un ejemplo con este! — clamó—. ¡Ya verán lo que les espera a los que intenten huir!

Kowle era un hombre oscuro.

Esto lo advirtió Svenson casi de inmediato; y supo también que los orígenes de tal oscuridad arraigaban en niveles hartos más soterrados de lo que la pupila podía alcanzar en sus casuales giros.

El agua jabonosa rebasó a raudales el borde del latón, en cuyo centro se irguió Kowle. La greda azulada del suelo bebió ávidamente las diminutas cascadas, y Svenson, en su confusión, habría jurado oír un quedo gorgoteo mezclado al chapalear de los enormes pies desnudos.

Retrocedió instintivamente, odian-do el rubor que lo invadía.

—Puedo esperar hasta que termine —farfulló.

Kowle soltó una imprecación despectiva. Sus dos metros diez de estatura, aunados a la sólida complexión de torso y miembros, anonadaban cuanto le rodeaba.

Poseía una casi bestial belleza, debió reconocer Svenson (él mismo menudo y endeble hasta lo vergonzante); por lo demás, aquella retadora exhibición equivalía a un puñetazo asestado a su sentido del decoro...

Si bien provenía de un pueblo notorio por la liberalidad de sus costumbres, el propio Svenson era poco menos que un mojigato, a los treinta años de una existencia poderosamente condicionada por traumas infantiles.

—En serio—reiteró, en tono forzado—; no hay apuro... Podemos hablar cuando acabe su baño, señor Kowle.

El rudo ademán de Kowle proyectó salpicaduras blanquecinas hacia los cuatro costados de la rústica habitación. Svenson notó que una de las hembras pelti se estremecía ligeramente al ser alcanzada por el agua turbia;

pero, desde luego, la sumisa alienígena no protestó.

Desde el exterior llegaba, apagado y tenue, el quejumbroso "canto" de los trabajadores... El recuerdo del aberrante cuadro sorprendido poco antes, fresco todavía, volvió a lacerar la sensibilidad de Svenson.

—¡Vamos! —rió Kowle—. ¡No se ande con tanto miramiento! Al fin y al cabo, ¿no somos dos paisanos terrícolas en tierra extraña?

Las tres hembras pelti, sin moverse de su sitio junto a la improvisada tina de baño, aguardaban nuevas órdenes con pasividad más que perruna. Svenson comenzaba a sentirse asqueado.

Una seña de Kowle bastó para que se le aplicara un diligente secado, mediante fricciones de una toalla tejida con cierto material que Svenson no reconoció. Sin molestarse en mirar a las pelti, Kowle se envolvió en la toalla como César en su toga y abandonó la tina para reunirse con su visitante. Con solo tender la mano obtuvo un cigarro, humeante ya.

—¿Fuma? —invitó; pero no se le escapó a Svenson que su negativa había sido descontada de antemano. Sin duda Kowle estaría abriendo juicio por su cuenta acerca de la personalidad del intruso, decidió Svenson... Era probable que comenzara a despreciarlo desde ya.

Tomaron asiento, a indicación del anfitrión, en un trozo de red rectangular, suspendido, a manera de coy, por medio de sogas de fibra vegetal sujetas a los muros. Esto impuso a Svenson una incómoda proximidad respecto del otro, lo cual no le proveía, por cierto, de ninguna ventaja en la inminente discusión.

—Usted dirá... —Pero Kowle no le dio oportunidad de comenzar, pues continuó—: ¿Cómo era su nombre? Saldaña me lo mencionó... ¿Samson, puede ser?

—Svenson... Sven Svenson.

—¡Eso no es americano! ¿Cómo es

que la Compañía le...?

Svenson experimentó un creciente malestar. ¿De manera que ahora era él quien tenía que contestar preguntas? ¡Solo eso faltaba!

—Soy de la filial de Norpenínsula —aclaró, sin embargo, porque se dijo que era demasiado pronto para abrir hostilidades—. El Directorio Central me designó supervisor de ultradistritos en base a mis calificaciones a lo largo de...

—¡Está bien, está bien! Basta con su palabra; no exhiba credenciales. ¡Pero sepa que no me hace ninguna gracia esta... inquisición a que me somete la Compañía!

—Bueno... —observó Svenson—, la regla es general, no sólo para Gurla. En realidad, forma parte del Acuerdo con el Comité de Derechos Inter...

—¡No me venga con esas! Sé bien cuando se me quiere controlar... ¡No trate de dorarme la píldora!

Svenson enrojeció. Evitó mirar al otro directamente a la cara, aparentando afanarse en el contenido del pequeño maletín que llevaba.

Desde luego que lo indicado en un caso así habría sido erigirse en defensor de la política del Directorio, cuyos móviles estaban más allá de toda crítica, dado que procedían de un elemental concepto de humanidad... Pero se sintió bloqueado.

Ya percibía la onda de aversión hacia él que emanaba del otro..., aversión centrada directamente en su persona, el Sven Svenson flacucho, de cara pálida y pelo pajizo... Igual que todos los demás, se dijo. Hiciera lo que hiciera, invariablemente se las arreglaba para poner al mundo en contra suya.

—Es tan solo un control de rutina —manifestó, respirando con fuerza—. Una formalidad con carácter general. Haga el bien de no tomarlo como un asunto personal, porque no hay nada de eso, se lo aseguro.

Kowle sacudió el cigarro, casi consumido a fuerza de vigorosas chupa-

das. Parte de la ceniza cayó sobre el pantalón de Svenson, quien por añadidura estaba a punto de sofocarse a causa del humo; pero en apariencia ni miedos así no apenaban a Kowle.

—Mi producción del semestre rebasó todos los topes —protestó este—. Tengo por ahí los números que lo cantan. ¡Más bien merezco una gratificación de la Compañía, en lugar de este... espionaje velado! ¡Mire —añadió, exaltándose—, más lo pienso y más se me sube la sangre a la cabeza! ¡De buena gana les...!

Svenson bajó del coy, con su portafolios bien apretado entre el brazo derecho y las costillas. Tenía ácida la saliva. La cosa se iba poniendo peor de cuanto anticipara.

De pronto se acordó de las alienígenas, cuya presencia se le había borrado de la mente. Las buscó con la vista y le soliviantó comprobar que continuaban en su puesto, igual que mascotas bien enseñadas.

El sentir que su cabeza se situaba en un nivel algo más elevado que la de su interlocutor, quien permanecía sentado, le infundió cierta inestable sensación de seguridad. Le pareció que su tono sonaba más entero cuando dijo:

—Lamento mucho que asuma esa actitud, señor Kowle. Pero mi cometido es meridianamente claro, lo mismo que su obligación, lo cual no nos deja alternativa, según veo.

El otro se puso de pie a su vez, reduciendo a Svenson a su dimensión real de un solo brinco. Tiró la gruesa y negruzca colilla y la estrujó bajo la ancha planta desnuda.

—Vamos a suponer que no tengo objeciones. ¿Entonces...?

El supervisor registró el portafolios con dedos nerviosos y pálidos. Manoteó entre el contenido, en tanto murmuraba, bajos los ojos y encendida la cara:

—Tengo aquí una copia de su contrato..., por otra parte estándar en la Compañía. Contiene una cláusula es-

pecífica que determina sin lugar a dudas que...

Kowle hizo un movimiento brutal, que provocó la inconveniente abertura de su toalla/toga, para humillación de Svenson.

—¡Burocracia! —escupió—. ¡Ah, sí! ¡Mantienen a quinientos monigotes calientasillas para llenar la fórmula... ¿Pero quién les consigue el *producto*? ¿De dónde sale la materia prima que paga los sueldos de todos los parásitos de Administración? ¡Vamos, contésteme si puede..., don supervisor!

La prominente nuez de Svenson bailoteó en su cuello de gallina. Sin saliva en la lengua no le resultaba nada sencillo articular las frases.

—Bueno, no hay por qué exaltarse, señor Kowle —barbotó—. Estoy aquí en cumplimiento de órdenes expresas de la Mesa Directiva; además, por supuesto, del apercebimiento del Consejo Mundial, así que...

—¡Furaaa! —gritó Kowle, con la boca torcida hacia la derecha—. ¡Mi ropa!

En silencio, una de las pelti se aproximó, trayendo un traje blanco, de una sola pieza, que ayudó a colocarse a su patrón. Svenson pudo examinarla de cerca, al tiempo que celebraba íntimamente aquella especie de tregua en la tensión.

Nunca había tenido oportunidad de ver bien a un ser alienígena, fuera de las imágenes en solivideo o las ilustraciones holográficas de los periódicos.

Desde que, al codo del milenio, la navegación sideral a gran escala se hiciera realidad, con el advenimiento de la famosa pila *Torr-33*, la vieja ilusión de hallar vida inteligente en el cosmos había resultado una fuente de amargo desencanto para los entusiastas. Se había descontado que el *Homo Sapiens* era un naufrago en el desierto inhóspito del Sistema Solar. Pero, las estrellas próximas... Ahora que la *Torr-33* (como más adelante la *Torr-45* y la *Torr-57*) las hacía accesibles...

No obstante, aparte de ciertas manifestaciones inferiores de la vida, emparentadas lejanamente con líquenes o bacterias, la sensación de irremisible soledad en un universo desolado y hostil fue afirmándose luego de cada nueva frustración.

Hasta que, quince años después de la Primera Expedición Interestelar, la humanidad exultante recibió una noticia algo más alentadora.

En Gurla, un pequeño planeta del Centauro, con atmósfera de oxígeno, pudo comprobarse la existencia de una raza de bípedos humanoides, en apariencia encuadrables dentro de algún tipo de racionalidad.

Gurla, incidentalmente, era noticia en esos días por haberse comenzado la explotación intensiva de sus plantíos de *boli*, un arbusto de cuyas hojas se extraía la enzima básica del MAN-A, el Alimento Total, telón final para el eterno problema de la nutrición mundial, al menos en teoría. En Gurla, pues, por algún tiempo, proliferaron las expediciones científicas y las comerciales.

...Svenson observó a la pelti, procurando que su curiosidad no resultara demasiado obvia. La alienígena era de contornos aproximadamente humanos (un par de brazos y otro de piernas, simetría bilateral, manos y pies, cabeza de forma ovoide), pero ahí terminaba la semejanza. La materia constituyente de su cuerpo era peculiar, de un color blancuzco como vientre de sapo; y el patrón dominante en el diseño anatómico era la curva suave. Los huesos no evidenciaban sus prominencias, como en la gente de la Tierra.

No había trazas de vello, ni pilosidad visible alguna. Las diferencias entre uno y otro sexo resultaban mínimas; pero Svenson había aprendido enseguida a reconocer las abultadas posaderas y el busto algo más saliente de las hembras.

Los ojos (cuya mirada Svenson demoró en decidirse a escudriñar) afecta-

ban forma elíptica, y sus anchas pupilas semejabán cristales empañados. Ante las apariencias, el supervisor creyó poder compartir, en principio, la decepción que sacudiera al ámbito científico una vez que estudios más profundos y minuciosos revelaron el nivel mental de aquella forma de vida extraterrestre.

Los tests situaban el cociente de inteligencia de los pelti (denominación convencional, formada en base a las siglas de la frase Prueba de Evaluación Liminal por Tests de Inteligencia), transferido a términos terrestres, bastante por debajo del de un adolescente mongólico. Resultaban casi ofensivamente *pasivos*, admitió Svenson, enfrentado a la actitud de aquella hembra.

La cólera lo invadió, sorda y persistente. ¿Siempre sería lo mismo, fuera donde fuese? ¿La bota prepotente aplastando las cabezas de los mansos?... Se volvió hacia Kowle, desafiante. El hecho de que éste se hubiera re-vestido del fino mameluco blanco, confinado su vigor animal en la tensión de la tela plastificada, causaba en Svenson un paroxismo de medrosa rebeldía.

—Lo que está pasando afuera es incalificable —murmuró, entre dientes forzados a apretarse para evitar que chocaran.

El otro le volvió la espalda. Hubo un movimiento casual de los amplios hombros, que estremeció de rabia a Svenson.

—Lo que sea que pase ahí afuera, Svenson —y el apellido fue deliberadamente mal pronunciado—, es asunto mío. Nadie tiene por qué entrometerse. ¿Está claro?

Los dedos del supervisor de ultradistritos aferraron convulsivamente el maletín.

—Eso habrá que verlo —opuso.

El gigante giró con brusquedad, enfrentándolo.

—¿Qué..., usted discrepa? —se mofó.

—No son animales —dijo Svenson, pálido.

Caía la tarde.

Cerca del horizonte, la luna más grande ofrecía su faz purpurina. Los dos menores no tardarían en hacer su aparición, supuso Svenson; al menos, esos eran los datos que traía su Manual.

Sin duda el clima era pesado y húmedo; para colmo, no había esperanza de que variase antes de siete meses. Las estaciones de Gurla eran dos: húmeda y mojada. La húmeda, que soportaban, ya resultaba bastante poco grata; pero durante la mojada diluviaría veintitrés de las treinta horas del día. No obstante, según se enteró el supervisor, esa circunstancia no alteraría en lo más mínimo la duración de la jornada laboral que Kowle imponía a los nativos.

...La escena había resultado borrascosa. Kowle lo había dejado con la palabra en la boca y se había marchado a embriagarse a cierto lugar privado. Svenson debió tragarse el resentimiento que acumulara desde entonces; la contemplación de la cuadrilla de pelti, machos y hembras indistintamente, consagrados a la recolección de hojas de boli, no hizo sino excitar su encono.

Cual un melancólico y desgarrado ballet, los movimientos de los alienígenas se sucedían blandamente..., con resignación excluyente de cualquier atisbo de esperanza redentora. Cinco capataces, provistos de largos y gruesos látigos, vigilaban la faena.

Svenson resopló. ¡Que atrocidades como esta ocurrieran en sus días!... No pensaba aceptarlo. Kowle podía carecer de entrañas, conforme; pero, de ser preciso, se le obligaría a conducirse como un ser humano.

—Difícil, ¿eh?

Se volvió, no sin algún sobresalto. Junto a él se hallaba el hombre de confianza de Kowle, un tal Saldaña. En forma automática, una frase retadora

saltó al borde de la lengua de Svenson; pero algo especial que contenía la mirada del individuo detuvo el exabrupto.

—¿Cómo dice? —se limitó a preguntar a su vez el supervisor.

Saldaña sonrió cordialmente. Bastante jovencito el mozo; sin duda tendría varios años menos que él, se dijo Svenson, aunque su aplomo lo hacía parecer mayor. Alardeaba de la condescendencia propia del veterano, capaz de bastarse a sí mismo y sobrevivir incluso en el más inhóspito de los ambientes.

—Kowle es un poco... especial —se explicó Saldaña—. ¡Me imagino que no ha de resultar muy divertido discutir con él!

—No vine aquí a divertirme —repuso Svenson en tono seco. La actitud del otro se le antojaba equívoca. ¿Intentaba sonsacarlo?—. Cumplo con un deber.

Cerca de allí, en la plantación, los pelti, formas blanquecinas recortadas contra el cielo en proceso de oscurecimiento, emitían su extraño "canto", una melopeya sin silabeo propio, preñada, no obstante, de tristeza y des-amparo... O al menos, así sonaba a los oídos de Svenson.

Saldaña se sentó junto al supervisor. Ocupaban una especie de banco rústico, hecho de un tronco de boli cortado longitudinalmente por la mitad. Rebuscó en un bolsillo del pantalón, única prenda que lo cubría, aparte de las gruesas botas, y extrajo cigarros.

—¿Gusta?

Ante el rechazo, quitó la cubierta de celofán de uno, que se encendió con un diminuto estampido, y lo sujetó entre los dientes, en tanto volvía a guardarse el paquete.

—Son hojas de boli secas —explicó, echando humo—. Pasables... ¡De cualquier modo, por acá no hay otra cosa!

—¿Hace mucho que está con Kowle?

—¿Pregunta de supervisor? —son-

rió Saldaña.

—Curiosidad, nada más... No es para el registro, quédese tranquilo.

—Hará un par de terraciclos..., dos años —declaró Saldaña—. ¡Y maldita la gracia que me hace!

Svenson lo observó con atención. Aquella faz curtida, los ojos oscuros, aunque brillantes, le causaron buena impresión... Un ave, o cosa similar, lanzó una serie de graznidos, hacia el sur. Ahora el firmamento, profundamente violeta, se cuajaba de estrellas.

—Sudamericano, ¿verdad? —indagó.

—Ajá. De Maraguay. —Saldaña torció la boca—. ¡Mucho nombre para un país pigmeo!

—No tan pigmeo —apuntó Svenson—. ¡Bien que se hizo notar cuando el presidente Carlevaro rehusó unirse a la Surfederación! Parece que les gusta la independencia, a ustedes...

—Y, bien independientemente, nos morimos todos de hambre... ¡Por eso me largué Afuera!

—Ya veo... No hay muchos latinoamericanos en el espacio exterior... Pero podría ser una buena forma de salir de la crisis, en mi opinión.

Saldaña alzó un hombro. Con el dedo cordial propinó un papirotazo a la colilla del cigarro, que voló como diminuta caricatura de aerolito.

—¡Qué poco duran estas porquerías! —comentó—. ¿Crisis? —dijo a Svenson—. Yo no entiendo de crisis. Lo único que me preocupa es llenar el buche lo menos dos veces al día... Esa es mi jurisdicción; el resto se lo dejo a los políticos.

—¿Está a gusto aquí? —aventuró Svenson, alentado por la evidente propensión del otro para la charla.

El maruguayo le lanzó una mirada irónica; luego escupió hacia un costado.

—Para decírselo lo más delicadamente posible —repuso—, esto me revuelve las tripas. ¡Kowle es un bicho!

—¿Entonces por qué no...? —se le

escapó a Svenson.

—Lo dicho. ¡El buche protesta fuerte cuando no se le atiende como corresponde!... Me quedé sin el trabajo que tenía en Rueda-2, y...

Svenson parpadeó. ¡Rueda-2! ¡La Estación del Espacio! El mayor satélite artificial de la Tierra... ¡Muchos años-luz había entre eso y Gurla Centauri! Saldaña tenía todas las trazas del soldado de fortuna espacial, se dijo, envidiándolo "constructivamente".

—Estaba más pelado que suelo lunar cuando Kowle me contrató —continuó el maruguayo—. Cuando uno anda apurado agarra lo que venga...; ¡pero nada más que hasta que pase la tormenta! Estoy pensando en largarme a las minas del Cinturón... ¡Quién sabe!

Se pusieron a caminar. El terreno arcilloso de aquella parte de Gurla se deslizaba sin mayor esfuerzo bajo las suelas. En torno, una vegetación compuesta por multitud de arbustos de anchas hojas, más gran número de especies arbóreas, confería un grato matiz al ambiente, sumamente húmedo aunque sin llegar a sofocar.

Claro que, pensó Svenson, ellos se limitaban a andar por ahí, con toda parsimonia... La cosa no había de resultar tan liviana para los alienígenas, encorvados hora tras hora sobre los sembradíos, bajo la constante amenaza de los látigos.

—¿La empresa tiene pensado intervenir en esto? —Saldaña le echó una mirada de soslayo.

—Coopere o no coopere Kowle —aseguró Svenson—, yo me propongo enviar un informe completo. ¡Lo que está haciendo es inconcebible! Los peltis...

—Pelti —corrigió Saldaña—. No lleva "s" final.

—Como sea —continuó Svenson—, ¡no se les puede tratar como bestias de carga! ¡Se están violando sus más elementales derechos, y...!

La mano de Saldaña se posó pesa-

damente sobre el frágil antebrazo del supervisor.

—¿Derechos? ¿Qué, ya los reconoció el Consejo?

Svenson se detuvo. Saldaña aprovechó la pausa para encender otro cigarro, cuyo humo acre y penetrante agredió las fosas nasales de su compañero.

—Bueno —admitió éste—, según parece, los estudios más recientes vendrían a demostrar que los pelti no llenan los requisitos mínimos como para calificar entre las especies “rationales”, de acuerdo a los estándares de la Tierra... Pero no deja de ser una afirmación debatible. ¡En rigor, ninguna de las “pruebas” que ellos aducen para fundamentarla se puede considerar concluyente! Estos individuos no son animales, cualquiera puede verlo...

El maraguayo interrumpió la succión de su cigarro para dedicarle al otro una sonrisa intencionada.

—¿Está seguro? De cualquier modo, lo grave no sería eso.

—No le entiendo. —Las ambigüedades del latinoamericano desconcertaban a Svenson. ¿Se estaría burlando de él?...— ¿A qué se refiere? —preguntó.

—Hay una ley protectora de animales —replicó Saldaña—. ¡Incluso tenemos un Día del Animal!... ¿Pero en qué categoría encajan estos pelti? ¡Acuérdese de lo que pasó con los indios y los africanos!

Svenson respingó. Con brusco movimiento se echó para atrás, ante la diversión de Saldaña. Había estado a punto de pisar a una menuda criatura, de aspecto impresionante, que huyó arrastrándose hacia el pantano aledaño. Brillaban varios focos luminosos a lo largo del camino, pero el exuberante follaje proyectaba sombras densas a sus pies.

—No se asuste —lo tranquilizó el maraguayo—. ¡Los bichos de Gurla no muerden ni pican!

Svenson; a su vez, se permitió un

sarcasmo:

—¡Pobres de ellos, entonces! Alguien tendría que advertirles de lo dañinos que somos los terrícolas.

Hubo un matiz peculiar en la voz de Saldaña cuando preguntó:

—¿Qué hace Afuera un tipo como usted?

Svenson bajó la vista, confuso de pronto. Levantó un hombro.

—Supuse que aquí estaba mi “Oportunidad”... Como tantos otros. Nuevos horizontes, y todo eso... ¿Me explico?

En ese instante, un ulular monstruoso hendió la noche. Svenson, sobresaltado, interrogó a Saldaña con los ojos, y el maraguayo soltó un bufido.

—Uno que se quiere escapar —aclaró—. No es muy frecuente, pero...

—¿Ya ocurrió otras veces?

—Ajá. Un pelti de cada cincuenta, o cosa así, desarrolla cierto instinto rebelde e intenta huir. ¡Pobre diablo! Más le valdría tirarse directamente de cabeza al pantano...

Svenson aferró el nervudo brazo del otro.

—¿Lo van a...?

—En toda regla: con bregos a manera de mastines, tipos armados hasta los dientes, pitidos y todo lo demás. ¡Kowle es cazador por naturaleza!

—¿Cazador? Pero... ¡eso es criminal! ¡Aberrante!

—Tiene bastantes cosas que aprender todavía, viejo... —Saldaña le palmeó el hombro—. Ahora discúlpeme: ¡me multan fuerte si llego atrasado a reunirme con el grupo!

Y partió ágilmente. Tras ligera duda, el supervisor fue tras él, procurando emparejar el hábil trote del maraguayo, perito en sortear obstáculos y evitar traidoras depresiones del terreno.

Lo que siguió fue dantesco. La sensibilidad de Svenson fue metódicamente sacudida, estrujada, reducida a despojos; él vomitó en espíritu.

No se le ahorró el Gran Final... El pelti acosado, jadeante, medio muerto de

fatiga y de terror, cedió al fin y se entregó patéticamente a la discreción de sus perseguidores. Improvisadas antorchas prestaban un clima dramático a la escena. Por un instante, Svenson llegó a pensar que los seudomastines iban a despedazar al pelti, incapaz de presentar resistencia; luego se dio cuenta de que los planes de Kowle eran otros.

—¡Voy a escarmentarlos! —tronó su ronco vozarrón—. ¡Cuando vean lo que hago con este se acabarán de una vez por todos los intentos de fuga!

Svenson advirtió de repente que los pelti, desde donde fuese que se hallaran, volvían las aovadas cabezas hacia el lugar del hecho. Tras extinguirse los ecos de la voz de Kowle se produjo un pesado silencio. La fuerte luz de los focos caía sobre pelti y terrícolas, demarcando profundas sombras en los angulosos rostros de los hombres.

Entonces, en imperceptible gradación de matices, un sonido inarticulado, aunque extrañamente musical, fue invadiendo la atmósfera... Era el coro de los esclavos, el lamento sin palabras, que surgía como el vapor del agua en ebullición, como el humo del papel encendido. ¿Lloraban sus almas?

Svenson, incómodo dentro de sus ropas empapadas en sudor, carraspeó. ¿*Almas*? ¿En los pelti? ¿Quién, entre cuantos presenciaban aquel drama, aceptaría una noción así?

—¡Llévenlo a la explanada! —ordenó Kowle.

Dos de los esbirros se apoderaron del pelti. El apretón de aquellos rudos puños magullaba visiblemente la suave constitución del alienígena, pero a nadie le preocupaba. Sin duda todo formaba parte del castigo, se dijo Svenson, asqueado. Notó que Saldaña no participaba en forma activa, si bien se quedaba al flanco de Kowle, como sería tal vez su obligación.

Se le antojó verlo un tanto molesto por la situación; pero eso no bastaba para que le perdonase su omisión en

oponerse concretamente a la atrocidad que estaba llevándose a cabo.

“La explanada” era la denominación hiperbólica que se le había otorgado a una amplia extensión de terreno, limpia de vegetación, lindera con el alojamiento de Kowle. Svenson conocía el lugar; y una especie de cruz de madera que allí se erguía, provista de ganchos de hierro en su viga horizontal, le había intrigado, si bien no tuvo ocasión de indagar su finalidad.

Ahora conocería la respuesta. Palideció cuando no le quedaron dudas respecto a los designios de Kowle. Algo vibró en él, como una cuerda de reloj repentinamente rota; pero la agitación interior no alcanzó a comunicarse a los músculos, anulada por la potente onda de energía primitiva que emanaba de Kowle y sus secuaces.

No tenía esperanzas de imponérselos; no en una coyuntura como la que atravesaban... Sus mandíbulas se apretaron con tal fuerza que pensó que iban a soldársele. Los primeros trallazos le dolieron como si se los aplicasen en su propia carne.

Rato después se sentía entumecido; ríos salobres le surcaban el rostro, resbalando por la barbilla y cuello abajo, filtrados de algún modo por entre los párpados fruncidos. Y el chasquido brutal y reiterado, una y otra y otra vez, sobre el fondo del lloro melódico de las voces alienígenas, que gemían por el ajusticiado...

—¡Dios... mío! —barbotó.

De las palmas le brotaba sangre ardiente, ahí donde las uñas se clavaran más profundo. Tarde o temprano tendría que dejar salir el aullido, pensó; no lograría contener el burbujeo de aquella angustia airada...

—*¡Bestia criminal! ¡Animal sanguinario!*

...Pero fue tan sólo un murmullo, alarido interior que rebotó mil veces en las circunvoluciones de su torturado espíritu, sin romper la costra para lanzarse

fuera.

Aflojó las mandíbulas. Los músculos de la cara le dolían; pero las lágrimas ya se habían secado. Tenía rota la camisa, que en algún momento aferraran sus dedos engarfiados; y toda su pálida carne estaba encrespada en minúsculas serranías de emoción. El "canto" de los pelti había cambiado. Se hacía más monótono..., y tan desamparado como el quejido de un lobezno perdido entre las nieves del Silencio Blanco... Svenson se mordió el labio inferior: las aguas se aquietaban.

*Consummatum.* Kowle y su séquito penetraron en el alojamiento, y los pelti, asimilada la lección, retornaron a sus faenas. Aún tenían por delante varias horas de trabajo.

El lugar se vació. Uno después del otro, los pies de Svenson se movieron, en sucesión de pasos infinitamente fatigados. Cuando estuvo junto al pelti martirizado, sintió que se le contraía el corazón.

Pendía aún el alienígena de los ganchos a los que se le sujetara. La amarra le hendía los brazos en crueles cíngulos de padecimiento. Era igual que liar un cojín o una bolsa rellena de trapos: no existían durezas interiores que resistieran el estrujón.

Debía haber perdido el sentido. Todo él colgaba, desmadejado y lacio; los miembros inferiores se doblaban en grotesco remedo de genuflexión. El aspecto de la espalda crispó a Svenson.

No había sangre; tan solo hondas depresiones y amplias estrías abiertas a una sustancia más densa que la "piel" exterior. Pequeñas ramificaciones, blancas como hueso, reticulaban el espesor de la amarillenta materia interna: posiblemente los torturados nervios del pelti, descubiertos, palpitantes...

—¡Desgraciado! —sollozó Svenson—. ¡Hijo de...!

Era inútil pretender hacer algo por aquella criatura. Svenson no sabía nada acerca de su constitución biológi-

ca ni de sus necesidades básicas... Permaneció largo rato sin moverse de allí, balanceándose sobre uno y otro pie.

Del vecino alojamiento llegó una risotada alcohólica.

Svenson enrojeció. ¡Los miserables celebraban! Aquello rebasó todos sus diques.

Veía rojo cuando caminó hacia la rústica cabaña de Kowle. Dejaba profundas huellas en la greda, y el húmedo aire de Gurla circulaba con celeridad a través de sus narices.

Apartó de un golpe la cortina de plástico que cerraba la entrada e irrumpió sin ceremonias.

Kowle, tumbado en la hamaca que ocuparan horas antes, volvió los ojos hacia el intruso. Empinaba una cápsula etílica, ya en las postrimerías de su contenido; con un ademán casual la arrojó hacia un lado.

—¿Qué hace por acá? —masculló—. ¿Se une a la fiesta?

Svenson no contestó. Recorrió con la mirada el escenario de la orgía: había cápsulas y botellas diseminadas por doquier, viejos periódicos de la Tierra tirados por el piso, manchas de alcohol derramado y brillosos escupitajos. Los capataces, al parecer, se habían marchado.

Con alguna dificultad, Kowle abandonó el coy. Fue hacia un reducido gabinete, junto a la puerta trasera, y exploró su interior.

—Estos flojos no saben tomar —comentó roncamente, luego de hallar lo que buscaba—. ¡Prefieren divertirse con las pelti!... ¿Me acompaña usted? —y, acercándose, tendió a Svenson una verdadera botella de vidrio, sin duda reservada para una ocasión especial.

Sorprendido ante su propio ademán de violencia, Svenson vio cómo el recién abierto envase salía volando por los aires y se estrellaba contra el muro en una explosión líquida y coruscante. Kowle lanzó una exclamación gutural.

—¡Era mi mejor...! ¡Maldito imbécil!

¿Está loco, o qué? ¡Merecería...!

—¿Cómo se atreve a emborracharse? —Las sienas de Svenson latían—. ¿Festeja sus crímenes?... ¡Esto no se queda así, Kowle! ¡No pienso permitirle que siga cometiendo barbaridades! ¿Me oyó?

Kowle pestañeó. Tenía ambos ojos semicerrados; las inflamadas venillas dibujaban una red carmesí sobre las córneas amarillentas. La enormidad de aquello lo paralizó momentáneamente.

—¡Va a responder ante la Compañía! —siguió Sven, desatado—. ¡Y no solo eso! ¡No voy a parar hasta no verlo entre rejas, miserable canalla cobarde!

Durante unos segundos pareció que el gigante iba a lanzarse sobre el otro. Pero la tensión se licuó súbitamente. Kowle retrocedió algunos pasos. La mano derecha oprimía con fuerza el puño izquierdo, y cataratas de fuego oscuro saltaban hacia Svenson a través de las dos grietas de los ojos.

—Desde que lo vi me cayó mal, Svenson.

—¡El sentimiento es mutuo! —Svenson temblaba como una hoja al viento.

—Su cara de caballo me repugna —continuó Kowle—. En la penumbra se parece a las de *ellos*, ¿sabe? ¡Parece un pelti, por lo paliducho!

—Dentro de cincuenta terrahoras llega a buscarme el trasbordador. —Svenson ignoró las palabras del otro—. ¡Mi informe va a estar listo para entonces!

—¿Eso es una amenaza, estúpido?

—Lo único que hago es enterarlo de mis intenciones..., que son irrevocables, Kowle.

—¡Ja! —y Kowle lanzó un ademán obsceno.

—¡Se lo llevarán de vuelta para que responda por sus delitos, Kowle!

—¡Ja!

Svenson sentía que el mundo giraba en torno suyo. Era como si hubiese compartido la botella, después de todo... El retumbar de su pulso lo ensor-

decía; el rostro le quemaba y ya no percibía el convulso apretón de sus puños. ¡El malnacido tenía que *pagar*!

De pronto hubo un revoloteo blanco frente a sus ojos. Con sobresalto, se echó hacia atrás, trastabillando. La grosera risa de Kowle, envuelta en efluvios rancios, lo sacudió.

—¡Se acabaron sus idioteces! —El corpulento sujeto le restregaba un papel contra las narices—. ¡No puede hacerme nada! ¿Entiende? ¡Nada!

—¡Espere y verá cómo...!

—¡*Nada*, condenado infeliz! ¡Gaste saliva, si quiere, total...! ¡Legalmente, estoy a salvo! ¡Estos son documentos oficiales! ¿Oyó bien? ¡Papeles del Gobierno!

Svenson se puso rígido. Empequeñecido frente a la mole del otro, sintió que iba a perder.

—Esas cosas de ahí afuera ni siquiera son *racionales*. —El poderoso índice de Kowle azotaba el papel, pegado a la cara de Svenson—. ¡Es oficial! ¡Eso me da libertad absoluta para manejarlos como me dé la gana! —Lanzó una cortante carcajada aguardentosa—. ¿Qué dice ahora, monstruófilo? ¡Sellado y firmado por la autoridad suprema! ¡Avalado por el Secretariado General! ¿Qué opina de eso, eh?

Rugía un tornado en los ocultos túneles y pasadizos del Espacio Interior de Sven Svenson, supervisor... La retorcida espiral de frustraciones que albergaba en la médula se desenvolvió de golpe, en incontrollable impulso destructor. Las frágiles manos, de pronto convertidas en garfios inexorables, saltaron hacia la garganta de Kowle, donde hicieron presa... Miríadas de silenciosas explosiones de luz se sucedían en la oscura convexidad interna de los párpados de Sven, y un frío progresivo reemplazaba al ardor que antes lo invadiera.

Sorprendido al principio, Kowle reaccionó de inmediato. Sus potentes músculos se hincharon, actuaron los

tendones, y el menudo cuerpo de Svenson salió despedido.

No hubo grito alguno. La nuca del supervisor dio contra uno de los postes del muro, y el manojo de anhelos insatisfechos, inhibiciones, sordos resentimientos y cólera impotente..., sus insondables motivaciones personales, se fundió en la Nada... Kowle quedó solo frente a un puñado de células inertes.

—¿Qué diablos pasa...?

Saldaña, que había hecho irrupción con un arma empuñada, se detuvo ante el cuerpo yacente. No demoró en captar la situación.

—Me atacó —balbució Kowle, fro-tándose el robusto cuello, donde apa-recían marcas moradas—. ¡Quería matarme!

—¿Ese..., lo atacó a usted?

—¡Estaría loco! ¡Qué sé yo!

—Y lo tendió de un golpe, ¿eh?

—¡Me lo saqué de encima! ¿O lo iba a dejar que me ahorcara?

Saldaña, tras fugaz examen, confirmó lo irreversible del hecho. Se volvió hacia Kowle.

—Están por llegar a buscarlo. ¿Qué piensa decirles?

—Escuche. —Kowle respiraba recia-mente. Colocó una mano sudorosa en el hombro de Saldaña y habló en tono persuasivo—. Va a ser mejor que lo arreglemos ahora..., entre nosotros dos, digo. ¿No cree?

—¿Arreglar... esto?

—Podemos decir que se cayó..., o que un pelti fugitivo le...

—¿Un pelti matando gente?

—Sí, sí; ya sé que suena un poco for-zado. ¡Pero siempre hay formas de ar-reglar las cosas!... ¡Oiga! Tengo bastante plata ahorrada, ¿sabe? Podría...

Saldaña enfundó el arma.

—En eso no entro, Kowle.

—¡Vamos! —Kowle lo sacudió—. ¡No me va a salir con escrúpulos ahora! ¿A quién perjudicamos?... Mire, le juro que fue en defensa propia, y además un ac-cidente... ¡Un accidente, sí! ¿Cómo iba a

adivinar que...?

Saldaña sacudió la cabeza.

—No cuente conmigo.

—¡Pero vamos, hombre!... ¿O es que le importa algo de ese santurrón enfermo? ¡Creo que me debe más a mí que a él! ¿O no lo salvé de morir de hambre? ¿No le di trabajo cuando usted...?

—Me importa un rábano cualquiera de los dos. ¡Pero no quiero líos con la justicia de la Tierra! Hoy en día no se les engaña así como así... A mí no me atrae la cárcel; no sé a usted.

Kowle echó fuera el aire que man-tuviera en los pulmones. Se relajó, y los poderosos músculos se distendieron.

—¿Lo tengo en contra, entonces?

—Ni en contra ni a favor —repuso Saldaña—. Ya le dije: me cuido yo.

—Supongamos que lo obligo...

—Me lleva cincuenta kilos de venta-ja —admitió el maraguayo, sin perder la frialdad—, pero yo tengo el arma.

—¿Se animaría a balearme? —La voz de Kowle parecía el ronroneo de un tigre.

—En último caso. Pero aun a mano limpia, no se confíe. Si la cosa va en serio, uso lo que venga, desde los pies hasta piedras y palos..., sobre todo si me las tengo que ver con un grandullón como usted.

El alcohol, impregnando profunda-mente las venas y el sistema nervioso de Kowle, hacía su efecto. Además, el metal sin inflexiones de la voz de Saldaña lo acobardó. El cuerpo exánime seguía ahí, tendido... Vacilante, el colo-so se cubrió la cara con las manos y ya no habló más.

—Mejor así —manifestó Saldaña—. No soy partidario de la violencia inútil.

Hacía frío en el cosmódromo de Ed-nacap, ex Washington D.C.

Kowle se estremeció, enfundado en su abrigo de fibra autotérmica. La mole del trasbordador que lo trajera vibra-ba aún, tras el aterrizaje: un detonante amarillo recortado contra el cielo pre-ñado de nubes tormentosas.

¡Qué bienvenida! Retornaba a su planeta natal, a la Madre, en la estación que más aborrecía. La carne se rebelaba a la dentellada del viento; una llovizna fina y persistente no hacía sino empeorar las cosas.

Le habían puesto cuatro guardias, aunque todavía no podía considerarse le prisionero, en el sentido jurídico del término... Se sintió desamparado. Ya veía como iba a ser la cosa.

Enfrentar un jurado: doce caras blancas (ojiazules con toda probabilidad), decididas de antemano a condenarlo. No tendría oportunidad de escapar a su odio... Bien lo sabía.

—¿Este es el investigado?

La pregunta provino de un oficial del cosmódromo, que se había acercado para recibir al grupo. Era delgado y rubio, con nórdica barba de tonalidad bronceada. Sobre el azul del uniforme centelleaba una chapa de plata.

—077984 A —dijo uno de los guardianes, al tiempo que tendía un legajo—. Lugar del hecho: masa continental de Gurla Centauri, sector Noreste.

El oficial consultó el expediente.

—¿Nombre?

—Kowle, Haley.

—¿Coal, dijo?

—Kansas-Oregon-Wyoming-Louisiana-Ednacap..., K-O-W-L-E.

—Correcto. En nombre de la Suprema Corte de Justicia Terraespacial de los Estados Democráticos Norte Americanos, EDNA, sección Xenoscontatos, me hago cargo de este hombre. Será llevado a juicio en su ciudad natal, Montgomery, Alabama, en fecha y hora a determinarse por audiencia preliminar.

—Su prisionero.

Kowle era un pelele. Vuelta atrás, pensó. De nuevo en la Madre, donde las cosas no cambiarían jamás... Aquí mandaban ellos, como siempre, se dijo. Igual que en tiempos de sus bisabuelos: los ensabanados, las cruces de fuego, los vapuleos impunes, los ahor-

camientos...

Conducido por el blondo oficial, seguía dócilmente sus pasos, los ojos clavados en el oscuro reflejo de su cara sobre la pista mojada. Vuelta atrás..., sin escapatoria.

De haber resultado étnicamente posible, una mortal palidez se habría adueñado de su semblante.

# PLANET STORIES

20

STRANGE ADVENTURES ON OTHER WORLDS  
— THE UNIVERSE OF FUTURE CENTURIES

**REVOLT IN THE  
ICE EMPIRE**  
by  
**RAY CUMMINGS**



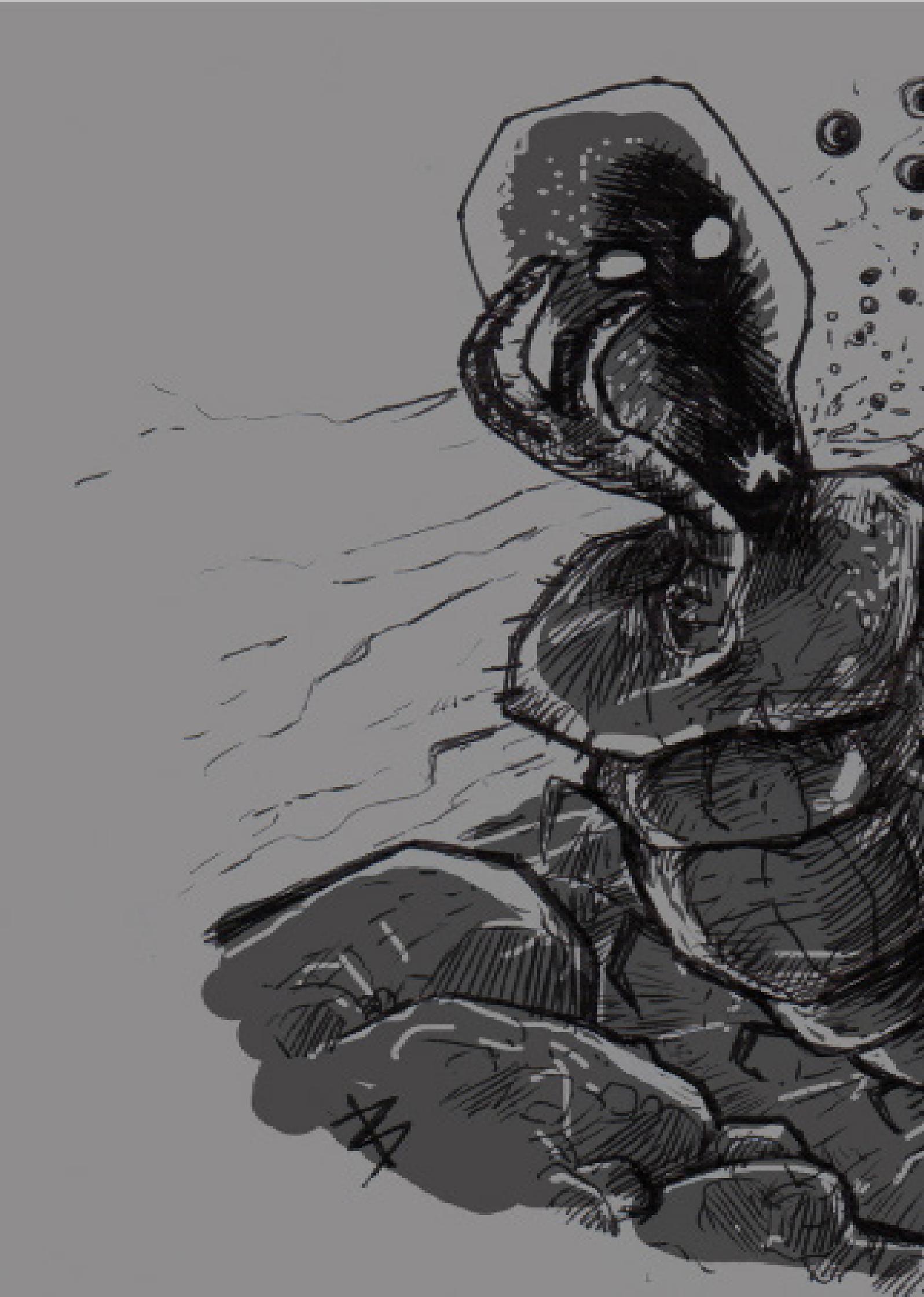
**HERMIT OF  
SATURN'S RING**  
by **NEIL E. JONES**

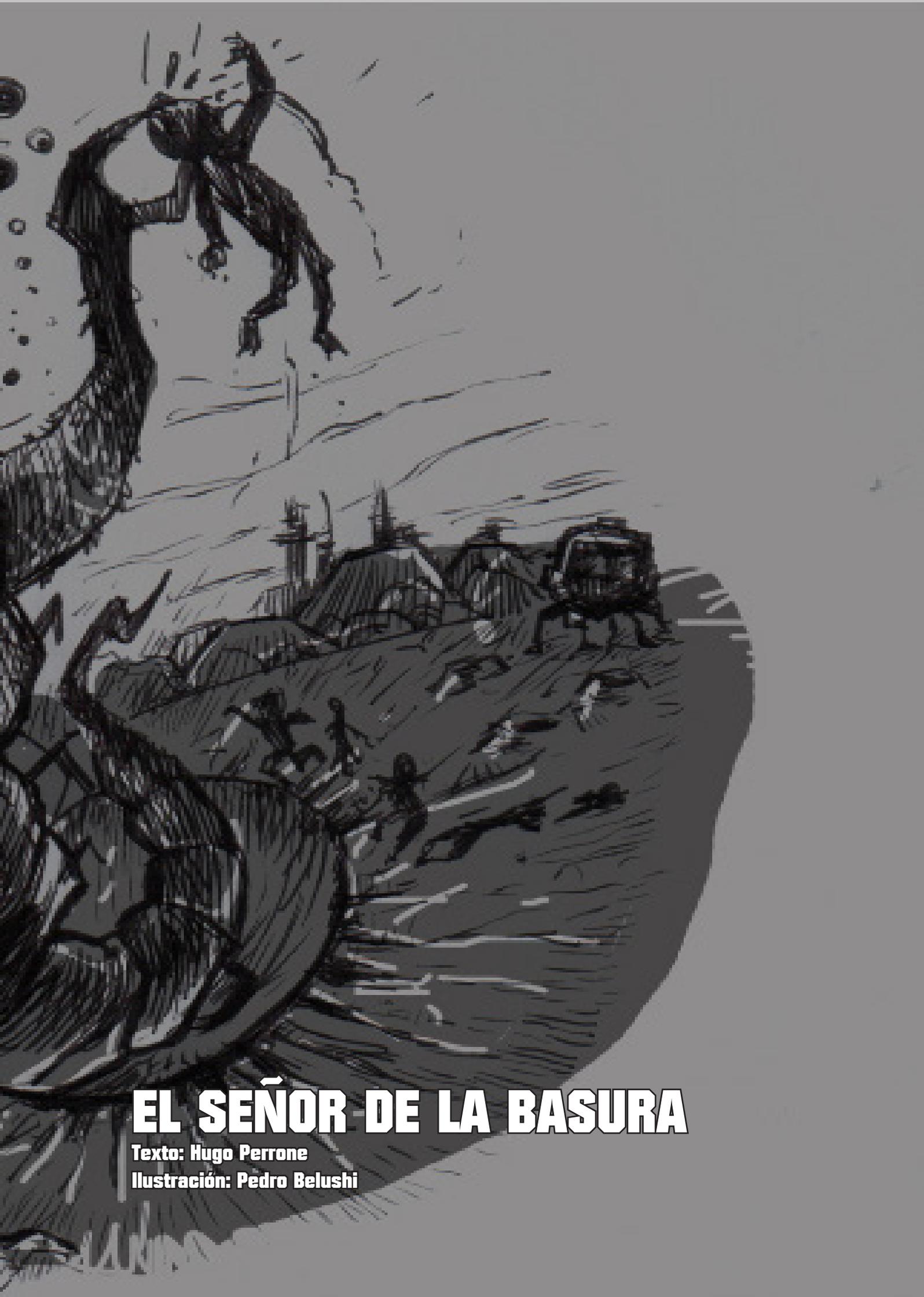
**THE ULTIMATE SALIENT**  
Attention, Brian O'Shea! The formula  
for Chlorophyll is  $C_{55}H_{75}O_6N_4Mg$   
**THE YEAR'S MOST DRAMATIC STORY**  
by **NELSON S. BOND**

**VENUS HAS GREEN EYES**  
by **CARL SELWYN**

BEPP • ATRE • WILLIAMS • WOLLHEIM







# EL SEÑOR DE LA BASURA

Texto: Hugo Perrone

Ilustración: Pedro Belushi

La figura encorvada del viejo asomó por encima de un montículo de basura y se recortó con nitidez entre la línea irregular del horizonte y el cielo gris. Había dejado atrás la zona baja del volcadero, donde un grupo de caballos y cerdos comían algunos desperdicios y unas máquinas motoniveladoras trabajaban sobre el terreno; escaló una montaña empinada y, una vez en la cúspide, descendió por un barranco acolchonado de residuos y recorrió unos trescientos metros hasta llegar al corazón del basural.

Revisaba la basura con la concentración de un neurocirujano durante una operación de médula espinal. Utilizaba el mismo nudoso bastón que le servía como sostén para revolver entre los desechos a medida que avanzaba. Tenía el ojo entrenado para reconocer a la distancia la materia, composición y origen de los residuos, o detectar un alimento comestible de uno tóxico identificando su nivel de descomposición por la cantidad de gusanos. Podía clasificar la basura en cientos de categorías con sólo verla a algunos metros. Eran taxonomías del todo empíricas, nunca podría haber explicado con palabras el funcionamiento intelectual ni los mecanismos mentales que realizaba cada vez que escaneaba la basura con la mirada, pero no por falta de estudio, sino porque comprendió muy pronto que para sobrevivir de los desechos debía olvidarse sistemáticamente de todo lo que había aprendido sobre el mundo en su vida anterior, cuando todavía usaba una corbata decente y bebía *Jack Daniel's*.

El viejo se detuvo. Levantó la cabeza y contempló el panorama. Más allá de las dunas se agitaban las siluetas de familias enteras, cientos de hombres y mujeres de todas las edades, con el cuerpo torcido hacia los residuos, y una docena de niños correteando, que permanecían ahí esa tarde de sol pálido y mucho frío. Un viento helado sacudió

la melena rala del viejo, pero éste se mantuvo inmutable. La temperatura era algo que había dejado de preocuparle hacía bastante. Su rostro era una máscara descolorida donde el tiempo había acumulado incontables capas de mugre, formando una especie de membrana ultrarresistente que lo protegía de cualquier inclemencia climática.

De alguna manera, se había efectuado una asimilación simbiótica entre el basural y su organismo, como ocurre con las bacterias que habitan en el intestino humano. El olor hediondo —que hubiera hecho que cualquier persona se desmayese de asco a los pocos segundos, víctima de un ataque de náuseas y vómitos— y las enfermedades que pululaban en el aire como un gas venenoso, era lo que él respiraba y lo mantenía vivo.

Sacó un cigarrillo arrugado y a medio fumar de algún lugar de sus raídas ropas y lo encendió. Inspiró una bocanada profunda, que le produjo un ardor placentero en la garganta, y exhaló una voluta de humo con forma de anillo. Algunas costumbres nunca se pierden. Luego lo apagó, se lo guardó y continuó caminando algunos metros, siguiendo la misma metodología: hundía el bastón en la inmundicia y la revolvió, al tiempo que lo sacaba y lo volvía a hundir, y con la mano libre espantaba la nube de moscas que sobrevolaba continuamente sobre la superficie y le dificultaba el paso.

El bastón se paralizó a pocos centímetros del suelo y se mantuvo en el aire como un perro de caza señalando con el hocico a su presa. Sobre una bolsa abierta llena de restos de comida podrida, el viejo había descubierto una manzana. Era roja como la sangre, brillante, del tamaño de un puño. Lo primero que notó fue que estaba intacta: nadie había clavado los dientes en ella. La contempló durante un momento, saboreando de antemano el sabor dulce de sus jugos, sintiendo

la frescura natural de la fruta disolviéndose en su boca. Involuntariamente, un hilillo de baba salió por la comisura de sus labios. Luego se agachó y extendió la mano con decisión. Estaba a punto de tomarla cuando, para su sorpresa, la manzana se hundió en la basura, como queriendo escapar de sus garras. Volvió a estirar la mano en la misma dirección y el puño se cerró en el aire: otra vez, la manzana se había hundido aún más. El viejo se levantó y se rascó la barbilla, mirando con recelo para todos lados. Se volvió a inclinar y esta vez la manzana se hundió por completo. Y junto con ella, toda la basura que estaba alrededor comenzó a caer como en una especie de embudo. El viejo se apartó con un gesto de sorpresa, pero no de miedo, y vio cómo los desperdicios eran tragados por el vacío, formando un pozo donde segundos antes había encontrado la manzana.

El viejo conocía los efectos del gas metano que producía la materia orgánica en descomposición, pero nunca había visto algo parecido. Un círculo perfecto de negrura de un metro de diámetro se había abierto frente a sus narices. El hombre se acercó hasta el borde, se inclinó sobre la boca del pozo y sólo vio oscuridad. Se quedó un rato observando hacia el fondo como hipnotizado y creyó oír unos sonidos sordos y acuosos que provenían del interior, como de algo viscoso que se movía en una ciénaga. Por un momento, la oscuridad le pareció casi viva, expectante. El olfato, que creía haber perdido hacía tiempo, detectó un olor más nauseabundo del que hubiera sentido jamás. El viejo se acercó más, casi metiendo la cabeza adentro. Y entonces lo escuchó:

—*Hola, Viejo...* —dijo una voz gutural y cavernosa que salió de las profundidades del pozo.

El hombre se incorporó de un salto, miró el pozo y luego alzó la vista. La persona más cercana a él era una mujer entrada en años que se encontraba

a unos cincuenta metros y estaba concentrada metiendo cajas de leche en polvo en una bolsa de plástico.

¿Qué clase de truco es este?, pensó el viejo. Alguno de los vagos le estaba gastando una broma que no le causaba ninguna gracia.

—*No es ningún truco, Viejo... Y tampoco se trata de ninguna broma* —dijo la voz con una determinación que esta vez sí lo impresionó.

El hombre volvió a mirar para todos lados. La gente estaba demasiado lejos como para escuchar —o como para que se tratase de algún artificio sonoro—. Por otro lado, sólo se oía el zumbido constante de las moscas y, más allá, en el límite del basural, el tronar de los motores de las máquinas motoniveladoras que trabajaban en los montículos.

—*No te convences ¿eh?* —siseó la voz con un tono que al viejo le hizo erizar los pelos de la nuca—. *Mira hacia tu derecha, Viejo.*

El hombre obedeció. Un grupo de chicos, de entre siete y diez años, jugaba mientras sus padres hurgaban entre la basura. Corrían, se reían y gritaban. Había dos que tiraban de una sogá, haciendo equilibrio entre las bolsas, y otro festejaba luego de haber rescatado una pelota grande, blanquecina, que enseguida colocó sobre su cabeza haciendo piruetas. Mientras tanto, una nena de dos años seguía los movimientos con sus enormes ojos negros abiertos como platos.

—*Mira la niña, Viejo... mira la niña...* —Esta vez, el hombre no pudo determinar si el sonido de la voz había surgido del agujero o si resonó en su propia cabeza. Como fuera, cada vez que hablaba brotaba del pozo un efluvio de putrefacción.

El hombre tenía los ojos fijos en la niña, que estaba parada sobre una caja de cartón. Seguía mirándola con creciente interés, como le había ordenado la voz del pozo. Y de pronto, como en un predecible truco de magia, la niña

desapareció de su vista. En un segundo se encontraba ahí y al siguiente... ya no estaba. La basura se la había tragado.

—Pero... ¿cómo lo hiciste? —preguntó el hombre. Estaba atónito.

—Espera... la función no ha terminado...

Volvió la vista hacia donde estaba el grupo de chicos y esta vez el que estaba con la pelota, que saltaba de un lugar a otro, se hundió súbitamente. Y luego siguió otro, y otro. Los demás chicos, que vieron lo que estaba sucediendo, corrieron para dar aviso a sus padres. En cuestión de minutos una multitud se había congregado alrededor del lugar donde habían desaparecido los niños. Estaban inclinados, apartando las bolsas y cavando con desesperación. Las mujeres gritaban, histéricas. El momento del gran acto había llegado. Sin obedecer a ninguna ley lógica, como si de pronto hubiera desaparecido el suelo en el que hacían pie, todos cayeron al vacío, desapareciendo ellos también.

Pasaron algunos segundos de silencio, durante los cuales el viejo se preguntó si todo aquello estaba ocurriendo realmente o si era producto de una alucinación, si no sería tan sólo una mala pasada que su estropeada mente le estuviera jugando. No había terminado de discurrir este pensamiento cuando comenzó a oírse un sonido grave y acompasado que provenía de debajo de la superficie. El suelo tembló bajo sus botas, todo el basural se estremeció con un movimiento sísmico. Y de repente, desde el montículo de basura donde había desaparecido el grupo de gente, salió eyectada una descarga de sangre fulminante junto con trozos de carne y huesos, como una erupción volcánica de cuerpos licuados, y luego cayó en forma de lluvia tiñendo de rojo el aire del atardecer.

El hombre se llevó una mano a la boca, ahogando un grito.

—Pero... ¿Quién...? —empezó a decir, y luego se corrigió—: ¿Qué eres?

—Basura, Viejo... Igual que tú.

—Pe... pero... no... no es posible... —balbuceó. El horror de lo que acababa de ver le impedía hablar y pensar con fluidez.

—Es posible, Viejo. Claro que es posible —afirmó la voz roncamente—. Mira hacia el norte, a nuestra Gran Creadora, allí... ¿Puedes verla, Viejo?

Podía verla. Claro que podía. El sol había comenzado a caer y las luces de la Ciudad formaban una constelación de diamantes en el horizonte. La misma Ciudad en la que él había caminado con la frente bien alta y la misma que lo había expulsado y condenado al destierro.

—Imagínalos ahí, toda esa gente linda, suave y agradable. Personas educadas y de buenos modales, produciendo miles de toneladas de basura diarias. Arrojando al volcadero sus porquerías... Y no son sólo las bolsas con restos de comida, papeles y plástico, no... Son también megalitros de semen envueltos en preservativos, el fruto sangriento de infinitas menstruaciones, la cría de animales que nadie quiere, los cadáveres mutilados y los embriones semimuer-tos, producto de las violaciones y embarazos no deseados. Lo que arrojan son sus propias miserias: la mezquindad, la hipocresía, el cinismo, la barbarie...

Los ojos del viejo brillaron de entendimiento. Un estallido de conciencia le hizo comprender lo que la voz le quería decir. Imaginó a todo esa bazofia revolviéndose en el fondo del basural desde el inicio de los tiempos, coagulando, formando un amasijo putrefacto nacido de la rabia, el remordimiento y el odio más visceral. La sola idea lo hizo marearse de entusiasmo.

—Somos la basura, los desechos, los desperdicios, la resaca de la sociedad. Somos lo que el mundo arroja de sí, la cara de la humanidad que ya nadie quiere ver... Somos Basura.

“Ven a mí. Ven, buen hijo mío.”

“Ven a mí.”

“Ven...”

El viejo percibía el llamado cada vez con más fuerza y premura. Se dejó caer sobre las bolsas y sintió que la basura lo envolvía en un abrazo de reconocimiento, protegiéndolo, recibiéndolo en su seno con el calor de una madre. Notó que se hundía, pero no sintió miedo, sino alivio. La tranquilidad de saber que al fin la disolución sería completa. Sintió que la basura se le metía por la boca, la nariz y los ojos. La putrefacción comenzaba a correr por sus venas, llenando sus pulmones y estómago. Y ahora sí, su corazón y la basura formaban un solo, rítmico latido. Una sola pulsión.

El basural entero se sacudió en un asqueroso maremágnum de podredumbre. Si alguien hubiera obtenido una toma satelital del terreno en ese momento, habría visto cómo la mancha oscura que formaba el basurero se había ensanchado repentinamente, ocupando de pronto más espacio que antes.

—¿Qué fue eso? —gritó el joven con el traje de dril naranja mientras bajaba de la cabina de la máquina motoniveladora. Estaba pálido.

—¿Qué? —preguntó su compañero desde la otra máquina. Luego bajó y encendió un cigarrillo.

—José, creo que me estoy volviendo loco. Estoy alucinando. Acabo de ver cómo se movía el basural, parecían las olas de un océano, hermano.

El otro miró la montaña que se extendía cientos de kilómetros hasta donde alcanzaba la vista, mientras daba una larga pitada, y luego miró a su compañero.

—Es verdad —respondió—. Estás loco de remate.

—No sé, hermano, no sé...

—¿Qué? —apuró con fastidio.

—Hace años que trabajo de esto y no termino de acostumbrarme a ver tanta... —hizo un gesto con las manos que intentaba abarcar todo el paisaje.

—¿De qué carajo hablas?

—Mira, hoy estuvimos trabajando todo el día y toda la tarde moviendo esta mierda para que no llegue hasta la autopista. ¿Y para qué? Al final de cada jornada, parece que no la hemos movido ni un centímetro, incluso parece que estuviera más cerca que antes.

El otro miraba distraídamente a un lado y a otro mientras escuchaba, fumando con tranquilidad.

—¿Sabes lo que pienso? Pienso que va a llegar un día en que la basura nos va a tapar a todos, a todos y cada uno.

El otro se lo pensó un momento, mientras daba una larga pitada al cigarrillo, exhaló el humo y luego lo aplastó contra la puerta de la máquina.

—Cuando ese día llegue —dijo al fin—, pondremos la basura en cápsulas y las lanzaremos al espacio.

Se dio vuelta para arrojar la colilla y se encontró con un muro de oscuridad: un tsunami de desperdicios se alzaba varios metros por encima de su cabeza. No llegó a comprender las dimensiones del horror de lo que vendría. La basura se estrelló contra los hombres y comenzó a correr por la autopista con una impetuosidad que, aparentemente, no tenía visos de terminar. Pronto alcanzaría las calles, las arterias menores.

Y el corazón de la Ciudad.



# DE LOS SUEÑOS RECIENTE ROTOS

Texto: Jesús Cañadas

Ilustración: Rodrigo Damián

**L**a noche en que ocurrió, el verano sangraba sus últimos días. La brisa llevaba un eco de carcajadas entre las copas de los árboles. Era una noche despejada. La ciudad, pequeña ciudad huérfana y desnuda, murmuraba en sueños. Las luces en sus ventanas jugaban compararse con las estrellas.

Lejos, más allá de los últimos edificios, dos figuras avanzaban amparadas en los huecos de las farolas apagadas y los grillos insomnes. Caminaban en silencio, furtivas, cabizbajas. Con sus cortos pasos de carne de gallina se alejaban cada vez más de las casas vigilantes.

Uno de ellos, el más bajo, le dio un codazo al otro.

—Oye, ¿tú crees que veremos algo?

—Seguro que sí.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres? ¿Volverte?

Apuntaba la decepción en su pregunta. Su compañero lo miró. Las marcas de dedos adornaban su cuello como medallas de un general caído en desgracia. Sabía lo que significaban. Sabía que su amigo tenía las noches emponzoñadas por los jarabes de palo y letras que ni siquiera con sangre entraban ya. Sabía, como saben los niños que todo ven, oyen y callan, que volver era una palabra que no cabía en el lienzo de aquella noche.

—Sigue, anda.

Anduvieron otro rato, sin hablar. Cada uno miraba al suelo, al asfalto que ya empezaba a salpicarse de calvas. Para cuando su paso se rodeó de matojos y fósiles de arado, reliquias de tiempos pasados y olvidados, la luna ya se enseñoreaba en lo alto del cielo. Les señalaba con su luz acusadora. Sus caras redondas y pálidas, gemelas de esa luna, observaban boquiabiertas de curiosidad y expectación el paisaje a su

alrededor. Ninguno se había atrevido a ir tan lejos por la cañada. Ni de día ni de noche. No querían pensar en lo que harían sus padres si se enteraban de que se habían atrevido a acercarse allí. Allí no se iba. Ya no. Decían. Y al decirlo, lo designaban como el punto donde cada niño de la ciudad marcaba su X del tesoro, su destello al despuntar del horizonte, donde sus imaginaciones a caballo descendían en sueños de vidas que no les pertenecían.

—Es bonito, ¿verdad?

Emoción en su voz atiplada. Emoción como no la había en sus días de tedio y sus noches de moratones.

—¿El qué?

—Todo.

—Sí. Mi padre decía que esto era muy bonito. Él venía aquí cuando era pequeño.

—¡Anda! ¿Y a qué venía?

Silencio.

—A lo mejor el mío también venía...—dolía sólo escuchar su voz. Dolían las palizas tatuadas, acusadoras, imposibles de enmascarar en los baños emboscados en la cañada. Confesiones en las interminables horas de madrugada furtiva, secretos grabados a fuego. Y dolían, aún más dolían las que estaban por llegar.

Dios, que valiese la pena, imploró su amigo en silencio, a los santos que amparan las noches en vela de los niños, a los duendes de zurcen los zapatos y a las voces de historias de miedo que bailan como diablos cojuelos en el fuego del hogar. Que, cuando vuelva a estar encerrado entre las rejas de arena y cal de su casa, no se lo coman los ojos del miedo, ni lo devoren las hebillas de los cinturones, ni le muelan la espalda las palabras envenenadas y los gritos de gigantes. Que se trague las lágrimas cuando las sombras caigan sobre él y sea el tiempo de los secretos. Que recuerde que todo esto valió la pena, no importa lo que le hagan. Todo lo que le hagan.

Pero no lo sabía. No sabía si verían algo que valiese la pena. La X del mapa bien podía marcar un agujero vacío, con palas olvidadas y mugrientas a su alrededor.

—Oye, que si no pasa nada...

—Cómo no va a pasar.

—Sí. Pero no sé. No te enfadarás conmigo si no vemos nada, ¿no?

—Anda, que ya está ahí la tapia.

Y allí estaba. Un muro gris, desconchado y fúnebre, una pared llena de agujeros como cagadas de mosca en la oscuridad. La parte de arriba, vacía de cascos punzantes, estaba descascarillada y medio en ruinas. Parecía una ristra de dientes picados, con todos los hierros asomando entre la piedra ennegrecida. Entre los dos se encaramaron como pudieron, ayudándose con los agujeros y poniendo cuidado en no toparse con ninguna rata. El más flaco le dio el último tirón al otro, y de un salto pasaron al otro lado. Se oyó un ligero crujido.

—¡Mierda!

—¡Ssssss! No grites.

—Es que se me ha rajado el pantalón. No veas mi madre.

—Eso se lo decimos mañana a la mía y te lo cose en un pis pas.

—Sí, que mi madre no va a notar el zurcido. Cago en...

—¿Y qué hará si te ve el zurcido?

Silencio.

Al otro lado del muro discurría, sinuosa, la vía del tren. Botellas de cerveza vacías descansaban entre la grava como mensajes sin respuesta de naufragos despistados. Al otro lado de las vías, otra valla en igual o peor estado les cerraba el paso, negándoles la vista de las salinas y el horizonte oscurecido. La línea del tren cortaba el paisaje como una cicatriz en la cara, como el elástico apretado de un parche. A ambos lados crecían arbustos cenicientos y enmarañados, que se sacudían lentamente con la brisa. Hacía calor. Los dos se miraron, dialogando en ese lenguaje

sin palabras que los amigos de la infancia tienen y mantienen hasta que se lo dejan olvidado junto a la inocencia.

Atravesaron los raíles oxidados en una carrera casi supersticiosa, oteando a ambos lados, y se introdujeron como dos ratones de ciudad entre los matorrales. Se acomodaron de la única manera que sabían, estorbándose el uno al otro y arañándose con la arenilla del suelo y las escuálidas ramas, enfermas de contaminación.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora, a esperar.

—¿Y si no pasa nada?

Esperaron. Allí, agazapados, dos sombras inmóviles, ojos que brillaban con todos los atardeceres de junio. Quietos, respirando con la pesadez de la espera y el tedio del silencio ensordecedor, de los susurros conspiradores de las arañas y las lagartijas. Los segundos caían como gotas de melaza, la noche se hizo madrugada, la vigilia párpados pesados, la excitación sueño. A la mañana siguiente, con el sol de su parte, desterradas las sombras de su frente, convertidas en sudor y buenos presagios, acaso cada uno acusara al otro de ser el primero en dormirse, secretamente seguro de haber sido él mismo.

No sabían que ese momento nunca llegaría. La mañana estaba aún dormida.

Les despertó a ambos un silbido agudo hendiendo el aire como una flecha. Sobresaltados, se revolvieron entre sí, un manojo de manos y pies enredados, de estómagos temblequeantes y ojos legañosos. Hasta que uno levantó la cabeza y mandó al rabillo de su ojo a otear entre las ramitas puñeteras.

—¡Mira!

Lejos de ellos, vía abajo, apareció una luz. Y otra. Y otra. Una fila de globos luminosos, anaranjados y resplandecientes en la oscuridad, como calabazas llenas de luciérnagas, se extendían a ambos lados de la vía, hasta

donde alcanzaba su reducida perspectiva agazapada. La línea luminosa se seguía el curso de los raíles en ambas direcciones, y se perdían de vista muy a lo lejos.

Uno abrió la boca, el otro pensó en la pregunta, pero ninguno llegó a formularla, porque el agudo chillido se oyó otra vez, desgarrando el aire como el lamento postrero de todos los elefantes del mundo. Luego creció en intensidad, los elefantes se convirtieron en águilas, y las águilas en géisers humeantes y furibundos. Muy cerca, cerquísima de donde sus cabecitas se aplastaban contra el suelo, se dibujó una sombra rotunda, brutal, inabarcable. Los pedazos de grava comenzaron a temblar. Un murmullo se levantó entre las piedras, creciendo en intensidad a medida que se les acercaba. Sonaba como una estampida, como la cabalgata del séptimo de caballería en las películas. Maravillados, contemplaban el espectáculo. El cortejo de luces se bamboleaba adelante y atrás, a izquierda y derecha, como estrellas borrachas y amarillentas de años de anís.

Y entonces ardió la noche. Una luz blanca como la muerte de los santos anegó todo el mundo, una columna de humo hizo hervir el aire sobre ellos, y sus oídos retumbaron con el estruendo de millones de salvas de cañones. La bestia infernal, negra, terrible y majestuosa como un zeppelin en llamas, atravesó el vacío ante ellos. Sus ruedas negras chirriaban como brujas en la hoguera, despedazando los torturados raíles, combándolos con su peso de todos los pecados del purgatorio. El cuerpo agusanado y plumizo ocultó el cielo, su amada luna, las estrellas. Las ventanas pasaron ante sus ojos en mitad del estrépito, rápidas como la vida y lentas como el primer beso verdadero. Uno se tapó los ojos, llorando y mordiéndose el alma para no gritar de terror. El otro creyó oír en el lamento de la chimenea el mismo sonido, interminable sonido de

puertas que se cierran en cuartos oscuros. Y decidió sin saber qué decidía. Se asomó a su interior, y miró dentro, miró dentro, miró dentro.

El niño vio a su amigo, que en un momento estaba a su lado, compartiendo los tambores y redobles del corazón desbocado, del peligro en las fauces de la bestia, y al siguiente se alejaba, dentro de su cuerpo abotargado. Lo último que vio de él fueron las manchas violáceas de su cuello, y la despedida fosilizada en el ámbar de sus ojos, de su mano levantada, de su boca abierta que bien pudo estar pidiendo ayuda o aceptando lo que sucedía. Y aunque no lo supo entonces, un pedazo de sí mismo se quedó dentro de aquellos vagones vacíos como palacios de hielo y cristal. Un pedazo grande se le quedó con su amigo, a quien se lo llevaba el tren, al que no volvería a ver, al que no volvería a abrazar con cuidadito para no hacerle más daño en los desconchones de la espalda y la barriga. Donde más duele, donde no salen marcas.

Intentó gritar. No sabía lo que sucedía, pero la rotunda negativa que estalló en su pecho al contemplar la escena le bastó para lanzarse en pos de la interminable sucesión de vagones de color negro miserere, a impulsarse en un ciego e ingenuo rescate, como ciega e ingenua era la inocencia que estaba perdiendo. Y gritó aún más cuando una mano lo agarró del cuello y lo apartó del paso del coloso. Sus pies abandonaron el suelo, y se encontró elevado un palmo en el aire, mirando a los ojos desencajados e igualmente sorprendidos de su padre. Sostenía entre sus manos uno de esos farolillos amarillentos, biliaris. Las palabras que pudieron salir de su boca se las tragó el silbato de la bestia, del leviatán de sombras y llantos que había surgido esa noche del engañoso resplandor del horizonte. Golpeó y pataleó, estirando las manos hacia los buitres que habían entrado en la vida apoltronada de aquel verano en

que se creyeron halcones.

Y así, tan rápido como había irrumpido en la realidad, el tren desapareció de ella, dejando una estela negra de aullidos contenidos en el aire tiznado. El eco de su paso por el mundo de los vivos se apagó como un recuerdo ingrato, y en la noche sólo quedó el escozor de los ojos, el traqueteo de los oídos y el vacío en las tripas.

Volvió a sacudirle su padre, qué haces aquí, te digo, dejándolo en el suelo. Pero él no le escuchaba. Sólo podía mirar, todo rodillas inseguras y pantalones mojados de terror líquido, el punto donde había desaparecido su amigo.

Las luces, una tras otra, como soldados que siguieran el son de una marcha privada, fueron desapareciendo entre las sombras, alejándose en uno y otro sentido, escondiéndose tras las murallas patidifusas y las estrellas estupefactas.

Su padre repitió una vez más la pregunta, que me escuches, niño, intercálándola con todo tipo de floridos improperios y admoniciones sobre falta de sensatez, la ruina que me vas a buscar, la culpa que de todo tenía su permisiva madre, aunque él utilizó otro adjetivo. Así siguió un buen rato, mientras el resto de las luces abandonaba la competición con el cielo estrellado. Hasta que por fin siguió la mirada y leyó la expresión de su hijo, y comprendió. Notó el hueco que aquel verano perpetuo había dejado a su derecha su apéndice, su inseparable amigo. Miró la estela de polvillo y ceniza que había dejado el tren. Y comprendió.

El abrazo vino después, sin ser pedido ni bien recibido. No lo entendía. No entendía que había pasado. No entendía por qué una aventura que había parecido el punto más alto en la carrera de dos aventureros en ciernes terminaba torciéndose en una pesadilla de naufragos y secuestros. No entendía de dónde había salido aquel fantasma, el espectro que había dejado su infan-

cia coja, que sin saberlo había arrancado de su lado a quien, en esos tiernos años, conformaba la otra mitad del mundo conocido.

Tranquilo, dijo el padre, en el idioma incomprensible que a veces usan los adultos. Había perdido la dureza y la alarma en la voz. Y quiso explicarle, pero no pudo. No pudo decirle que no era un fantasma. No pudo decirle que había visto un recuerdo. El recuerdo de todos los trenes que pasaron por allí cuando él tenía su edad. Era la suma de todos los sueños que los niños depositaban en las monstruosas máquinas de vapor de antaño, deseando subir de un salto en alguna, vivir las mismas aventuras con las que ellos dos soñaron. Era el espíritu de las máquinas ya jubiladas, apartadas por la imparable maquinaria del tiempo como escombros, que ya nunca volvería a cruzar esas vías. Todos lo sabían. Todos los que fueron niños y se vieron a sí mismos montando en aquellos vagones lustrosos venían aquí, una noche, sólo una, a alumbrar con sus faroles el paso del fantasma de la juventud que se les ahogó en letras, sueldos menguantes, embarazos y televisiones. Todos venían a saludar al tren en el que ya no podrían montar para viajar a tierras extrañas.

Para escapar. Escapar como había hecho su amigo. El niño tomó la mano del padre, sin saber si había sucedido lo mejor. De camino a casa, no quiso buscar entre los demás hombres silenciosos al padre de su amigo. No quiso saber siquiera dónde habría ido. Pensaba simplemente, con el egoísmo y la rabia demudada que acompaña a los sueños recién rotos, que había perdido algo esa noche, algo mucho más importante que el compañero de verano de quien, con el tiempo, olvidaría hasta el nombre.

## Frankenstein de Mary Shelley, 20 años de un delirio incomprendido



José Antonio Olmedo López-Amor

En el año 1794 el explorador Robert Walton, capitán de barco, pretende ser el primer marinero en hallar entre los hielos un paso hacia el Polo Norte. En su arriesgada aventura encuentra a un desconocido que dice estar persiguiendo a una extraña criatura. Durante su encuentro, el capitán escucha la extraordinaria historia que aquel extraño que dice llamarse Víctor Frankenstein le cuenta, algo que le hará replantearse su obstinada ambición.

### Algo sobre la película

**M**ovido por el dolor de la muerte de su madre, el joven Víctor Frankenstein, estudiante de medicina, pretende poner en práctica algún método científico que le permita resucitar a los muertos. En su afán por aprender los procedimientos alquímicos que le permitan jugar a ser Dios, conoce al profesor Waldman, quien le revela los secretos de un antiguo proyecto que dio como resultado una abominación.

En diciembre de 1994 la película *Frankenstein de Mary Shelley* se estrenó en el Festival de Cine de Berlín como una de sus principales atracciones. Su director, Kenneth Branagh, a quien se comparó en sus inicios con Orson Welles por gozar de un genio precoz como cineasta, recogió el encargo del mismísimo Francis Ford Coppola para rodar una nueva versión del mito de Frankenstein. La emblemática *major* americana Paramount Pictures, seducida por el completo éxito —tanto de taquilla como de crítica— del *Drácula de Bram Stoker* (Francis Ford Coppola, 1992), decidió completar la trilogía sobre monstruos

de la historia del cine encargando la producción de sendas versiones sobre Frankenstein y el Hombre-lobo. Branagh, con su versión gótico-romántica y Mike Nichols con su poco interesante *Lobo* (1994), llevaron a cabo, aunque de manera muy desigual, el proyecto de la productora. Al llevar a cabo el encargo

### Ficha técnica:

**Título:** Frankenstein de Mary Shelley

**Director:** Kenneth Branagh

**Reparto:** Robert de Niro, Kenneth Branagh, Helena Bonham Carter, Tom Hulce, John Clee-  
se, Aidan Quinn, Ian Holm, Richard Briers

**Género:** Terror/Drama

**Fecha de estreno:** diciembre 1994

**Producción:** Francis Ford Coppola, James V.  
Hart, John Veitch

**Banda Sonora:** Patrick Doyle

**Fotografía:** Roger Pratt

**Vestuario:** James Acheson

**Guion:** Stephen Lady y Frank Darabont sobre  
la novela de Mary Shelley

de Coppola, Branagh culminaba como realizador su quinta película en cinco años, y podía presumir que con tres de sus cuatro películas anteriores había conseguido tanto unas calificaciones como un prestigio excelentes. A pesar de no haber contado en su día con el



beneficiario de la crítica en esta película, después de veinte años sigue siendo considerada como la mejor adaptación al cine de la novela de Mary Shelley (entre sus más de treinta versiones) algo, sin duda, de un mérito admirable.

### Algo sobre la novela

En el año 1816 ocurrió algo de lo que se han escrito ríos de tinta. El poeta Lord Byron reunió durante unos meses en su mansión en Villa Diodati (Suiza) a Percy B. Shelley y su esposa Mary Shelley, además de John William Polidori (médico asistente y amante de Byron). Allí, inspirados por las asombrosas vistas, en una tormentosa noche de verano, todos ellos acometieron la tarea encomendada por Byron como un desafío; componer relatos de terror teniendo en cuenta los cambios tecnológicos del momento y las fobias de cada uno. Así, y paradójicamente, la adolescente Mary Shelley de diecinueve años fue la única en cumplir el desafío —dentro del tiempo establecido— dando como resultado *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), considerada su obra

maestra y —con permiso de Julio Verne y su romance científico— la primera novela de ciencia ficción de la historia<sup>1</sup>. Es justo mencionar que Byron escribió —durante esos meses y unos cuantos meses después— las obras *El prisionero de Chillón*, *El himno a la belleza intelectual*, *El sueño* y *Estancias a Augusta*, aunque ninguna de ellas fuese un relato estrictamente de terror. Y por si fuera poco, Polidori escribió su relato *El Vampiro*, que comenzó en Villa Diodati, aunque fue terminado con posterioridad al desafío, aunque tuvo una gran repercusión (fue adaptado al cine por Dreyer) y considerado el precedente de *Drácula de Bram Stoker*. Dicho relato provocó

<sup>1</sup> En el año 1634 vio la luz una de las rarezas de la literatura, Johannes Kepler, el famoso científico y uno de los mayores precursores de la ciencia moderna, publicó *Somnium*, la que para muchos es realmente la primera narración escrita en ciencia ficción de la historia; la polémica viene suscitada porque algunos lo consideran un relato, ya que su historia en sí no sobrepasa las treinta páginas, pero hay que subrayar que Kepler añadió, como parte de la historia, en una especie de compendio estructural poco comprendido para su época, una cantidad de páginas con motivo de: apéndice, notas al *Somnium* y notas al apéndice, que sobrepasan en gran medida los requerimientos de cualquier texto para ser considerado una novela.

En España la primera traducción del texto fue autoría de Francisco Socas, *El sueño o La astronomía de la Luna* (Servicio de publicaciones Universidad de Huelva y Universidad de Sevilla, 2001).

mucha controversia en el mundo lector de la época, ya que el propio Byron se adjudicó su autoría inicialmente para después renegar de él.

Aquellos que han leído la novela de Mary Shelley siempre han echado en falta más maestría y ritmo en su narración, recordemos que Shelley no era una escritora experimentada y madura, sino una joven adolescente que vivía a la sombra de un afamado escritor, y por si fuera poco, era mujer, algo imperdonable en aquella época. Para tratarse de una novela de terror, la humanidad y el sentimentalismo brotan entre sus renglones merced a su extremada sensibilidad femenina. Ello unido a su propuesta literaria, quizá demasiado epistolar, hizo que no todos los lectores que se acercaron a su obra resultaran satisfechos.

humano, de Niro, escogido por ser capaz de transmitir al espectador con el mínimo gesto aun debajo de un disfraz tan pesado, consigue que su criatura empaticé desde el primer momento con la audiencia e incluso su trágico final, a pesar de ser una criatura grotesca que llega a asesinar a personas inocentes, resulta algo doloroso para el espectador.

Kenneth Branagh, famoso por adaptar con éxito a la gran pantalla obras teatrales de Shakespeare, se propuso ser lo más fiel posible a la novela, cosa que consiguió con creces, aunque —con la intención de sorprender al espectador— también se valió de algunas licencias con respecto al texto original, algo que le propinó numerosas críticas en contra. Si bien su planteamiento, aunque emplazado en el cine fantástico se inclinó más a la vertiente rena-



### Sobre la película

Estamos ante una historia que necesita pocas presentaciones, todo el mundo conoce la historia de ese monstruo grotesco, de fuerza descomunal, que robó para siempre el nombre a su creador.

La historia de Frankenstein, aparentemente conocida por todos, encierra un sinfín de matices antropológicos, morales y críticos que poco o nada tienen que ver con las versiones predecesoras donde la criatura es un mero zombi con tornillos en el cuello que asusta a la gente. El planteamiento de Branagh es mucho más trascendente y

cientista y romántica de Shelley, en esta adaptación rompió todas las convenciones del género para instalarse en el drama gótico.

La productora de Coppola (American Zoetrope) junto con otros productores asociados entre los que se encontraba Robert de Niro, dotaron a Branagh de 43 millones de dólares para rodar la película. Injustamente, el film se consideró un fracaso en taquilla a pesar de haber recaudado más de 100 millones de dólares en todo el mundo.

El 95% del material grabado se llevó a cabo en los impresionantes estudios Shepperton de Londres, donde se

construyó por partes y con todo lujo de detalles —por ejemplo— la ciudad de Ingolstadt, incluyendo adoquines importados de Portugal. También se construyó, a escala real, el barco de Robert Walton llamado (en un guiño a Eisenstein) *Alexander Nevsky*, una compleja estructura de 100 metros de largo por 23 de alto y 7 de ancho que era sacudida por un elaborado andamiaje accionado mecánicamente.

Durante los poco más de cuatro meses de rodaje tan sólo fueron rodadas escenas en exteriores durante una

transmitía descargas eléctricas a cadáveres en un intento por devolverles la vida tras comprobar, cómo en algunos casos, las descargas producían espasmos en los cuerpos inertes.

Este método no era nada novedoso, ya que otros científicos como Luigi Galvani ya lo habían practicado anteriormente. Fascinada por estos experimentos, la autora de la inmortal novela, Mary Shelley, hija de Mary Wollstonecraft, filósofa y feminista adelantada a su tiempo, decidió plasmarlos en la novela que, con el protagonismo de su



semana en los Alpes suizos.

### **Sobre la novela**

Cuando la célebre novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* fue publicada en 1818, la electricidad era poco menos que una rareza de salón, aunque ya había científicos que experimentaban con ella buscándole fines útiles.

Uno de los protagonistas de dichas prácticas fue el británico Andrew Crosse, quien había erigido un laboratorio donde, entre otros experimentos,

humanísimo monstruo, ha pasado a la posteridad.

La novela está plagada de detalles autobiográficos de su autora, uno de ellos es la aparición de las llamadas «sillas de parto»; contrariamente a la medicina actual, en aquella época se pensaba que estar sentado en una silla favorecía la tarea del alumbramiento. Y curiosamente la propia madre de la autora falleció poco después de dar a luz a su hija sobre una de esas sillas.

### **Gran reparto y gran equipo técnico**

Entre las caras conocidas del reparto, además de Kenneth Branagh y su doble rol actor/director al que nos tiene acostumbrados, encontramos a uno de los mejores actores de la historia del cine de todos los tiempos, Robert de Niro. De Niro ha aportado a lo largo de su carrera grandes interpretaciones como: *Toro Salvaje* (Martin Scorsese, 1980), por la que recibió su único Oscar al mejor actor principal, *El Padrino, parte II* (Francis Ford Coppola, 1974) por la que recibió también el Oscar al mejor actor secundario, o *El Cazador* (Michael Cimino, 1978) por la que fue nominado al premio Oscar y debería haberlo ganado. Fiel a su formación como actor del método, y rodeado por ese hálito de leyenda viva del cine, Branagh tenía constantemente tres cámaras grabándole desde distintos ángulos; era tal la profunda admiración y respeto del cineasta británico hacia de Niro, que jamás le decía cómo hacer una escena, sino que le sugería a su parecer qué era lo más adecuado. De Niro aportó muchas ideas a su personaje y, como en otras películas, hizo gala de su improvisación; en una de las escenas donde la criatura convive con los cerdos del establo, de Niro habló con producción para que en cada toma le escondieran la comida de los animales en un lugar diferente y de esa manera tuviera que buscarla realmente durante su actuación. En el papel de Henry Clerval encontramos al actor Tom Hulce, un actor secundario al que todos recordamos por su papel de Mozart en la inmortal película *Amadeus* (Milos Forman, 1982). El papel del profesor Waldman es interpretado por John Cleese, uno de los integrantes del famoso grupo de actores y humoristas Monty Python. Aidan Quinn, al que hemos visto en grandes películas como *La Misión* (Roland Joffé, 1986) o *Leyendas de pasión* (Edward Zwick, 1994), interpreta el papel del intrépido Robert Walton. El padre

de Víctor Frankenstein corresponde a Ian Holm, un actor inglés con más de sesenta años de carrera al que hemos visto en películas como *Alien, el octavo pasajero* (Ridley Scott, 1979) o *El dulce porvenir* (Atom Egoyan, 1997).

En el equipo técnico encontramos verdaderos profesionales con una trayectoria llena de éxitos y reconocimiento como Roger Pratt, quien ha participado en películas como *Batman* (Tim Burton, 1990) y *Troya* (Wolfgang Petersen, 2004) en las labores de director de fotografía. El célebre diseño de la criatura y los efectos especiales de maquillaje corren a cargo de Daniel Parker, quien tuvo que hacer frente a la figura icónica que proyectó James Whale a través de Boris Karloff; salió más que airoso del desafío ya que mereció haber ganado la única nominación al Oscar que tuvo la película. El trabajo de Parker se basó en los primeros dibujos a lápiz y tinta que hizo Berni Wrightson para la obra original de Mary Shelley, una acertada apuesta de otro de los pesos pesados de la película, Frank Darabont. Darabont es cineasta, productor y uno de los mejores guionistas de Hollywood. Su labor de guionista en *Frankenstein de Mary Shelley* —en sintonía con Branagh— fue determinante para configurar el cariz y textura de la historia. Su experiencia como guionista en películas de corte fantástico durante los años ochenta, y sobre todo, rodar en el año 1983 en corto titulado *Dollar Baby* (adaptación de una novela de Stephen King), supuso que King confiara en él y le cediese los derechos de su obra *Rita Hayworth and the Shawshank Redemption*, que terminó adaptando al cine como director en 1994 con éxito mundial, se trata de la película *Cadena perpetua*. En la actualidad, Darabont es responsable del comienzo de una de las series americanas de mayor éxito en la actualidad, *The walking dead*.

### El planteamiento operístico

## de la historia

Buena parte del frenesí, romanticismo y espectacularidad que desprende la película es responsabilidad del compositor escocés Patrick Doyle. Doyle comenzó su carrera al mismo tiempo que Kenneth Branagh; *Enrique V* (1989), supuso el exitoso debut para ambos. Desde entonces, tanto directores europeos como americanos se han disputado sus servicios como compositor. Y es que la capacidad orquestal de este genio escocés, lo ha catapultado a ser uno de los compositores de cine más valorados en la actualidad.

Para *Frankenstein de Mary Shelley*, Doyle compone un extraordinario tema (The creation) que suena íntegramente en la escena de la creación, cuyos compases repetidos e *in crescendo* sugieren una frenética persecución. Un tema

parecido, suena cuando Robert Walton y sus hombres hacen frente a la tormenta, la música transmite la idea de alguien que parece correr ciegamente hacia su propia destrucción. Pero, sobre todo, en la película escuchamos otro tema, uno que suena en los momentos de amor entre Víctor y Elizabeth y cuya funcionalidad va más allá del arquetípico *love theme* (The wedding night). La misma pieza musical suena durante la película de dos maneras, como tema interpretado por los mismos personajes (lo que se denomina música diegética), y como tema propio de la banda sonora vinculando a la pareja protagonista con la criatura. Como música diegética, este tema aparece arreglado para orquesta en la secuencia del vals de despedida; arreglado para clavicordio es interpretado por el personaje de la señora Moritz en una de las escenas en el interior



de la mansión; Helena Bonham Carter lo interpreta a piano, y en su arreglo para flauta lo interpreta el personaje del ciego y más tarde la criatura, motivo por el que Víctor sabe de su cercanía. Pero en la escena donde dicho tema se escucha íntegramente es durante la noche de bodas, un prodigio de violines que no dejó a nadie indiferente y por su extremada belleza fue muy comentado.

### Lecturas de una obra inmortal

El subtítulo de la novela es «El moderno Prometeo», haciendo referencia a esa capacidad de Víctor Frankenstein para emular a los dioses y poseer la virtud de devolver la vida a un ser muerto. En la novela, el hecho «cristiano» de la resurrección, es sin duda un acto de amor. Víctor, movido por el dolor de la pérdida de su madre, ve una posibilidad a través de la ciencia para recuperar un

por encima del Bien y del Mal, jugar con fuerzas desconocidas hace que tarde o temprano se pague su precio.

La escena de la cueva en que la criatura dialoga con su creador puede tomarse como el diálogo de cualquier ser vivo con Dios. ¿Por qué estamos vivos? ¿Tenemos alma? ¿La carne es solo materia? ¿En qué parte de nosotros reside el arte? El texto de Shelley encuentra analogías con la obra de John Milton, *El Paraíso perdido* (1667) cuando su protagonista realiza preguntas metafísicas a su hacedor en un conato del más puro existencialismo. Cabe señalar que una de las escenas suprimidas de la película es donde la criatura lee varios libros, entre ellos, *El Paraíso perdido* de Milton.

La historia en general habla del amor y la muerte, pero también de los graves prejuicios del ser humano como especie: la condena social por ser feo o diferente al resto, los graves daños



ser querido.

También podemos interpretar esta clásica historia como una lección de la naturaleza en contra de la pretensión humana por imitar a Dios. Querer estar

que podemos sufrir por utilizar indebidamente los progresos de la ciencia, en definitiva, una reflexión acerca de las consecuencias de nuestros actos.

En esta película Kenneth Branagh

relata la triste historia de un hijo rechazado. La criatura, además de ser repudiada por su «padre» es perseguida y violentada por una sociedad que no la acepta ni la aceptará jamás; consciente de esto, el ser reanimado exclama que haría las paces con todo tan sólo por la simpatía de un ser vivo. Un claro ejemplo antropológico de cómo cualquier ser humano nace puro y va corrompiéndose progresivamente en función de su relación con el entorno, lo cual entronca con filosofías como la de Rousseau.

### Anécdotas del rodaje

En la célebre secuencia de la creación del monstruo, los actores resbalan en un líquido que en la novela llaman «amniótico», pero en verdad se trataba de gelatina hirviendo para causar el mismo efecto. Debido a la viscosidad de la gelatina, tanto Branagh como de Niro resbalaron fuera de cámara en varias ocasiones.

El actor Robert de Niro tuvo que aguantar sesiones de cuatro a seis horas de maquillaje cada vez que la escena a rodar requería encuadrarlo en plano medio, y también soportó extenuantes sesiones de diez a doce horas de maquillaje cuando las escenas incluían planos de su cuerpo entero desnudo.

El papel de la criatura fue ofrecido inicialmente por los productores a varios actores entre los que destacan Andy García o Gerard de Pardieu.

El compositor de cine Elliot Goldenthal (compositor de excelentes bandas sonoras como *Entrevista con el vampiro* o *Heat*) compuso la primera banda sonora para la película, trabajo que fue desestimado por Kenneth Branagh, quien apostó posteriormente por su amigo, el compositor Patrick Doyle.

El nombre de Frankenstein fue tomado por Mary Shelley de un pueblo de Polonia donde la autora de la novela vivió varios años de su infancia.

STANDARD-FILMS PRESENTS  
STELT VOOR

A HAMMER PRODUCTION—

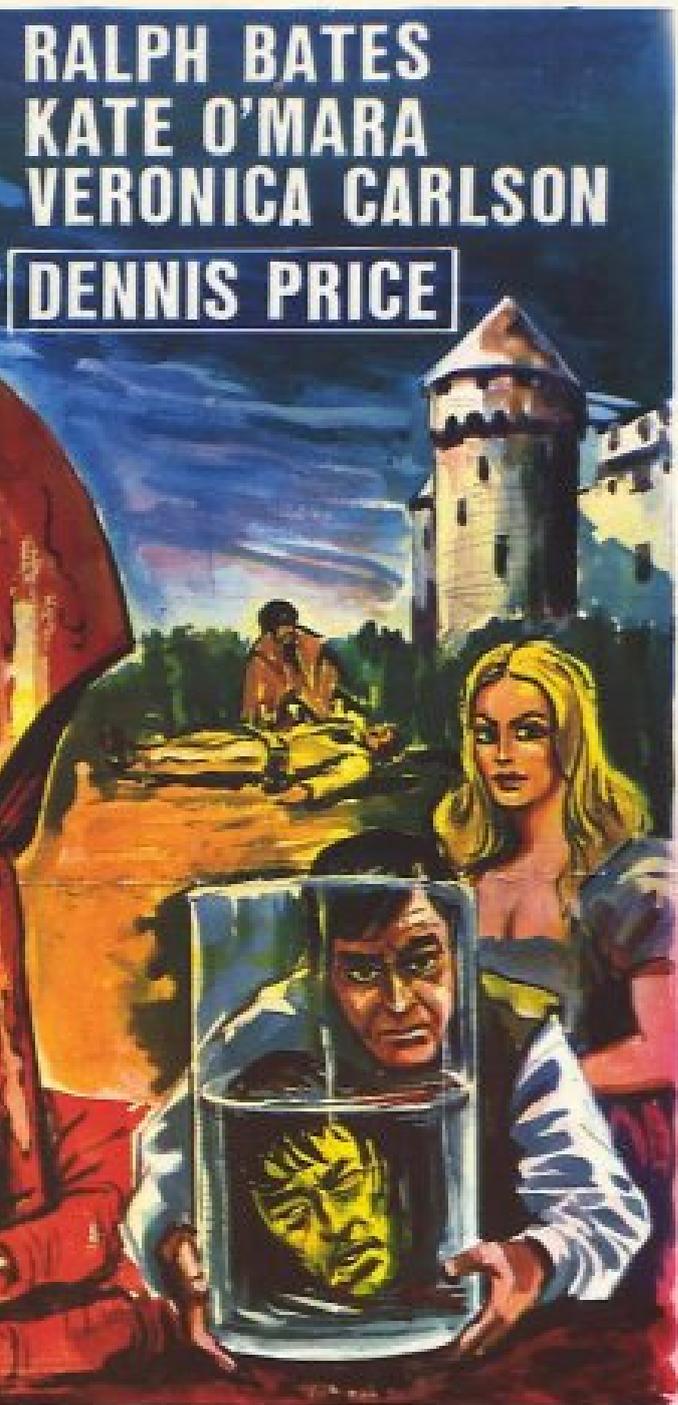


LES HORROR  
FRANKE

REGIE: JIMMY SANGSTER (HORROR)

DE GRUWELI  
FRANKE

www.hammer.com



REURS DE  
ENSTEIN  
OF FRANKENSTEIN) TECHNICOLOR  
DADEN VAN-  
ENSTEIN

Columbia Pictures ofreció en primera instancia el rodaje de la película al director Tim Burton, quien se planteó llevarlo a cabo con Arnold Schwarzenegger como actor protagonista, pero finalmente desistió.

El romance vivido por Branagh y Bonham Carter trascendió la pantalla y propició el divorcio del director con la actriz Emma Thompson —quien por entonces era su esposa—, algo que en Inglaterra fue casi más sonado que el propio estreno de la película.

### Kenneth Branagh en la actualidad

Paradójicamente en la actualidad, Kenneth Branagh culminó con *Cenicienta*, el pasado 27 de marzo de 2015, su tercera película como director —digamos— por encargo. *Thor* en 2011, y *Jack Ryan: Shadow Recruit* en 2013, son películas ajenas a su trayectoria anterior como realizador de arte y ensayo, un evidente giro hacia un cine comercial quizá propiciado por su irregular fortuna como director en la década anterior.

Desde *Trabajos de amor perdidos* (2000), una elegante comedia musical donde Branagh dirigió a la actriz Alicia Silverstone, con quien se le relacionó sentimentalmente, hasta *La Huella* (2007), un no muy afortunado remake de la película de Mankiewicz, Kenneth Branagh culminó una década con cinco títulos muy desiguales —en cuanto a calidad se refiere— que corrieron diferente fortuna. Por ejemplo, su película *La flauta mágica* (2006) no llegó a estrenarse en España.

Quizá Kenneth Branagh puso su listón demasiado alto en la década de los noventa, donde todo su talento eclosionó firmando cintas de rotunda calidad que le otorgaron fama mundial. *Enrique V* (1989), *Los amigos de Peter* (1992), *Mucho ruido y pocas nueces* (1993) y un largo etcétera, films que configuraron un fulgurante comienzo como cineasta, un sendero que esperamos vuelva a

reconquistar con su esperado regreso a Shakespeare, aunque sea —de momento— en el teatro.

El director de *En lo más crudo del crudo invierno* (1995) ha formado su propia compañía de teatro, (la Kenneth Branagh Theatre Company) para producir e interpretar a partir de octubre una serie de adaptaciones de clásicos, según ha anunciado el teatro londinense Garrick. Branagh, que se formó en la Royal Shakespeare Company, ha reunido a un destacado elenco de actores para interpretar cinco obras, entre ellos a la veterana actriz Judi Dench o la joven Lily James, así como Rob Brydon y Richard Madden.

Al presentar la compañía, Branagh aseguró que la intención de su proyecto es «conectar con la audiencia» y ver «los ojos» de los espectadores. «Duran-

te mucho tiempo quería tener la oportunidad de estar en un teatro en el que preparar una programación completa, en lugar de obras aisladas», declaró Branagh.

El grupo teatral actuará a lo largo de un año e interpretará también la obra de Terence Rattigan, *Harlequinade*, así como *The Painkiller*, creada por Francis Veber, o *The Entertainer*, del dramaturgo John Osborne y el clásico *Romeo y Julieta*.

El actor y director, que ha sido premiado con un Emmy y tres BAFTA y acumula a lo largo de su carrera cinco nominaciones al Oscar y otras cinco al Globo de Oro, trabajará en este proyecto, que comenzará con *Cuento de invierno* (2015) junto al también director Rob Ashford y el diseñador Christopher Oram.





# POR TI, VOLARÉ

Texto: Laura López Alfranca

Ilustración: David Agundo

**-¿E**ntonces no sabes por qué te ha citado en el TB? —preguntó por enésima vez Cristina, tan intrigada como ella—. Chica, en serio, deberías haberte quedado con aquel tenor tan soso que nunca te sorprendía. Con este tipo debes haber perdido no menos de veinte años de tu vida.

—Lo sé, ¿no es genial? —le preguntó al móvil risueña—. Y vosotras que me aconsejábais que me quedara con Miles.

—¿Quién? —preguntó su amiga dubitativa.

—El tenor soso —replicó y, al escuchar el 'oh', ambas comenzaron a reírse nerviosas—. ¿Para qué crees que me habrá citado aquí?

—¿Para matarte de un paro cardíaco? —replicó su amiga dirigiéndose a su novio—. Ojalá algunos fueran tan detallistas, no pasarían "hambre".

—¡Dame un respiro! —oyó decir a Edgar, la pareja de su amiga—. Que ese tío sea una máquina perfecta creada para dejarnos mal al resto de la "masculinidad" no...

—¡Ah, cállate quejica! —le espetó la mujer, y Sandra se rió por lo bajo—. En fin, chica, te dejo que aún tengo que preparar los informes para la reunión de mañana.

—Mucha suerte —replicó a modo de despedida y colgó.

Guardó su móvil y con un suspiro, estudió el lugar donde Alem le había dicho que se encontrarían, que tenía una gran sorpresa para ella y conociéndole, sería algo que nunca sería capaz de olvidar. Él era así, si bien no tenía dinero, siempre conocía a alguien que le adoraba y estaba dispuesto a ayudarle a dejarla con la boca abierta. Por eso y por su gran corazón era por lo que le quería tanto, porque decía que estaba dispuesto a que muriera feliz habiendo vivido momentos maravillosos.

El parque tecnobiológico, más conocido como TB, era su lugar favorito

de la ciudad después del botánico, aunque el primero era de más fácil acceso. Era cierto que los pájaros eran mecánicos, los olores naturales sofisticados perfumes, y las hojas de las plantas seda pre-tratada, pero aún así, era todo mágico. Aunque lo extraño era que llevaba un tiempo sin pasearse nadie por aquella zona, a pesar de ser una de las más concurridas.

De pronto, uno de los pájaros hizo un gorgorito extrañamente familiar y poco a poco, los demás animales comenzaron a unirse a la melodía del primero. Cuando reconoció la canción se rió y lloró a partes iguales, era "Por ti volaré", su canción favorita, con la que Miles intentó conquistarla y casi lo consiguió.

Al lado de un árbol de metal apareció Alem, con una gran sonrisa, vestido de esmoquin y sudando más de lo normal. Era tan guapo con su pelo y ojos oscuros... y se le veía tan mono cuando intentaba sorprenderla, siempre se delataba porque se ponía histérico.

—Señorita Sandra Greenjoy —dijo con solemnidad—. Gracias por haber acudido a mi cita -ella se carcajeó al escucharle-. Espero que no le importen mis formalismos, pero son necesarios.

—Entonces los consiento, señor Alem Colomar —replicó imitándole.

—Temo decir... creo que yo... —se movía y no separaba las manos de su espalda—. Estoy completamente enamorado de ti —y le oyó maldecir por lo bajo.

—Si eso era un secreto, ya lo sabía —atajó Sandra guiñándole un ojo.

—No es que yo... tenía un gran discurso, tenía que ser perfecto —afirmó él furioso, secándose el sudor de la cara—. Lo he fastidiado por completo, ¡seré idiota!

—Estás aquí, para mí ya es perfecto —al verla sonreír, él se arrodilló y le tendió lo que escondía a sus espaldas. La mujer gritó perpleja: era una maceta verde con unas nomeolvides moradas

y amarillas... de verdad... no plantas artificiales, incluso olían como debían y no a algún perfume caro.

—Cásate conmigo —le pidió escuetamente.

—¿Qué? —consiguió balbucear acongojada—. Pero si ya sabes las reglas, los médicos me han dado dos años y no...

—Eso me da igual, quiero que nos casemos, incluso que formemos una familia —insistió tercamente—. Estoy seguro de que juntos podemos sobrevivir a lo que venga, incluso a esa estúpida fecha que te dieron en el hospital. No soy milagroso, pero seguro que como poco, podré hacerte inmensamente feliz.

—Pero yo... —intentó hacerle entender, no deseaba que cuando eso se cumpliera, Alem sufriera.

—Sólo dime no si crees que no me quieres lo suficiente —le rogó—. Sólo si crees a ciencia cierta y con pruebas palpables que a mi lado no serás feliz.

Se secó las lágrimas. No iba a vivir más de dos años, las estadísticas de acierto del hospital del Sagrado Corazón eran las más fiables... pero ¿por qué no? Solo quedaban dos años, podía vivirlos con la persona que amaba, tener al fin una vida de verdad y no lo que se había impuesto para no hacer sufrir a la gente.

—¿Dónde las has conseguido? —preguntó; él seguía arrodillado en el suelo, seguramente esperaba a que dijera algo.

—Oh, ya sabes... un favor a algún amigo... un trabajito para otro... vender la mayor parte de mis órganos por Internet —se rieron con nerviosismo, era una situación extraña—. Pensé que te gustaría más que una joya, que tienes colección —aunque... solo se vivía una vez y ella llevaba mucho sin hacerlo, así que, ¿por qué no?

—Sí, me casaré contigo —y antes de que pudiera añadir algo más, Alem la agarró de las piernas y la alzó feliz, gri-

tando incoherencias—. ¡Baja! ¡Me voy a caer!

—¡Haberme dicho que no para dejarme en el suelo suplicándote! —afirmó.

Cuando la dejó en el suelo, se hicieron una foto, planta incluida y la mandaron a todos sus amigos. Antes de que las llamadas se sucedieran, Alem apagó todos los móviles y los arrojó a su espalda.

—¿Para qué haces eso?

—Queda poco para que la gente vuelva a pasear por aquí y los pájaros dejen de cantar para nosotros —explicó preparándose para un vals. Sandra no entendía para qué, si era el peor bailarín del universo conocido y por conocer—. Así que, baile conmigo, futura señora Greenjoy.

—Acepto —murmuró ella.

Incluso cuando la gente comenzó a pasear por el lugar y a señalarles, no pararon; siguieron así durante largo tiempo, hasta que ambos se sintieron demasiado cansados y decidieron tumbarse para mirar el cielo estrellado del lugar. Dejó la planta al lado de Alem y mientras se iban durmiendo, hablaron de cuántos niños tendrían, de todos sus nombres... le hizo reír con sus disparatadas sugerencias. Cuando cerró los ojos, un pensamiento se quedó en su mente: en aquel momento todo era realmente perfecto.

Sintió que se ahogaba y tosió, abrió los ojos lentamente y sintió cómo sus piernas no reaccionaban, así como su brazo izquierdo, y esa sensación se extendía como olas por su cuerpo, insensibilizándola y llenándola de dolor a cada movimiento. Se limpió la boca con el derecho y vio el rastro de sangre, asustándose.

—Es un ataque —murmuró alzando la mano para mover a su prometido—. Alem, ayúdame, tengo un ataque... Alem... —intentó despertarle, pero entonces, se fijó en que su pecho no se movía—. ¿Alem? —colocó su mano en-

cima del cuello de su amor y no notó pulso. Ahora estaba aterrada.

Oyó un quejido a la izquierda y vio a sus nomeolvides completamente marchitas. Al otro lado, un hombre mayor se agarraba a un niño con los ojos cerrados. El ambiente olía a cerrado, era como si las flores hubieran dejado de emanar su perfume artificial. Se giró con rapidez y vio miles de escenas similares a la suya repitiéndose.

—Ayúdeme —intentó gritar, pero apenas fue un murmullo. Giró la cabeza desesperada, buscando ayuda, pero los pocos que se movían parecía que no podían moverse como ella—. Ayuda, mi novio está mal... —murmuró acongojada, la idea de que pudiera estar muerto no...

Alargó la mano, llorosa, tal vez si conseguía pedir ayuda alguien podría salvarles. Tenía que salvar a Alem... consiguió arrastrarse desesperadamente hasta uno de sus móviles; lo encendió para encontrarse con miles de mensajes, e-mails, llamadas perdidas y de pronto, que su amiga la estuviera llamando. Gritó feliz por su suerte.

—¡Serás perra! —le gritó riéndose.

—Cris... —intentó decirle con un hilo de voz, cada vez se sentía peor.

—¡Si es que ya no dejáis a una ni siquiera...!

—Cris... ayúdame... —le suplicó— Alem no respira, yo estoy teniendo un ataque... ayúdame.

—¿Sandra? —murmuró asustada. Ella estaba mareada, tanto que cerró los ojos.

—Ayúdame... llama a alguien... aún pueden salvarle...

Su corazón no pudo más, sintió ese calambre que en verdad si era de un ataque e intentó respirar. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué...?

\* \* \* \* \*

—Recluso número catorce setenta y ocho —murmuró la voz metálica del

guarda, seguramente protegido por una armadura completa—. Responda, ¿está vivo?

—Sí —replicó casi sin energías, sintiendo aún el sabor de una sangre que no era suya en la boca. No abrió los ojos, no deseaba verse en aquella silla, atado y lleno de cables neurológicos. Estaba incorporado, sintiendo el dolor de volver a ser él.

—Ha vivido la vida de Sandra Greenjoy, su víctima número veintiséis, ¿se ha arrepentido de sus crímenes? —replicó con voz monocorde.

—No —murmuró lloroso. Claro que se arrepentía, se había arrepentido desde Joshua McAllister, la víctima número uno.

—Entonces deberá continuar con su pena hasta completar las vidas de las 759 víctimas —le recordó el guardia. Siempre le decía lo mismo—. Cuando llegue su reeducación, ¿desea una habitación especial?

—Sí —murmuró, había tenido una idea para su justicia poética—, una con una gran ventana.

—De acuerdo, espere unos instantes hasta que carguemos los datos de la víctima número veintisiete, Carla Beaudelaire.

Se recostó y lloró, llevaba haciendo lo mismo desde la primera conexión. Ya casi ni recordaba quién era, sus motivos eran difusos... rememoraba dolor y soledad... y mucho odio. Había accedido a los sistemas del TB y había llenado las cañerías de los perfumes de las plantas primero con somnífero y luego con un gas nervioso muy potente. Había sido increíblemente fácil, tanto que incluso dudaba que fueran a atraparlo.

Pero lo hicieron y le aplicaron la pena máxima: sufrir cada vida arrancada hasta la muerte de su cuerpo. Él ya sabía que si le pillaban, eso era lo que le pasaría y se reía de algo tan insignificante, ¿acaso iba a importarle más su acto? No había entendido cómo era posible que prácticamente el cien por cien

de los que recibían esa pena, se suicidaban antes siquiera de pasar la rehabilitación. Si se pasaba esa etapa, sería libre sin cargos, por eso no le importó la pena.

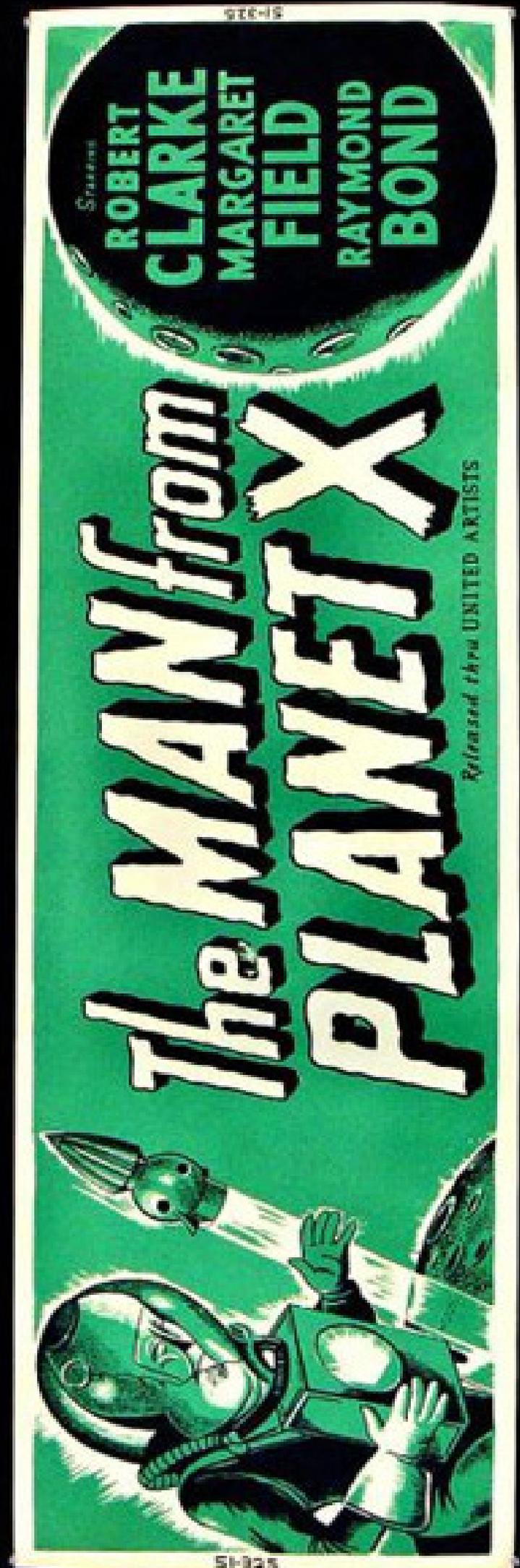
Justicia poética le llamaban y ahora entendía cuan cierto era. Creía que estaba inmunizado, que nunca le harían arrepentirse... y saber que apenas llevaba una pequeña parte de su castigo era lo que más le aterrorizaba.

Empezó a sentir dolores intensos, y supo que habían cargado los recuerdos de Carla, ¿qué habría sido ella? ¿Sería una vida larga que le llevase una hora? ¿O una realmente corta, de apenas un minuto?

Sandra era una pobre cantante de ópera con problemas del corazón; Alem había sido un hombre de negocios de éxito que cuando se negó a hacer algo ilegal, se quedó pobre. Albano era el abuelo de Joshua, le había invitado a un helado y deseaba que él viera los pájaros cantar antes de decirle que se iba a morir; Sofía, Tomás, Ichabod... eran tantos y los había matado con facilidad. Ahora sentía que se había asesinado a sí mismo.

Pero cuando aquello acabara sabía qué iba a hacer: en cuanto pudiera, abriría la ventana de la habitación y se tiraría por ella, poniendo fin a una vida tan miserable de la que ya ni recordaba su nombre. Aunque tampoco tenía derecho a eso.

Sonrió a la imagen que se iba formando de su nueva madre, aunque con diferente motivo. Cuando su castigo acabase, echaría a volar, volaría por todos ellos.



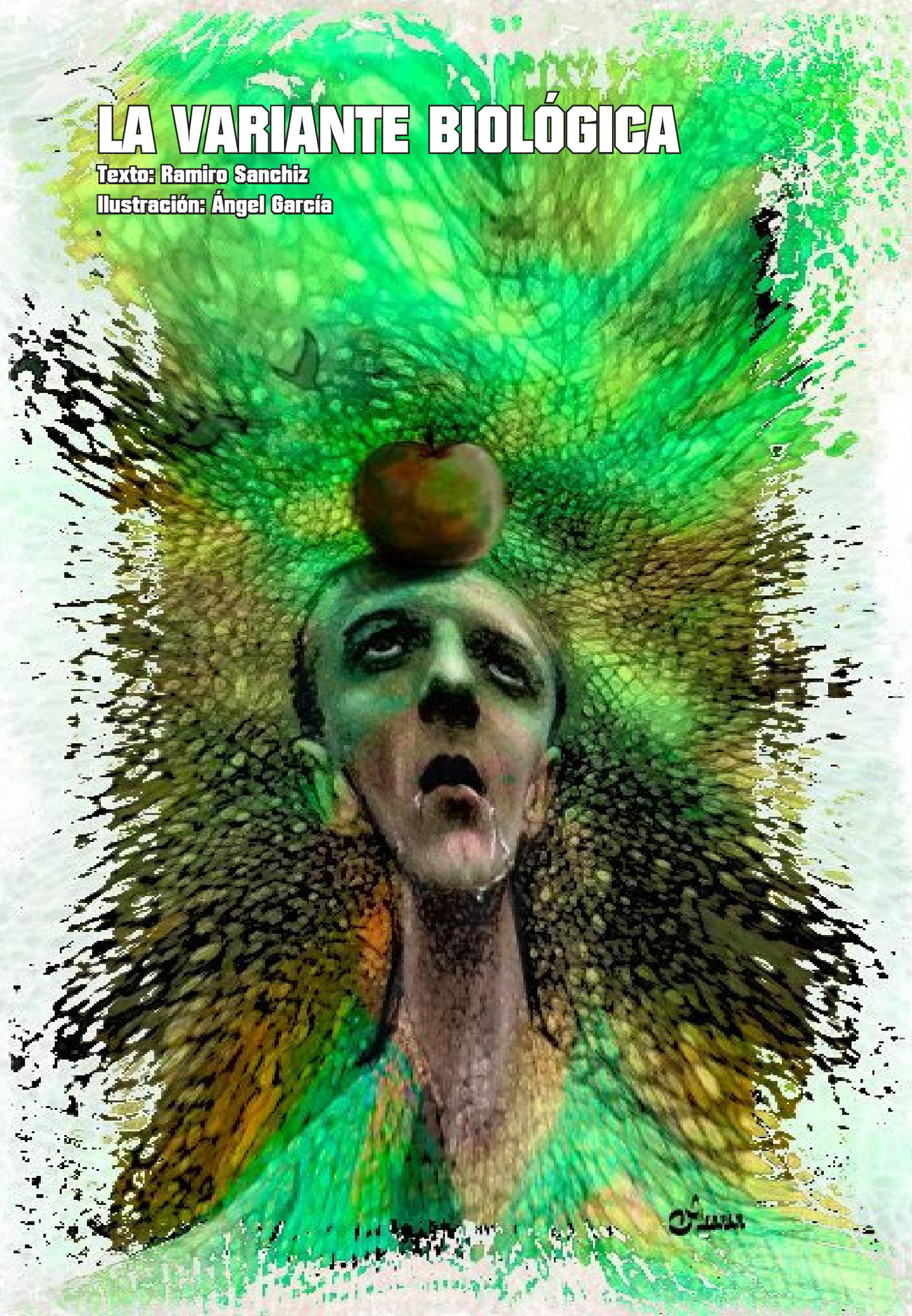
Released thru UNITED ARTISTS

51-025

# LA VARIANTE BIOLÓGICA

Texto: Ramiro Sanchiz

Ilustración: Ángel García



Ángel García

**E**n septiembre de 2009 mi editor en Montevideo alquiló un gran departamento con la intención de ubicar allí sus oficinas. Por esos días también terminó de separarse de su mujer, así que no tardó en mudarse a lo que en principio no debía ser otra cosa que un espacio soleado y profesional alrededor de un escritorio, un par de computadoras y varias habitaciones atestadas de libros. A mí, casualmente —Rex, por supuesto, diría que las coincidencias no existen; en cualquier caso, no siempre es bueno comenzar un cuento con una apelación a la coincidencia o la sincronía— estaba pasándome lo mismo; después de volver de Punta de Piedra, cuando Jon y Rex se cansaron de hacer lo que fuera que estaban haciendo por el interior del país, en una especie de prolongación agónica de la gira de *Space Glitter* que yo había abandonado, me mudé al apartamento de Patricia, una chica que había conocido *allá*, en el Este remoto.

La relación duró poco más de un año y medio y a su final me vi en la calle con un colchón, una tele CRT que me habían regalado mis abuelos en 1993, un equipo de audio y varias cajas y valijas llenas de libros y CDs, que repartí por cuartos, garajes, galpones y armarios de demasiados amigos. Decidí quedarme unas semanas en la casa que compartían Jon y Rex, pero a la tercera noche las cucarachas espolvoreadas de merca configuraron claramente un mensaje: ese lugar no era para mí.

Adrián estaba haciendo vida de casado, igual que casi todos mis antiguos compañeros de liceo o sobrevivientes de la larga noche alcoholizada de los años noventa y primeros dosmiles, así que mis opciones empezaron a convergir en un espacio de probabilidades cada vez más acotado a las paredes de la casa de mis padres. Entonces me aparecí una tarde en las nuevas oficinas de la editorial con el manuscrito de mi última novela, *Ficción para un imperio*,

y cara de no haber dormido en varios días. ¡Pero loquito, acá hay lugar!, me dijo mi editor, y agregó que bastaba con que llevara un par de valijas con ropa y el colchón. Fue tan persuasivo que esa misma noche ya me había acomodado en la última pieza (a la que apenas llegaba el olor a porro que envolvía a mi editor), donde se alineaban docenas de ejemplares de una colección de novela negra atestada de autores estúpidos y algún amigo intercalado (dos, en realidad). Acomodé el colchón en el piso y puse las valijas a ambos lados de la cabecera, como si fuesen una cómoda bajita sobre la que apoyar linternas, celular, mi block de notas y los libros que estaba leyendo. A las once ya estaba dormido.

Pero antes había pasado otra cosa: apenas entré lo primero en que me llamó la atención fue una gran pecera sostenida por una especie de banqueta o trípode, a un lado de una estantería con algunos de los libros de la editorial; el sol de la tarde le hamacaba unos reflejos verdosos y dorados y, gracias a algún fenómeno de óptica en relación a la pared que tenía detrás, de un sosegado color celeste grisáceo. Las peceras jamás me gustaron, lo suficiente al menos como para tener una, pero esta logró capturar mi atención. Me acerqué para mirarla: dos peces que parecían envueltos en varias capas de seda dorada se movían lentamente; otro de color oscuro —los llaman *limpiafondos*, tengo entendido— rasaba los cantos rodados multicolores del suelo. Iba a preguntarle a mi editor de dónde había salido aquello cuando descubrí que lo que había descartado de mi foco de atención pensando que era una rama de coral, o un pedazo de plástico que había cumplido una función decorativa décadas atrás, era en realidad algo parecido a un sapo. Y digo *algo parecido* porque al mismo tiempo se asemejaba a un pez, o a algo a esa altura del árbol filogenético, la cosa devónica tardía,

digamos. Flotaba en la pecera como si estuviera parado sobre sus patas y apenas movía las extremidades que se ramificaban en aletas.

Había también algo aún *anterior*, vegetal en la criatura, pese a su color blanco óseo, como de esqueleto blanqueado y luego enmohecido en el fondo de un salón de clase de anatomía. Entonces me quedé petrificado mirando al pobre animalito (creo que lo primero que examiné con verdadera atención fueron sus agallas arborescentes), que a todas luces podía estar muerto, dada la manera en que flotaba como una cosa inerte. En un momento uno de los peces elegantes lo rozó y le agitó ondas en la piel. Aquello me revolvió el estómago y sentí que me mareaba. Mi editor, que todavía tenía el manuscrito en la mano, intervino enseguida:

—Guachín, estás más pálido que cuando entraste, ¿qué te pasa, estás bien?

Asentí con la cabeza a la vez que trataba de apartar la mirada del sapo.

—Parece que no dormís hace meses, loquito... ¿qué te está pasando?

—¿De dónde salió esa pecera? —le pregunté.

—¿Eso? Estaba acá; el apartamento me vino con de todo un poco, fijate —señaló una guitarra criolla en muy mal estado y colgada de una pared—; de todo —repitió—, pecera incluida.

—Pero ese sapo es un asco —balbuceé.

No recuerdo ahora qué me respondió, pero sí que después me puse a hablar de mi situación y que apenas terminé de contarle mi ruptura con Patricia y mis días con los energúmenos de Jon y Rex, volví no sin impaciencia al asunto del sapo.

—Y yo lo dejo, ¿viste? —dijo—. Es como una cosa rara que hay ahí, nadando... flotando. Si te fumas un *cohetex* y te lo quedás mirando, es raro... tiene su vuelta —y dejó mi manuscrito en uno de los estantes—; la semana que viene

lo leo —añadió.

Esa noche dormí mal; me desperté varias veces y soñé que estaba desvelado y ansioso; amanecí con un buen dolor de cabeza a las diez y pico, cuando ya se escuchaba el zumbido de las computadoras en las habitaciones de al lado y la voz de mi editor y su empleado en algún rápido diálogo telefónico. No tenía ganas de levantarme y había quedado claro que en aquella última pieza jamás sería molestado, así que tragué en seco un par de aspirinas que encontré en mi mochila y me puse a leer. Esa reticencia a moverme podía ya anotar, en la pizarra de mi inconsciente, el primer tanto ganado por el sapo; en cualquier caso, a las once y cuarto tuve que ir al baño, así que me vestí y llevé mi bolsita con peine, shampoo y cepillo de dientes, más un bóxer y una remera nueva. Los vi tan concentrados que no saludé; entré al baño, meé, me lavé los dientes, cagué mínimamente, me duché y me vestí con la misma ropa hecha la excepción del bóxer y la remera. Todavía descalzo entré a la habitación que hacía las veces de oficina principal.

—Voy a dar unas vueltas por ahí; creo que llego a eso de las cuatro...

—Todo bien, guachín, vos tocá timbre nomás...

Salí con la mochila hacia la casa de Jon y Rex, donde había dejado un pequeño equipo de audio con CD. Pensé en almorzar con mis padres y preguntarles si tenían el diario del domingo anterior, para empezar a buscar apartamentos. También planeé sacar en limpio el estado de mi economía, los dos alquileres que cobraba y las notas que debía a revistas por ahí, para tener una idea de cómo moverme en cuanto a comidas y gastos; después de almorzar, sin embargo, me enganché con mi padre a mirar *El planeta de los simios* en el cable. Eran las cuatro y cuarto cuando salí a toda velocidad hacia lo de mi edi-

tor, que si por alguna razón se había ido me complicaba el resto del día y quizá la noche. Toqué timbre y no respondió; insistí y al rato noté que el ascensor llegaba a la planta baja. Mi editor salió y abrió la puerta.

—Tomá, te hice una copia de la llave; yo en un rato ya me tenía que ir, menos mal que llegaste a tiempo, loquito. ¿Qué vas a hacer, salís esta noche?

Sólo entonces reparé en que era viernes. Jon había dicho algo sobre un recital, pero en su momento no pensé que se venía el fin de semana.

—No, me quedo tranquilo —dije—; a ver si escribo un poco, ¿te puedo usar alguna PC?

—Tenés que comprarte una laptop, no podés andar así por la vida.

Se despidió y subí. Ya en el ascensor recordé al sapo. Tenía en la mochila un par de milanesas que habían sobrado del almuerzo y llevaba una bolsa con una Coca. Apenas entré al apartamento me precipité a la cocina, como si fuera realmente necesario el esfuerzo de no pasar por delante de la pecera. Dejé la bebida y el tupper con las milanesas en la heladera y me recosté en la pared. Con la película y todo no había hecho las cuentas; busqué sin éxito una hoja de papel y un lápiz, así que no tuve más remedio que pasar a la oficina. Para hacerlo, entendí, debía forzosamente intersectar el espacio proyectado por la pecera, su iluminación fantasmal y la presencia flotante del sapo, que me repugnaba y aterraba a la vez. No había más remedio.

Junté fuerzas y salí de la cocina. Sobre una estantería con adornos hipillos y algunos libros de la editorial había un block y un par de lapiceras. Las tomé y allí mismo, en el aire, anoté las primeras cifras que vinieron a mi memoria: los euros que me aguardaban por una columna para España y una cifra en pesos uruguayos por un par de reseñas. Iba a anotar los dos alquileres cuando un mal movimiento del brazo que sostenía

el block me reveló al sapo, rodeado por un halo verdoso demasiado parecido al de las espadas en la *Excalibur* de John Boorman. Dejé el papel y la lapicera sobre el estante y me paré ante la pecera. El sapo se había movido en relación al día anterior; uno de sus brazos estaba retraído y el otro se estiraba hacia arriba, hacia la superficie. No pude decidir si se trataba del movimiento del agua (sacudida por los peces, supuse) que movía al sapo o si era él quien por su propia voluntad parecía mover el bracito levantado, casi como si fuera un mago y estuviera amasando una bola de fuego en las mareas del éter o como si revolviera los hilillos intangibles de lo que sería la teoría definitiva sobre el espacio y el tiempo. Entonces reparé en sus manos. Tenía cuatro dedos, tan blancos como los de un feto deforme en un gran frasco de vidrio lleno de formol, y cada uno terminaba en una uña minúscula, un poco más blanca o gris que el resto del cuerpo. Traté de mirarle los ojos: eran dos pequeñas excrescencias oscuras, como dos cápsulas llenas de un líquido negro. No sé cuánto tiempo estuve mirándolo; los movimientos de los otros peces a veces lo sacudían o incluso empujaban, pero él (o ella) mantenía siempre el bracito levantado en ese movimiento incesante.

Debió ser un cambio en la luz, el sol que se ponía detrás de un edificio por ejemplo, lo que me arrancó del trance. Sentí que el tiempo había pasado por el apartamento como una caravana de gitanos; incluso me pareció percibir un descenso en la temperatura y una suerte de aumento de la distancia entre las cosas, como si todo aquel universo (el apartamento, las cosas que contenía, el sapo y yo) nos hubiésemos expandido y vuelto menos densos, a la vez que los átomos de nuestras mentes o conciencias se mantenían en su tamaño original y constaban la inflación de un universo ahora más tenue. Me sentí asqueado y salí de la sala; corrí, de hecho,

hacia la última habitación, y me senté en el suelo abrazando mis propias rodillas, sudando.

Esa noche mi editor nunca apareció. Después de comerme las milanesas y leer un buen rato con algo de música me dormí otra vez mucho más temprano de lo que acostumbraba. Pero esa vez sí soñé. Caminaba por una versión de Montevideo en la que todos los edificios tenían el mismo color óseo y polvoriento de la piel del sapo; estaba solo en aquellas calles desiertas y recorría 18 de Julio asombrado y a la vez entristecido, como si en un pasado no tan remoto yo hubiese partido de la ciudad tras augurar a sus habitantes que tarde o temprano desaparecerían y que sus calles, casas y edificios terminarían convertidos en lo que yo contemplaba ahora, a mi regreso inevitable.

A la altura de Yaguarón o Yi bajaba hacia la rambla y me detenía por ahí a contemplar la parte de atrás de uno de los edificios, en la que descubría un intrincado sistema de venas o nervaduras. Aquel pequeño horror catapultó el sueño hacia su final.

Al otro día pensé en contarle a Rex lo que estaba pasándome. Sabía que iba a arrojarme cuatro o cinco teorías disparatadas y mutuamente excluyentes, pero por alguna razón creía que era eso, justo eso, lo que necesitaba. Lo llamé al celular y arreglamos encontrarnos en un bar de San José y Paraguay.

Dos horas después comíamos unos pedazos de fainá y tomábamos la segunda cerveza. Para anticiparme a lo que pudiera decirme yo ya había esbozado algunas hipótesis.

—Todo empezó con el sapo —dije—, y luego voy y sueño con la textura de la piel del bicho de mierda; me parece que tendrías que verlo, es algo... hipnótico. Eso es lo raro; al principio no pasa

nada, pero si estás un rato mirándolo perdés la noción del tiempo, y cuando cortás la conexión es como si... como si te estallara una bomba de asco en los bronquios.

Me miró como esperando algo más, la verdadera sustancia de la cosa.

—Y estoy cagado de miedo. Hasta las patas, como dice mi viejo. No quiero ni pensar en pasar cerca del sapo. Tengo bien claro que estoy delirando, pero por una vez créeme que hay algo físico en la cosa, una *cercanía*. Como si realmente, más allá de la posibilidad de pensar que estoy alucinando o exagerando o dejándome llevar, como si realmente todo mi cerebro se hubiese puesto de acuerdo en decirme que tengo que andar con cuidado.

—Puede ser un mutante —dijo Rex—; este es el tipo de cosas que le interesan a mi *designer*. A lo mejor su mutación le permite irradiar ondas psíquicas y vos estás empezando a procesarlas. En la literatura sobre el tema esto se llama *efecto ajolote*; en sueños te trasladás a un mundo en el que todo es el sapo... ¡excelente!

Agarré otro pedazo de fainá.

—Otra opción —recomenzó Rex, con los ojos fijos en la superficie de su cerveza— podría ser que hay alguna conexión entre el sapo y algo que te obsesiona, o que vos lo proyectás o algo así, algo del inconsciente.

—Me gusta más la otra hipótesis; en esta parece que te querés hacer el psicólogo, Redoxón.

—¿Y puedo ver al sapo?

—¿Estás seguro? Vamos ahora, si querés...

Evidentemente asintió. Apenas entramos al apartamento encontré, pegado en la puerta, un post-it de mi editor que me avisaba de ciertos planes de pasar la noche del sábado en la casa de una amiga en Atlántida.

—Mirá vos —le dije a Rex—, qué rápido consiguió dónde ponerla.

—Es que vos tenés que salir más.

Más calle, menos paja.

Le señalé la pecera.

—Ah, tenés razón —dijo— es repugnante, atávico, regresivo... me encanta. ¿Prendemos uno?

El porro siempre me da ganas de tomar Sprite. Miré en la heladera; había comprado una esa mañana. Volví a la sala con la botella y dos vasos; Rex había prendido su marihuana transgénica. Tenía los ojos anclados a la pecera.

Me senté en el piso igual que él; pité un par de veces y me serví un vaso de Sprite. El sapo estaba en otra posición, ahora con los brazos hacia abajo. Parecía un levantador de pesas; me pareció que tenía otra expresión en la boca.

—¿Te das cuenta —comencé, sin apartar los ojos de la criatura—, que todos los vertebrados son variaciones de la misma cara? Un extraterrestre podría confundirnos con un oso grizzly. Y acá es lo mismo... los ojos, la boca. Pero la expresión... ¿a qué se parece?

No me respondió. Exhaló una buena cantidad de humo y me pasó el porro. La marihuana transgénica de Rex (de su *designer*, en realidad) tenía la ventaja de ser extremadamente suave en la garganta y varias veces más intensa en el sistema nervioso. Había comenzado, allá por fines de la década de 1990, como una hibridación de *sativa* con *indica*, "lo mejor de ambos mundos". Pero luego la cosa se había ramificado, diversificado. Según la variedad puntual (todas eran identificables con un sistema de letras, un código autoevidente que jamás entendí), a veces el efecto tendía más hacia la despersonalización, a veces más a la deriva temporal. Tomé otro trago de Sprite.

Después de un rato reparé en que me había enganchado en un largo monólogo sobre taxonomía, cladística, árboles filogenéticos, las teorías sobre el asco de Vilém Flusser, las diferentes especies de calamares de las profundidades, incluyendo el calamar vampiro, los fósiles vivientes, la explosión del

Cámbrico, el evento de Hangenberg, la Gran Mortandad al final del Pérmico y los dibujos de radiolarios, foraminíferos y escleractinios publicados por Ernst Haeckel.

Mientras, el sapo movía las manos igual que el día anterior, aunque parecía ahora que se dedicaba a agitar el líquido lodoso del fondo de la pecera. Me callé y nos quedamos mirándolo un rato. El porro se consumió y seguimos; la oscuridad llenó la sala y no apartamos la mirada ni un milímetro. Sentí que nuestros ojos irradiaban su propia luz y la piel blanquecina del sapo la reflejaba o transmutaba; en algún momento imaginé esa conexión como un camino entre las montañas, por el que pasaban hombres a caballo y carretas que llevaban cadáveres de animales deformes hacia un castillo.

Rex fue el primero en hablar.

—Boludo... ¿hace cuánto que estamos mirando el sapo? Ya es de noche...

Me saqué el celular del bolsillo.

—Son las nueve.

—No puede ser... más de tres horas... Prendé la luz.

La habitación se convirtió en algo más tibio y familiar; podía ser la sala de estar en una foto de la infancia o el espacio bajo la cama donde se ha dormido por más de una década. O un diorama de la vida en una década no tan remota.

—Definitivamente hay algún tipo de emisión psíquica... ¿esto se lo tengo que contar a mi *designer*!

Me pidió el celular y lo llamó.

—Después te voy a borrar el número —dijo mientras esperaba—; no es nada personal, pero hay que mantenerlo se... ¡hola! ¡Aquí Rex!

Me acerqué una vez más al sapo mientras Rex recorría la sala hablando con su *designer*. La luz artificial lo molestaba, supuse. El movimiento de las manos se había acelerado y, creo, le había cambiado la expresión. Me fijé una vez más en los ojos, inescrutables,

y pensé en buscar una lupa.

—Listo —dijo Rex. Me tendió el celular—; voy ya mismo a verlo. Le conté más o menos por arriba, vos habrás oído, y le interesó. ¿Vos también tuviste una imagen fija? Yo siento que las horas se convirtieron en espacio, que dejaron de ser tiempo, y lo único que veía era un lago con una especie de masa formada por amebas fosforescentes, que se movía en la orilla. Ahora me acuerdo y me da asco, pero... es raro; siento que en vez de tiempo tengo esa imagen, pero, a la vez, esa imagen tiene movimiento. ¿Vos viste algo así?

—Sí, puede ser... una imagen que parece fija pero que se mueve un poco, a lo largo de todas estas horas, sí. Algo así.

Bajamos hasta la puerta de calle del edificio.

—Pará, una cosa... no me acuerdo si me la contaste hoy en el bar... ¿de dónde salió el sapo? ¿Lo compró tu editor?

—No, parece que venía con el apartamento...

—Está clarísimo. El apartamento es de él... del sapo. Vas a ver por qué... pasó unos días más acá y vas a ver.

Después de despedirnos pensé que ese último comentario era una manera de reprocharme que no me hubiera quedado en su casa. Una vez en el apartamento evité acercarme al sapo y me encerré en la cocina. Me obligué a pensar en cosas concretas, como la comida. Seguía sin terminar los cálculos que necesitaba para establecer con claridad mi situación financiera, por lo que decidí que era mejor no arriesgarme al gasto desmesurado que pudiese resultar de encargarse a algún delivery. En la heladera no había nada que valiera la pena, pero cerca de la oficina había un supermercado. Bajé —una vez más sin mirar la pecera— y compré dos costillas, un par de tomates y una baguette. Me preparé una ensalada junto a unos dientes de ajo que encontré en un cajón, picados bien finito, y cocí las

costillas en una plancha un poco sucia. Preparé todo para comer en la cocina, pero tuve que ir a buscar la botella de Sprite a la sala. Fue imposible no mirar al sapo. Había movido uno de los brazos, ahora hacia adelante, como si me señalara. Pensé que si no hacía un esfuerzo de voluntad iba a terminar clavado a la pecera durante cuatro horas más, así que volví a la cocina lo más rápido que pude.

Después de cenar me refugié en mi habitación. Puse un disco de Jethro Tull en el equipo y me puse a leer. Me dio sueño rápidamente. Apagué la música y la luz y me dormí.

Esa noche el sueño fue más largo y complejo. Por momentos lo sentí como una continuación del anterior, como si todo sucediese horas después de mi paseo por aquella 18 de Julio desierta. Supongo que las palabras de Rex lograron influirme; en el sueño estaba en el apartamento y miraba por un gran ventanal los edificios, altísimos ahora, de aquella Montevideo transfigurada. El sol se ponía en el estuario, pero la luz no era dorada o anaranjada sino una especie de resplandor nacarado que se amontonaba como si fuese niebla a pocas decenas de metros del suelo y dejaba en la oscuridad los techos de los edificios, que yo escrutaba como si buscara algo de suma importancia. En todo momento había una presencia en el apartamento, que yo me negaba a mirar. Pero hacia las últimas fases del sueño, a medida que la ciudad se oscurecía, en los reflejos que aparecían en la ventana podía adivinarse una forma gigantesca llenando el lado de la habitación opuesto al ventanal. Entonces me daba vuelta y lo enfrentaba. Era una gran criatura vegetal de forma vagamente esférica y compuesta por infinidad de tallos entrelazados, que se sentía como toda la explosión del cámbrico que yo había querido explicarle a Rex,

pero resumida en una sola criatura. En el centro había una depresión, desde la que latía algo parecido a un corazón. Yo me acercaba a tocar aquel núcleo pulsante, desde el cual surgían todos los tallos. Y entonces sucedió algo extraño, ya que de mis sueños sólo suelo recordar sensaciones visuales o auditivas: un aroma áspero y espeso se abrió camino hacia mi consciencia, un olor a musgo creciendo sobre agua estancada, a pantano, a césped, hierbas y arbustos.

Pasé la mañana del domingo en la feria, buscando vinilos con mi amiga Analía. No le conté del sapo, pero sí que me había mudado al apartamento/oficina de mi editor. Después de buscar mucho y no encontrar nada más interesante que una bastante deteriorada edición argentina de *David live*, que Analía compró a un precio que me pareció exagerado, fuimos a comer a una parrilla de la zona. La acompañé a su casa en el Prado y, después de la despedida, tuve la extraña idea de volver al centro caminando. Era una tarde bastante agradable, un poco fresca pero soleada, y pensé que recorrer las callecitas de aquel barrio tan cercano a la casa donde pasé gran parte de mi infancia y adolescencia podía ser una buena idea. En *Ficción para un imperio*, que en ese momento no tenía más de un par de semanas de terminada, hay un pasaje en el que el narrador, que había viajado a una suerte de universo paralelo a través de su muerte, le contaba a una chica que en la ciudad de la que venía (Montevideo, por supuesto), había hacia el oeste un barrio muy antiguo, lleno de estatuas derruidas, puentes densamente ornamentados que atravesaban arroyuelos, eucaliptos gigantes y grandes mansiones que habían visto mejores épocas; y también callecitas que radiaban de las plazas o de las manzanas ocupadas por las grandes mansiones y

los parques que las rodeaban, callecitas empedradas flanqueadas por casas bajas con pequeños jardines y porches desde los que ancianos y ancianas miraban a los transeúntes. En algunas de esas casas, decía mi personaje, había alienígenas caídos a la Tierra siglos o milenios atrás, y las ancianas y los ancianos se encargaban de cuidarlos y mantenerlos alejados de las miradas de los visitantes, que llegaban desde otras partes de la ciudad sin saber bien para qué y guiados por líneas de fuerza invisibles. Se paraban ante las casas y miraban las puertas entreabiertas y luego los ojos paranoicos de los ancianos; quizá los alienígenas los llamaban telepáticamente, quizá esos alienígenas eran en realidad prisioneros de los ancianos: mi personaje no lo sabía y yo tampoco. Aquel paisaje surgió en una de tantas sesiones de escritura improvisada: me fijaba un punto de partida y un acontecimiento al que llegar y me sentaba a aporrear las teclas tratando de alcanzar un ritmo físico; los contenidos eran impredecibles y totalmente arbitrarios, aunque a veces, cuando sonaban mal, podía reemplazarlos como si un ingeniero de sonido recorriera una larga sesión de una banda y escogiera el track de la guitarra para cortarlo entre el minuto A y el minuto B y entonces pedirle al músico correspondiente que improvisara un nuevo solo. Así me sentía al escribir, más allá de las estructuras relativamente planeadas que disponía a modo de decisiones tonales o de extensión, como si trabajara en relación a un riff que debía repetirse o un tema arrojado a variaciones, una más tecnológica, una más fantástica, otra más biológica, y pronto entendiera que aquel cuento o novela era en realidad dos o que podía ser dos. Acto seguido los separaba como si fueran siameses o como si extirpara de un cuerpo sano una excrecencia o tumor que, una vez libre, podía desarrollarse como un organismo aparte, pero que si era dejado

allí no pasaría de un estado parasitario y en el mejor de los casos terminaría como ese horrible e irresistible gemelo enquistado que aparece en la película *Total recall*, capaz de predecir el futuro y de irradiar ondas psíquicas, como creía Rex que hacía el sapo.

Caminando por el Prado, entonces, recordé aquel capítulo de la novela. Creo que me acercaba a la Iglesia de las Carmelitas cuando sentí una conexión entre el tipo de imaginación implícada en la novela y los sueños de las últimas noches y las visiones inducidas por la contemplación del sapo. Los alienígenas, los eucaliptos, las casonas erosionadas entre árboles salvajes separados de la calle por muros grises cubiertos de musgo, los atardeceres resonando en el empedrado de la calle, los depósitos de chatarra en las casas abandonadas, esqueletos de tranvías, automóviles arcaicos, equipo eléctrico de los trolleys, semáforos averiados y maquinaria de fábricas cerradas hacía por lo menos cincuenta años... todo me pareció muy compatible con la textura ósea de los edificios que había visto en mi sueño, como si el recuerdo de mi novela, el entorno del Prado y las recientes imágenes vinculadas o vinculables al sapo pudiesen fusionarse para dar origen a un nuevo universo en el que las paredes de hueso en realidad alojaban grandes fósiles de amonites, por ejemplo, y todas las casas del Prado estaban construidas sobre caparzones de seres desconocidos que habían poblado la región cuando esta se encontraba bañada por un mar primordial.

Seguí persiguiendo esa especie de universo coalescente hasta acercarme al centro. De Montevideo, no del universo: no necesariamente. Y eran casi las ocho de la noche cuando llegué al apartamento. Mi editor estaba sentado ante la pecera fumándose un porro enorme.

—A vos. A vos mismo —me dijo—; sentate y hablemos.

Pasó a contarme que había estado

conversando con uno de sus amigos escritores veteranos, de hecho uno de los dos o tres en que confiaba casi ciegamente, y entre los temas cubiertos había aparecido mi retorno reciente a la escritura y la novela que habíamos publicado. Pero poco a poco este tema comenzó a fusionarse con algunas actividades de la editorial, como el stand en una de las periódicas ferias del libro del interior del país. Creí entender de qué se trataba toda la charla.

—O sea que vos querés que yo vaya a presentar mi novela otra vez, en una de estas ferias, y de paso hablamos de los planes de publicación a futuro.

—Esa es una opción, pero sí... ojo... a mí me gustaría.

A partir de ese momento mis recuerdos se atenúan. Sé que pronto quedó claro que la presentación sería el día siguiente; también que antes de medianoche encargamos unas pizzas, que comimos ante la pecera. Y hablamos del sapo; le conté las teorías de Rex y añadí algunas de mi cosecha. Me escuchó con atención, pero no arriesgó ninguna hipótesis personal. También recuerdo haber ido al baño, haberme mirado en el espejo y refrescado con un poco de agua, y también que a eso de la una me acosté. No tengo un recuerdo concreto de haber soñado; de hecho tampoco de haberme quedado dormido o de estar a punto de dormirme, pero a la imagen de mi editor hablando ante la pecera, sin más iluminación que la de la ciudad desde la ventana con las persianas descorridas al máximo, a la vez que exhala grandes bocanadas de humo y me pasa el porro interminable, esa imagen se reitera entre momentos en que estoy solo, por ejemplo en el baño pero también cuando me fui a dormir o al servirme un vaso de agua en la cocina, como si se tratara de un estribillo que estalla entre pasajes musicales muy diferentes entre sí y que terminan con él y yo en el ascensor, ya por la mañana, preparados para salir hacia la ciudad

del interior donde se celebra la feria. Nos subimos entonces al auto y recorreremos las calles, todavía vacías, bajo una luz clara y apenas verde, como si hubiésemos tenido acceso a un plano de vibración de la luz que normalmente no percibimos para descubrir combinaciones de colores sorprendentes. Estamos en los accesos a la ciudad y luego en la carretera. Está nublado, así que no veo el sol. Paramos en una estación de servicio para comprar bebidas; los empleados no nos hablan, pero a partir de allí la realidad parece volverse más densa o tangible, y ahora recuerdo que salí con una botella de agua mineral con gas y otra de Coca Cola, además de un paquete de galletas dulces rellenas, y que una vez en el auto consultamos un mapa de carreteras, lo cual me puso un poco nervioso, y volvimos a hablar de mi próxima publicación con la editorial. Le recordé el manuscrito que permanecía en la estantería vecina a la pecera; él asintió con la cabeza y confesó no haberlo leído. Traté de resumirle la trama, pero solo atiné a contar el capítulo en el que el narrador habla de sus recuerdos del Prado. Pasamos así un buen rato; él asentía con la cabeza mientras yo contaba (inventaba, de hecho, porque hacía rato que aquella novela se había convertido en un pretexto para una ficción desatada y delirante que iba improvisando a medida que recorríamos aquella carretera perfectamente recta que atravesaba el campo) y cada tanto sonreía y preguntaba sin mirarme ¿y eso cómo lo vendo, cómo hago?, a lo que yo respondía con una risita fingida y volviendo al relato.

Pronto entendimos que nos habíamos perdido. Serían las once de la mañana, más o menos, y de acuerdo a todos los cálculos ya debíamos haber llegado a la ciudad de la feria. Tomamos una carretera de tierra en una bifurcación y nos internamos en un bosque bastante espeso, en el que los únicos árboles que me parecieron conocidos

eran unos ombúes que sin duda llevaban allí por lo menos un siglo. Los otros eran altos y oscuros, cubiertos de una corteza que me hizo pensar en huellas digitales o las rodillas de los elefantes. Pensé en pedirle a mi editor que detuviera el auto, para bajarme y tocar aquellos árboles, pero no me atreví. Me pareció que manejaba con miedo y ansioso; esto no puede ser, decía, acá no debería haber nada de esto, lo que yo no pude evitar entender como una observación sobre la naturaleza de aquellos árboles.

—Sí —le dije—, son raros, todo el terreno es raro...

Entonces reparé que mirando hacia lo profundo del bosque, del lado derecho del auto, aparecía la superficie verde de una laguna.

—¿Vos no recordás un lago o un embalse que pueda haber en el camino? —le pregunté. Negó con la cabeza.

—Mejor paro el auto y miramos bien en el mapa.

Fui el primero en salir. El aire olía a hojas quebradizas, a hojas de otoño, pero con tonos metálicos y quizá un toque de laurel.

—Qué raro que haga este calor —dije.

—Es la humedad.

Apoyó el mapa sobre la capota del auto y entrecerró los ojos para escrutarlo. Preferí no entrometerme y caminé hacia la laguna. En ese punto del bosque los arbustos, que me llegaban hasta la cintura, cubrían el espacio entre los grandes árboles. Sentí cosas moviéndose entre mis piernas, pero no me asusté: a medida que me adentraba en dirección a aquellas aguas ganaba terreno en mí la curiosidad por el paisaje inesperado, con una certeza creciente de que encontraría algo extraño y maravilloso si avanzaba lo suficiente. Y lo encontré: en la orilla opuesta de la laguna —que ahora se me aparecía como un verdadero lago, de por lo menos medio kilómetro de extensión— había

un pueblo, construido sobre palafitos. Permanecí un largo rato mirando los perfiles de aquellas casitas, cuyos pilares se hundían en el agua como las extremidades de las bestias prehistóricas que habitaban un pantano que cubría el mundo. Pero aquellas construcciones de madera en realidad servían de pedestal a otra cosa: por encima de todo, al nivel de las copas de aquellos árboles, asomaban bóvedas y torres de piedra blanca, igual que la de la ciudad de mi sueño.

Me acerqué a la orilla. A pocos metros había una especie de muelle y sobre él un hombre de baja estatura, encorvado y cubierto por un manto. Reparé en que el hombre cuidaba tres balsas, que se movían lentamente en el agua. Al ver que me acercaba preparó una de ellas; me subí. No tardamos más de quince minutos en llegar al otro lado, y bajé en un muelle más amplio, construido en lo que parecía un avance del lago hacia la tierra, como una suerte de brazo de agua. Al nivel de la superficie había casas pequeñas que me parecieron locales comerciales. Entré a uno de ellos; lo atendía una mujer de edad avanzada. Le pregunté si tenía un baño que yo pudiera usar y me señaló una cortina de esas comunes en los clichés de mercados del mundo árabe. Me detuve antes de atravesarla y la examiné de cerca. Parecía hecha de huesos o caparazones hilvanados, algunos del tamaño de caracoles de jardín, otros más pequeños y otros, incluso, aglomerados de unidades del tamaño de granos de sal gruesa, radiolarios y foraminíferos, supuse. Recordé que el día anterior (o había sido pocas horas atrás), en mi camino desde el Prado hasta el centro, había imaginado que en las paredes de las casas de ese barrio había gigantescos caparazones incrustados, fósiles de alguna época desconocida. Entonces reparé en que del otro lado de la cortina, además de la puerta cerrada de lo que supuse sería el baño, había

un par de estanterías que funcionaban a modo de depósito. Sobre uno de los estantes descubrí un esqueleto, que se me ocurrió podía ser el de una criatura como el sapo de la pecera, y me resultó fascinante que las extremidades traseras tuvieran a su sistema de aletas también conformado a partir de huesos, y no de cartílagos, como cabría pensar. Un vago recuerdo de lecturas de zoología me hizo dudar de aquello: los sapos tenían un esqueleto no tan diferente al de otros vertebrados, después de todo, por lo que aquel sistema de huesos que parecían el aparejo de un velero no debía ser posible. Pero había más: en el estante inmediatamente inferior al del esqueleto asomaban tres frascos de vidrio llenos de un líquido ambarino en el que se adivinaba la forma de un animal, como si fuera un espécimen conservado en formol. Eran otras variantes del sapo, y empecé a sentir el comienzo del terror. Aquella estantería contenía también cráneos, aletas cercenadas y, en un frasco abierto y bajo, lo que parecían láminas obtenidas de la membrana que unía las aletas de aquellas criaturas. Retrocedí y me aferré al pestillo de la puerta del baño, que abrí con gran torpeza. Sobre la pileta había un espejo un poco sucio. Miré mi imagen, cerré los ojos, abrí la canilla y dejé correr un poco de agua. Los abrí, respiré profundamente y me salpiqué agua en la cara y la nuca.

Cuando salí me sobresaltó una figura que se movía en la oscuridad. Alargué una mano hacia la pared y accioné un interruptor. Era mi editor, que fumaba con pinzas lo que quedaba del porro. Me serví un vaso de agua y me senté de nuevo en el piso; tardé más o menos media hora en entender que estaba en el apartamento.

Sin pensarlo dos veces llamé a Rex. Porque nunca duerme, Rex, o eso nos ha hecho creer todo el tiempo.

Me convenció de no pasar la noche allí. Estaba con Lorena, dijo, por lo que podían pasar a buscarme en la combi de la *guitar heroine*. Bajé a la planta baja y me recosté contra la puerta a esperarlos. Al rato llegó una pareja; me aparté para dejarlos pasar y les pregunté la hora: las tres y media de la mañana. Casi les pregunté de qué día, pero preferí no paranoiquearlos. Entonces llegó Rex. Lorena había estacionado la combi a dos cuadras en dirección a la rambla.

—¿Le contaste algo del sapo? —le pregunté.

—A Guitar Lore no se le oculta nada; habla con confianza. Sabe también que mi *designer* está interesado.

En el camino a lo de Rex desarrollamos una serie de hipótesis. Como punto de partida establecimos que era indudable la capacidad del sapo de influir en la percepción; una versión un poco más fuerte de ese postulado era que la criatura tenía poder *sobre la realidad*, aunque, por supuesto, aquello habilitaba la vieja discusión del idealismo o la más reciente (que en el fondo era la misma) sobre la imposibilidad de distinguir entre realidad y simulación. Rex había dicho que el sapo era un mutante con poderes psíquicos; podía ser una criatura sin género, un individuo sin especie, una anomalía en el sistema taxonómico, una singularidad zoológica. Manejamos también aquella posibilidad de que se tratara de una deidad a pequeña escala que reinaba sobre el área del apartamento. En un modelo narrativo de la situación era fácil pensar que el sapo llevaba allí siglos o milenios, que se había adaptado siempre al entorno sin dejar jamás de ser el centro o sostén de esa realidad o de ese pliegue de la realidad. La puerta del apartamento era quizá un pasaje a la mente del sapo, y esto también podía pensarse como compatible con la idea de que la criatura poseía poderes de naturaleza psíquica, una fuerte capaci-

dad telepática.

Pero era necesario además dar cuenta de la conexión entre mi obra narrativa y las imágenes que producía de la criatura. Era posible que cada persona recibiera percepciones diferentes, claro, y en esa línea se podía concluir que yo había experimentado la laguna, los animales en formol, la ciudad vacía, los edificios de piedra ósea y la conexión con el Prado porque todo aquello estaba en mi imaginación, porque, de hecho, lo había escrito hacía pocos meses. En cualquier caso, no era muy diferente a proponer que la criatura extraía de las mentes de los habitantes del apartamento elementos a los que luego daría vida en las visiones inducidas. Y había también una pauta evolutiva: primero la sensación de trance al contemplarlo, luego un comienzo en los sueños, después imágenes más densas y una mayor abolición del tiempo durante los trances contemplativos, profundización de un mundo en los sueños y, eventualmente, la irrupción de esas imágenes en la vigilia. ¿Qué podía seguir? Quizá la instalación plena en la realidad proyectada por el sapo; quizá, de hecho, se trataba de darle a cada habitante del apartamento su propio mundo.

—No creo —dijo Lorena—; lo más probable es que todos los mundos tengan algún tipo de conexión; todo debe remitir al sapo, al mundo original del sapo.

Rex asintió.

—Está claro que lo que está haciendo es tratar de comunicarse. Saca cosas de tu cabeza y te las devuelve; con eso arma una manera de llevarte a su mundo, ¿entendés? Todo tiende al mundo del sapo; vos te aproximaste a través de cosas de tus libros o de tu cabeza, pero al final, si probaras mañana, por ejemplo...

—Eso no va a pasar —sentenció.

Habíamos llegado. Subimos la escalera para encontrar a Jon dormido en

el sillón del living con la guitarra a un lado y la baterista de la banda de Lorena babeándole el pecho. Rex los despertó; entre todos acomodamos un colchón en uno de los cuartos vacíos (no el de las cucarachas merqueras) y me acosté. Pasé un rato mirando el techo altísimo constelado de manchas de humedad; después me acurruqué y cerré los ojos. Todo parecía más fresco y más tenue, como en un refugio de montaña, uno de esos hospitales para tuberculosos. Cuando desperté, al mediodía, sentí que por primera vez en semanas había dormido de verdad.

Esa tarde nos aparecimos Rex, el *designer* y yo en el apartamento de mi editor. El chico que lo ayudaba todavía no se había ido; estaban los dos sentados en el piso y miraban la pecera con la misma expresión absorta de siempre.

—Hermoso —dijo el *designer*.

Mi editor y su empleado se levantaron como niños obedientes. Rex los llevó a la cocina.

Yo no quise saber de ninguna operación de traslado o de nada que implicara sacar a la criatura del agua, así que me puse a jugar con uno de los adornos hipillos de la estantería. Me pareció que uno de ellos —lo recordaba como un caparazón de esos que se encuentran en Valizas— empezaba a parecerse a una versión enteramente ósea, aunque todavía nacarada, del cuerpo del sapo.

—Ya está.

Miré la pecera. Los peces elegantes, me pareció, examinaban el espacio en el que antes había estado la criatura.

El *designer* guardaba una bolsa de plástico en su maletín. No quise preguntar.

Mi editor recordaba muy poco del fin de la noche anterior; de hecho, al referirse a su estadía en Atlántida, usaba el tipo de inflexiones verbales que uno espera

encontrar en el relato de un sueño. No me sorprendió, entonces, que hablara de formas intermedias entre lo vegetal y lo animal, de antiguas civilizaciones y de edificios de piedra ósea y blanqueada. Creo que contó algo parecido a la historia del Emperador y la Flor, que aparecía en *Ficción para un imperio*.

—Sin embargo no creo que haya sido un sueño, en el sentido de que lo de anoche fue un sueño; vos no estuviste acá en todo el sábado, la noche del viernes y parte del domingo.

Se encogió de hombros.

—Tuvo que ser un sueño; ¡a lo mejor vos soñaste que yo no estaba acá, guachín!

Unos días después un amigo de mi padre me consiguió un apartamento en Parque Batlle, recién pintado y con una habitación y una sala de estar que parecía cómoda. Guitar Lore y Adrián ayudaron en la mudanza con sus vehículos y Rex, Jon e incluso mi editor también colaboraron; nos pasamos un sábado entero recolectando cajas de todos los lugares por los que había desperdigado mis cosas; tenía que comprar una heladera y una cama, pero lo demás estaba cubierto. Dispuse el colchón como lo había hecho en el apartamento de mi editor y en lo de Jon y Rex, y, ya rodeado de mis libros y mis discos, me sentí feliz.

La última noche en el apartamento de mi editor lo convencí de que tenía que ser *Ficción para un imperio* mi siguiente novela publicada. Le comenté otra vez (los había olvidado, por supuesto) algunos pasajes y le leí los párrafos más densos en imágenes. Me sorprendió encontrar una extensa sección sobre una criatura antiquísima que domina un camping, como una suerte de deidad local. El pasaje, además, incluía descripciones de los edificios que había visto en mis visiones motivadas por el sapo, blancos, óseos, derruidos,

y allí estaban la laguna, las tiendas que vendían fetos embalsamados y la anciana que recordaba los diversos mundos paralelos. Pero todo eso, sentí, no lo había escrito yo. Es decir, no tenía recuerdos de haberlo escrito o corregido: por el contrario, sentía *claramente* que todo aquello no podía ser parte del manuscrito que yo había sacado de mi computadora una semana y pico atrás. Debió ser agregado después.

Una explicación posible era que, ya que el manuscrito nunca había sido movido de la cercanía más inmediata del sapo, el misterioso poder sobre la realidad de la criatura había terminado por alterarlo. Pasado el ajetreo de la mudanza examiné el archivo de Word en mi computadora: esas secciones no estaban. Ni la laguna, ni la ciudad ósea, ni los fetos de especies desconocidas.

Entonces recordé una de las teorías de Rex: aquella criaturita repugnante era un alienígena y había caído a la Tierra mucho antes de la llegada del *Homo sapiens* al territorio que luego ocuparía la ciudad de Montevideo. La idea de haber escrito una novela en colaboración con una entidad de esas características irrumpió enseguida en mi mente, y llamé a Rex para contárselo. Me contó que su *designer* estaba usando al sapo como fuente de sustancias químicas, por lo que una buena cantidad de las drogas que sintetizara en el futuro podrían resultar en una extensión del dominio de la criatura, por llamarlo de alguna manera.

No pude evitar ver, en mi mente, al sapo conectado a una serie de máquinas que le drenaban lentamente la sangre, la médula (o lo que tuviese por médula) y el contenido de quién sabe qué glándulas, a la vez que otros tubos lo alimentaban y, por qué no, le llevaban a los nervios otras sustancias, diseñadas a propósito para hacerlo soñar, también a él (o ella). El *designer* se me apareció vestido con un traje antirradiación o en el momento de inyectarse algún

tipo de antídoto; tocaba aquí y allá los tubitos y frasquitos de su maquinaria, con el sapo en el centro, crucificado en aquella red experimental. Y los entendí felices, los imaginé perfectamente responsables de todo aquello. Él y el *designer*, asociados, simbioses. Uno para el otro.

De allí, después de todo, saldría una nueva droga, una sustancia que después todos los *dealers* como Rex repartirían por la ciudad. Y así cientos de usuarios llevarían a sus venas parte del cuerpo del sapo, viviendo su fusión química –y por tanto, cabe pensar, mucho más efectiva que la que había experimentado yo– con el sapo.

Tarde o temprano, además, se me ofrecería una nueva probada. Y si la primera experiencia había alterado tanto esa novela que pronto sería publicada, quizá en tantas futuras pastillitas alucinógenas podía encontrar el camino a una nueva colaboración con el sapo, esta vez más completa, de principio a fin. Y esa idea me encantó.



# ORILÁN

Texto: Carlos Pérez Jara

Ilustración: Vicente Balbastre

**S**iempre queda algo triste en una estación espacial de viajes. Como una huella de pasos de viajeros que no volverán nunca a casa, o de sombras fugaces parecidas a fantasmas que deambularon por sus instalaciones antes de desaparecer al fin por el espacio. Tarde o temprano, llega el momento en que un observador casual descubre una cierta pesadumbre en esas filas de maletas anónimas que viajan solas por las cintas mecánicas, o en el murmullo monótono de los altavoces que dispersan anuncios sobre colonias solitarias o niños perdidos. En realidad, nadie puede huir de esa sensación abrumadora de despedida continua que proviene de las salas desde las que pueden verse las naves alejándose hacia otros mundos. En los numerosos tableros electrónicos aparecen y desaparecen los horarios de salidas y llegadas desde diversos puntos de la galaxia, en un proceso inagotable:

Cráthes (Península Sur de Luna de Europa): 3 días: 8 horas: 34 minutos.

Augusta Flavia (Marte): 45 días: 23 horas: 08 minutos.

Singapur-Oeste (Tierra): 21 días: 12 horas: 06 minutos.

Todo se encuentra siempre bajo un perpetuo estado de mudanza, de cambio, de prisa por salir o por llegar. Junto a las cabinas de reposo, en las que descansan centenares de viajeros en estado de trance, se extienden muchos pequeños edificios de poca altura con funciones muy diversas: tiendas de empeño, consultorios y oficinas burocráticas para problemas con los pasaportes o las aduanas en los centros de destino. Por este paseo sintético, bordeado de flores artificiales, camina ahora una joven embarazada con una maleta en la mano. A veces se detiene en los escaparates, y con la mirada perdida se fija en algo que la distrae de

sus meditaciones. De estatura media, con el pelo castaño corto a la moda del sur de Luna, se acaricia la barriga de ocho meses como si fuera su fetiche secreto. Lleva unos pantalones negros y una camisa marciana de color naranja ensanchada por la prominencia de su embarazo.

Una fachada roja absorbe hoy toda su atención. Parece una oficina como las de subastas, pero sin ningún cartel que indique su actividad comercial ni el sentido mismo de su existencia en esa avenida populosa. Detrás de una cristalera sucia se vislumbran los reflejos pálidos de varias luces artificiales de color amarillento, así como un pedrusco rojo que resplandece desde una pared, incrustado en un escudo. La joven descubre una máscara tribal encima de una repisa, una réplica de un milenarior reloj de cuco y un anacrónico escritorio vacío.

—Vaya —murmura, y se toca el anillo de su mano izquierda de forma inconsciente.

Aquí, en la estación, todo se anuncia o se describe, ya sean los viajes, las llegadas y sus horarios, los precios de la comida, o las fechas de las subastas para poder lograr algo de crédito en caso de apuros. Por eso la atrae ese curioso anonimato de la tienda, con su campanilla sobre el marco de la puerta verde, y esa vaga percepción de soledad que embarga su interior entre las sombras. Casi acostumbrada al infierno burocrático de los mostradores, de las oficinas de registro pobladas por funcionarios rapaces y sin escrúpulo, y en medio de una turba de comerciantes y turistas, el local parece invitarla con el encanto de su propio silencio.

Cuando la campana suena, un aire polvoriento se sacude de varios anaqueles antiguos, desplazando una fina nube de partículas por el entorno. Una vez cerrada la puerta, parece como si el ruido constante de personas y máquinas se hubiese amortiguado de golpe,

encerrando al local en una dimensión desconocida. La joven da dos pasos, indecisa, con la intención de volverse de nuevo a la calle y seguir su periplo, pero una voz ronca la detiene en el vestíbulo.

—Pase, pase —y enseguida escucha una tos al fondo.

—Disculpe —dice la muchacha, alargando el cuello hacia el interior, donde por fin ve a un hombre de edad madura y medio calvo; se encuentra detrás de un mostrador de madera con una máquina registradora y varios dispositivos electrónicos bastante más modernos.

—¿Sí? —insiste el hombre, curioso.

—Yo... —balbucea la joven—. Creo que me he equivocado.

El comerciante le hace un gesto rápido con la mano para que se acerque. La joven mira a su alrededor, a los jarrones de falsa porcelana, a los huecos en los que se acumulan libros de papel y estatuas, a una puerta estrecha en un rincón, y a un hombrecillo rubio sentado en un sofá leyendo como si fuera parte del catálogo de objetos en venta. Por un segundo tiene la impresión de encontrarse de nuevo en casa, o al menos en una tienda de su pequeña ciudad nativa, pero esa engañosa certidumbre la inquieta en lugar de calmarla, como si estuviese segura de que un espacio así no debiera estar nunca colocado en una estación tan aséptica, tan fría.

—¿En qué puedo ayudarla? —dice al fin el hombre, entrelazando los dedos de sus manos sobre el mostrador. Al fijarse mejor en su estado, el anfitrión dibuja una mueca amable:

—¿Desea algo de recuerdo? Mire, tenemos todo tipo de cosas, venidas de todos los rincones de la galaxia —y le señala a una urna redonda en la que flota una esquirra de cristales azules que resplandecen con un fulgor mágico.

—¿Esto... es una casa de empeños? —pregunta al fin, y deja la maleta a su lado. Por la cristalera se divisa gente que va de un lado para otro, atareada.

—Bueno —comenta el hombre, al que la luz diluida de una lámpara trasera destaca una calvicie mal disimulada por unos pocos mechones de pelo suelto—, la verdad es que no, esto solo es una tienda de antigüedades de varios mundos. Me llamo Gotem.

—Dira —dice la joven—. Encantada.

—Lo mismo digo, Dira. ¿Un viaje de placer?

Tras varios segundos confusa, la muchacha responde al fin:

—No.

Gotem arruga un poco su nariz carnosa.

—Disculpe la pregunta. A veces hablo demasiado, y no me doy ni cuenta. Llevo aquí tanto tiempo que olvido las buenas maneras... en fin, soy un desastre.

—No se preocupe —le disculpa Dira, algo nerviosa—. No tiene... importancia.

Los ojos azules de Dira se humedecen mientras la boca se arquea hacia abajo en un rictus incómodo.

—Bueno —dice Gotem, rascándose la nuca—. ¿Y ve algo que le guste? Mire, tenemos vasijas de la colonia de Persac, lámparas estilo Titán, de todo. Hasta un casco labrado de la dinastía Otari. Por allí, ¿lo ve? Claro que entre usted y yo, no tengo la menor idea de qué dinastía es esa, pero a mi agente se lo vendieron así, y suena bien, ¿no le parece?

—No lo sé —responde Dira sin mirarle, y se seca un lagrimal húmedo con un nudillo—. Tengo... que irme, lo siento.

—¿Se encuentra bien?

La joven agacha la cabeza, tambaleándose un poco.

—Ay, ay —dice Gotem, y sale del mostrador rápidamente—. Siéntese aquí, por favor.

El comerciante coge una silla plasteada de patas bajas y la coloca sobre una alfombra de colores chillones. Dira se sienta mansamente, colocando sus dos manos sobre la barriga.

—¿Está mareada? Un momento,

solo un momento.

A continuación, Gotem se acerca a una vitrina en la pared en la que reposan numerosas botellas de diversas formas y tamaños; mientras busca el objeto oportuno, habla en voz alta, de espaldas a ella:

—Tengo agua de los manantiales de Sogu, ¿sabe? Recién extraída de las cuevas que hay debajo de este casajo flotante, dentro del asteroide. Es lo mejor para los mareos, sin duda. Verá, espero que no se sorprenda, pero yo hace tiempo vine aquí porque había oído hablar de los cruceros de larga distancia. Como lo oye. Quería hacer un estudio sobre...

Justo en ese instante se escucha una campana en la puerta.

—¡Vaya, hoy estamos de suerte! —dice con la botella y un vaso azul en la mano, pero en la silla ya no hay nadie.

—Se ha ido —le notifica el hombre-cillo del sofá.

A Dira la maleta le pesa ahora una tonelada, y ni siquiera sabe adónde encaminarse. Todo le da vueltas, y un torrente amargo de emociones trepa por su garganta hasta aturdirlo, ralentizando sus pasos. La avenida se alarga y se ensancha cada pocos segundos, y los rostros de los turistas y los funcionarios se transforman en semblantes grotescos, casi animales, figuras que le sonrían o la señalan. Nunca podrá salir, se dice sudorosa. Apenas un momento más tarde, ve a su alrededor a un coro de seres indiferentes que la observan desde arriba mientras un hombre le habla sin pronunciar sonido alguno.

Al fin, tras un largo rato inmóvil, despierta sobre una especie de cama blanda, en una habitación espaciosa con vistas a las estrellas. Se endereza como puede, llevándose una mano a la frente.

—¿Qué... qué ha pasado? —susurra.

—¿Está usted bien? —le pregunta un hombre maduro sentado en una silla. Pronto reconoce al individuo de la tienda.

—Uff —resopla Dira, y se agarra la tripa para comprobar que aún sigue con ella—. ¿Dónde estoy?

—Se desmayó —explica Gotem con un trapo en una mano. Dira le mira de soslayo, avergonzada.

—Lo siento... de verdad. Tenía que irme.

—Lo gracioso es que ahora se creen que es usted mi mujer, ¿sabe? Los ganumas de las tiendas de al lado. Un médico local la asistió aquí, hace un rato, es un buen tipo... Espere, espere, descanse, por favor.

Dira vuelve a reclinar la cabeza sobre la almohada, sintiendo la humedad de su sudor en el cabello pegajoso.

—Yo...

—¿Necesita créditos para volver a su casa?

—N-no... —responde Dira y se fija en las facciones maduras de ese hombre de ojos negros y nariz gorda.

—Entonces —dice Gotem con cautela—. ¿Puedo preguntarle por qué no se marcha? ¿Ha visto algo que le gustara de este sitio?

—No lo sé —responde de nuevo con los ojos vidriosos y contiene una mueca de dolor. De pronto mira a su alrededor con expresión nerviosa:

—¿Y mi maleta? ¿Dónde...?

—Tranquila, está ahí, ¿la ve? —y Gotem le señala a un rincón del cuarto. Ya un poco más relajada, Dira contempla las estrellas.

—Son preciosas —comenta al fin, casi con un susurro.

—Bueno, no tanto, al menos en mi opinión. De cerca dan mucho calor, se lo aseguro.

Dira no puede evitar sonreír un poco mientras desvía sus ojos hacia Gotem.

—¿Vive aquí?

—¿Yo? —y Gotem se rasca la nuca en un gesto con el que parece buscar una expresión más adecuada a sus ideas—. Verá, le estaba comentando antes, cuando decidió irse sin decir adiós...

—Lo siento, de verdad —responde con voz plañidera.

Gotem sonríe alegre.

—Es broma, mujer, no se apure. En realidad, ahora mismo llevo este negocio. El edificio entero pertenece a un hombre que vive en Astromus, un planeta con una base científica muy lejos de aquí. Es mi socio, y a veces viene de visita, pero no mucho. ¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, muchas gracias —responde Dira, y resopla.

—Me alegro —dice con una ceja más levantada que la otra—. ¿Puede decirme dónde está su casa?

—Ya no lo sé —responde seria—. Antes creía saberlo... pero ya no.

—Venga, arriba ese ánimo. ¿Qué me diría si le dijese que llevo casi quince años sin salir de esta estación?

—¿Quince años? —pregunta Dira, incrédula.

—Ya sé lo que está pensando. Que estoy como una cabra, ¿a que sí? Y no se equivoca, esa es la verdad.

—Yo no he dicho eso —se defiende Dira con una breve risa juvenil.

Gotem hace una pausa mientras se reclina sobre su silla. Luego, mientras se rasca la nuca, comienza a hablar despacio:

—Quince años aquí es como treinta en cualquier mundo, se lo aseguro. Cuando la vi entrar con la maleta me recordó usted a mí, hace tiempo.

—¿De verdad? —masculla Dira y se endereza en la cama como puede mientras flexiona las piernas todo lo que le permite su barriga.

—Como se lo digo —asiente Gotem con una expresión amable—. ¿Sabe? Tengo que confesarle una cosa. Al principio pensé que era una de ellos.

—¿A qué se refiere?

—A la gente que viene por aquí —revela Gotem, y observa con aire nervioso a la joven—, y no hablo de la clientela, está claro. Esos no cuentan.

—¿Hay más mujeres embarazadas

que vengan a visitarle? —dice Dira dibujando una sonrisa triste.

—Pues de momento es usted la única. No, yo me refiero a los que vienen a vernos y no saben el motivo, ¿me sigue? Son como las polillas con la luz, si me permite la comparación. Un día se despiertan, abandonan sus casas, sus mundos y vienen a las estaciones en busca de noticias. Ninguno sabe cómo encontrarlo, pero pueden pasarse hasta meses buscando la forma de conseguirlo.

—¿Encontrar? ¿Encontrar el qué?

—A Orilán —dice Gotem y la sonrisa se esfuma de su boca, desviando la mirada hacia el espacio.

—¿Orilán? ¿Es un hombre?

—No, es un planeta —revela Gotem.

—Pero quieren ir a su mundo, ¿no? —deduce Dira.

—Es un poco más extraño que eso, Dira. Ni siquiera lo conocen.

—Usted... es de allí —concluye Dira en una afirmación que pretendía ser una pregunta.

—No, no. Yo soy de la vieja Tierra. Ni tampoco ellos son de allí todavía, pero quieren serlo, se lo aseguro. Sí, no me mire así. Parece una locura, lo sé, pero pasa desde hace siglos.

—No le entiendo.

—Ese es uno de los enigmas, Dira. ¿Puede levantarse?

—Creo que sí —y se levanta despacio ayudada del brazo por Gotem.

—Acompáñeme, por favor —le dice, y la conduce fuera del cuarto, hasta una sala grande con algunos muebles robustos en la que hay una mujer anciana sentada en una butaca, y un niño tirado en el suelo pintarrajeando un papel con lápices de colores.

—Merlilen, esta chica se llama Dira. Está aquí de paso.

—Hola, Dira —dice la anciana entornando los ojillos.

Gotem la mantiene por el brazo para que no se tropiece y, al pasar junto al niño, que no hace el menor gesto para

mirarles, añade:

—Este chico no sé cómo se llama, la verdad. Es el hijo de un matrimonio que espera en las salas de horarios, como los otros.

—¿Y qué hacen aquí? —pregunta Dira. Gotem se encoge un poco de hombros.

—Mercel, mi socio... bueno, digamos que yo les doy una dirección por si quieren reunirse con otros como ellos. En el puerto hay varias naves que los llevan a Astromus. Mi socio dice que han llegado ya bastantes, ¿sabe? Dice que gracias a su equipo estudian mejor lo que ha podido ocurrir con Orilán. Forman una sociedad pequeña pero útil, en una ciudad mediana, ahora mismo no me acuerdo del nombre. Eso es parte de nuestro pacto: yo llevo la tienda y a cambio le mando gente que quiera unirse a su grupo.

Dira queda absorta en varios cuadros en la pared que describen un mundo azul con una franja que divide un hemisferio oscuro. Todas las pinturas representan el mismo planeta.

—Los pintó la hija de mi socio — aclara Gotem—. Nada de hologramas y esas cosas, como se pintaba hace siglos. Dice que la visión le llegó en un sueño. No sabe ni cómo pasó, pero está segura de que esa es su forma, y el color de la atmósfera. Es una visionaria, ¿se da cuenta?

—Orilán —murmura Dira, y se para frente a un óleo grande en el que el mundo es dibujado con más detalles, una tierra alargada rodeada por mares desconocidos, siempre con la franja de oscuridad que separa una cara de la otra.

—Los que vienen por aquí miran estas pinturas, hasta que se convencen de que así lo sueñan ellos también. Yo no sé dibujar nada, ni un garabato. Ya le he dicho que soy un desastre.

Abandonan la sala por una puerta que pronto les lleva hasta el salón de la tienda, donde el hombrecillo de an-

tes limpia una máquina antigua con un trapo húmedo. Es un individuo de piel blanca y rasgos suaves con la frente algo abombada.

—Una parejita ha comprado el reloj de pared —anuncia con voz apática, levantando sus ojos saltones para volverlos a sumergir en la reliquia.

—Me alegro —responde Gotem—. Vamos a salir un momento, Bituf.

—Claro, no hay problema.

## 2

Salen a la avenida de tiendas y oficinas, y el marasmo cotidiano vuelve a aturdir a Dira como una oleada de formas y sonidos caóticos.

—Por favor, Dira, confíe en mí —dice Gotem, que la coge con suavidad del brazo.

—Mi maleta —masculla.

—No se preocupe por eso. Los huéspedes van y vienen, pero en esa habitación no entra nadie, eso seguro. Es mi cuarto y está sellado con un código. Además, nadie puede entrar sin que lo vea Bituf, mi ayudante.

—Usted les da cobijo. A esa gente.

—Bueno, no se crea, tampoco soy un samaritano, ¿sabe? Cobro seis créditos por habitación. Los que buscan a ciegas ese mundo no saben ni su nombre. Si se lo pronuncias te dicen enseguida que es ese, justo, el que buscaban. Lo peor es cuando se obsesionan, cuando se quedan por aquí, en la estación, o no se fían de mi socio en Astromus. Si le digo la verdad, tengo un buen olfato para reconocer *orilenses* reales: así llamo yo a los que sueñan con el planeta, pero el nombre es lo de menos, vaya. A los falsos o los curiosos, los echo sin contemplaciones. Muchos están seguros de que algún día llegará una nave que les lleve a Orilán... Lleva un anillo muy bonito.

Dira levanta melancólica su mano izquierda para mostrarle una alianza de plata terrestre con una piedra grisácea

y redonda engarzada. Gotem sostiene su mano un instante para luego mirarla.

—¿Sabe usted qué piedra es esta?

—N-no, no lo sé. No la compré yo... y no me lo dijo.

—Vaya, disculpe de nuevo, no pretendía... —se excusa, sin dejar de observar la gema, que ahora parece emitir un brillo licuado en medio de una enorme sala de venta de pasajes—. Soy coleccionista, y a veces me fijo un poco...

Al pasar junto a un café cubierto de neones fosforescentes, una joven pequeña y morena se les queda mirando con una sonrisa:

—¡Eh, Got! ¿Tu nueva novia?

—¿Pero qué le has hecho a esa chiquilla, bribón? —grita un hombre gordo con una roncha en el cuello—. ¡No se te puede dejar solo!

—¡Ya era hora, muchacho! —suena otra voz a lo lejos.

—Ni caso —le murmura Gotem a Dira sin mirarla a la cara.

Al poco rato recorren los hangares principales, donde las sinuosas colas de viajeros se agolpan tratando de concentrarse sobre los mostradores de azafatas y los kioscos de información. Atado por una cadena a un poste, un perro solitario otea los alrededores buscando a su dueño; dos jóvenes se abrazan desconsolados junto a una cabina de estampas sensoriales. Definitivamente hay algo triste en este sitio, se dice la joven, que de pronto se suelta de Gotem para observar a un muchacho delgado que les mira desde un puesto ambulante de comida sintética: en sus ojos se dibuja un brillo de hostilidad indefinible.

—Es uno de esos, sí. Un *orilense* —le explica Gotem—. Vino a mí hace unos días. Cuando le conté lo que sabemos se enfadó conmigo, todavía no sé por qué. Creo que quiere volver a su Marte natal. De todos modos, no le di la dirección de Astromus, donde está mi amigo. No me gustan los violentos.

—Gotem —dice Dira tras unos se-

gundos—. Ha dicho que esos... *orilenses* vienen aquí y no saben por qué.

—Bueno, el problema es otro, Dira. Son muy pocos los que vienen de vez en cuando, apenas cinco o seis cada mes estándar, ¿sabe? El problema está en Orilán, desde el principio.

—No le entiendo.

—Yo lo llamo planeta sombra —dice al fin Gotem y desvía sus ojos oscuros hacia el espacio que se vislumbra en las cristaleras gigantes del puerto mayor—. Mi socio lleva mucho buscando su posición exacta, casi media vida según dice. Si le digo lo que pienso, creo que quiere formar una sociedad que influya en Astromus, sobre todo para que se muevan fondos de créditos y se busque el mundo con más fuerza. Yo lo dudo, sinceramente. Quizá Orilán es como un espejismo, ¿por qué no? Por alguna razón que no conocemos, mantiene una influencia sobre algunos elegidos.

—Pero... —masculla Dira— Eso es imposible.

—Una estrella extinguida lleva su luz a nosotros aunque se haya apagado hace miles de años. Pues lo mismo puede pasarle a Orilán, ¿quién sabe?

Caminando, llegan hasta las cristaleras que dan a los hangares externos, donde flotan las naves de remolque. Una farola solitaria produce un monólogo de destellos ocasionales, destacando las sombras de una extraña flor mutante que crece en una esquina.

—Verá —prosigue Gotem—, en el fondo son una minoría. ¿Qué son unos cuantos centenares entre millones de pasajeros de cada año estándar, eh? Pues nada, como que no existen. En cada estación se repite esto, seguro. De golpe se despiertan, lo dejan todo, y se van a una estación a buscar el vuelo que les lleve a Orilán. No saben ni cómo se llama, pero lo hacen casi por instinto, como los sonámbulos. Luego vienen a la tienda, muchos, no todos, y allí conocen el nombre. Los que de ver-

dad lo desean, se marchan en las naves que les digo y se van con Mercel y su grupo. Suena absurdo, pero ocurre. Por supuesto, esto no interesa a nadie.

—Pero... eso no tiene sentido —protesta Dira débilmente, y sus ojos se iluminan al excitarse con la historia—. Un planeta no puede atraer así, desde esas distancias. Y si... si ya desapareció, peor aún.

Gotem mira a Dira como si le estuviera contando un gran secreto.

—Bueno, quizá el planeta se fragmentó, los pedazos salieron por el espacio, y no sé... en algún momento llegaron a nuestra galaxia, y luego a nuestro sistema. Imagínelo, ¿quién sabe? Es solo una hipótesis.

—¿Quiénes son ellos? —dice Dira y se gira buscando con la mirada a uno cualquiera entre los pasajeros—. Esos *orilenses*.

—Gente como usted o como yo, nada más, ya se lo he dicho. Toman una nave, llegan hasta aquí, y deambulan sin saber lo que están buscando. Al menos mi socio acoge a los que puede a cambio de trabajo en su comuna. En Astromus la vida es más dura, y mi amigo necesita tiempo, y colaboración. Dice que esos radares... bueno, que le ayudarán a descubrir dónde está.

—Pero entonces...

—Escuche —la interrumpe Gotem con gesto tierno, y se acerca al cristal de separación con los muelles flotantes—. Puede que Orilán ya no exista siquiera, quiero decir ahora mismo. Pero algo de su influencia, algo, se mantiene, como una radiación. A Mercel le hace gracia mi teoría, dice que soy un metafísico. ¿De verdad que ya se encuentra bien, Dira?

—Mucho mejor —dice la joven, y se acaricia instintivamente su barriga—. Gracias, Gotem, por todo. Creo que ya podemos tutearnos, ¿no?

—Pues yo creo que sí —sonríe Gotem nervioso, y pestañea un poco.

Pasean por un corredor hasta una

sala mugrienta en la que se apiñan mendigos y viajeros humildes, tumbados en sillas de plástico o en los rincones, entre cacerolas y hamacas.

—Algunos de estos son *orilenses*, aunque no lo sepan —comenta de pasada—. Dentro de una semana como mucho, alguien les dirá que hay un sitio donde se les acoge un rato, donde se les da información, o donde pueden compartir experiencias; lo que sea. Siempre la misma historia.

Dira mira a las estrellas y busca en su imaginación un lugar en el que exista Orilán. Pero eso solo la deja abstraída durante varios segundos, como si el espacio acabara transformándose en un laberinto eterno, sin fin ni principio.

—¿Volvemos? —pregunta Gotem con voz suave.

—Sí, por favor.

Al regresar a la tienda, Dira se disculpa para ausentarse un momento.

—Eso no hace falta ni decirlo —aclara Gotem—. El baño está en la puerta de la derecha, Dira. El código de mi habitación es 1, 2, A. Por si quieres coger algo del equipaje.

Pocos minutos después, Gotem observa en su sala de objetos pintorescos la urna en la que flota la roca azul, que ahora se ha oscurecido al acercarse un poco sobre ella; mientras, el hombrecillo le mira de reojo desde el sofá con un libro entre las manos.

—¿Se lo has dicho? —le pregunta.

—No, todavía no. ¿Se fueron ya los otros?

—Sí, en el vuelo del *Calixto* de hace media hora. Me da la espina de que ni se lo huele.

—No lo creo —dice Gotem con aire meditabundo—, tiene los mismos síntomas, claro. Solo que está un poco confusa, nada más.

Durante una larga pausa ninguno dice nada. Bituf deja el libro que ojeaba sobre una réplica de cojín terrestre.

—¿Y qué vas a hacer con ella? Supongo que mandarla con Mercel, ¿no?

Gotem se rasca la nuca, azorado.

—Bueno, ella es un poco distinta, ¿sabes? No me importa si quiere quedarse una temporada con nosotros, la verdad. Necesita tiempo para pensar... y no parece que quiera volver a su casa. Hay cuartos de sobra, y Mercel no vuelve hasta dentro de doce semanas por lo menos. O eso me dijo.

—Ya, ya —dice el hombrecillo con una sonrisa, y se levanta del sofá.

—Sé lo que estás pensando y no es eso. No sigas por ahí, te lo advierto. ¿Por qué estáis todos siempre con lo mismo?

—Yo no he dicho nada, Got. Tú sabrás lo que haces.

Un rato después Gotem mira por las cristaleras de la calle, observando a la gente. Lleva las manos a la espalda y una ceja más levantada que la otra. ¿Debe llevarla con Mercel y los otros? Casi nadie dura demasiado tiempo a solas en la estación, excepto los parias, los que viven en las bodegas internas, los que cantan las leyendas del planeta fantasma y anónimo. Mira hacia la puerta que le separa de las habitaciones, y piensa en su huésped, en la causa de tenerla en casa. Es una *orilense*, está seguro.

—No seas idiota, Gotem —murmura al fin. Entonces, como cada vez que libra un conflicto consigo mismo, nota un dolor agudo en su cerebro, una de esas terribles neuralgias que a veces le aturden durante sus descansos o en ciertos momentos imprevisibles. Aprieta los puños y cierra los párpados con fuerza. No, ahora no, se dice, y se apoya sobre el marco interior de la ventana con el cuello hundido entre los hombros.

Poco a poco distingue una esfera solitaria en medio de las tinieblas. Bajo la atmósfera, sobre capas de gases turbios, ve mejor las culebrillas de luces aterradoras que cruzan el aire de una nube a otra como viejos espectros demenciales. Así, desciende en caída libre

a las regiones sólidas de los archipiélagos de ónice, a las montañas rojas, y al mar divisorio, que casi en la mitad de sus aguas permanece para siempre aislado por las sombras de la cara oculta, la que nunca da al misterioso sol que le dio vida: justo en ese océano desconocido, en cuyos fondos se esparcen las llanuras de rocas de tantos esqueletos fósiles, surgen en masa los orilanes, criaturas inmensas y milenarias que ahora salen a las orillas de sus costas y miran a las estrellas con grandes ojos negros. Les llaman, en silencio, invocan a los viajeros del futuro a encontrarles.

*Ori-lánnnnnnnn*, mugen en grupo, en un canto que se eleva por el cielo como la promesa de un encuentro imposible.

Al cabo de unos minutos abre los ojos y se endereza con lentitud, casi le falta aire, pero lo recupera inspirando hondamente por la boca. Ya pasó, piensa y se palpa la coronilla, que aún le late un poco. Como si no pasara nada en absoluto, Gotem regresa al mostrador de madera.

—Bueno, Got, pues voy a dejarte —dice Bituf y se abotona su abrigo oscuro—. Es mejor que os deje un poco de intimidad.

Gotem frunce el ceño.

—¿Vas a ser siempre igual de pelmazo?

—No siempre, amigo, no siempre —y le da unas palmaditas en el hombro—. Nos vemos el Intervalo que viene.

—Aquí estaré, ya lo sabes. Gracias, Bituf —y Gotem se coloca detrás de su mostrador con una sensación extraña que recorre sus manos. Al girarse para ordenar algunos objetos de las vitrinas vuelve a oír la campana.

### 3

De espaldas a la puerta del negocio, Bituf introduce sus manos en los bolsillos con aplomo. Luego, mientras mira a un lado y a otro de la calle, chasquea la lengua con sus dientes en señal de

molestia. Al fin se pierde entre la muchedumbre de la avenida, por entre los comercios y las oficinas burocráticas. Sobre su cabeza distingue como de costumbre la estela de varias naves que se alejan en la distancia, pero no parece prestarles más atención que si hubiera descubierto algunas moscas en la tienda de Gotem. Al cabo de un rato baja por las oscuras escaleras de una galería de transportes, y luego en un ascensor que le lleva despacio a la planta Menos Siete, donde hace una llamada desde una cabina de pared. Mientras espera, se sienta en un banco de acero junto a otros individuos. Recoge un periódico local, *Encrucijada*, y lee distraído algunas noticias y rumores. Un cuarto de hora después una voz le hace subir la mirada:

—¿Señor?

Es un muchacho muy joven, casi un adolescente con granos en la barbilla, enfundado en un uniforme azul de mozo. Bituf dobla el periódico metódicamente y lo deja sobre el asiento. A continuación se sienta en la parte trasera de un cochecito pilotado por el muchacho, y se interna por los túneles profundos. El adolescente le cuenta algo sobre una obra en las plantas menores, pero el hombrecillo no le escucha. Cuando concluye su viaje introduce su tarjeta crediticia en la ranura del vehículo.

—¡Gracias, señor! —se despide el muchacho.

El resto de su viaje lo completa caminando hasta llegar a un edificio sin ventanas en una sala enorme y sobre cuya fachada sobresale un signo grabado en oro puro. Una pareja de policías muy altos le detiene en la entrada y le pide su documento acreditativo.

—Adelante, caballero —dice al fin uno.

En el enorme vestíbulo divisa a un funcionario de uniforme gris que atiende a varias personas con maletines oscuros. Bituf pulsa un botón en la pared

que se ilumina enseguida; unos segundos más tarde se abre una compuerta que descubre el espacio de un gran ascensor con varios individuos silenciosos de ojos tristes y facciones lánguidas. Durante el trayecto hacia abajo, nadie dice nada en absoluto, salvo algún que otro murmullo incomprensible.

—Bienvenido —le saluda una azafata pelirroja al salir a la gran cámara luminosa, y a lo lejos se oye una música suave, relajante. Bituf mira a las bóvedas superiores y apenas tiene conciencia de encontrarse en el interior del asteroide, una zona solo reservada a ciertas empresas y organizaciones. Después de saludar fríamente a algunos hombres y mujeres que se cruzan con él a su paso, se adentra en una sala espaciosa a través de una puerta automática de acero: es una galería coronada por varias lámparas flotantes que alumbran a decenas de funcionarios y a sus mesas de estudio cuajadas de máquinas e informes; a su alrededor nota una fragancia dulce aunque algo empalagosa para su gusto. Casi apático, Bituf recorre la galería observando las estatuas de los fundadores que abundan entre ciertas plantas exóticas y pequeñas fuentes de dos niveles sobre las que caen cortinas mansas de agua tibia.

Al fondo, un anciano de pelo platino y nariz ganchuda se le acerca junto a una secretaria joven y muy alta de rasgos orientales. El hombre lleva un adusto traje negro con una *srima* azul, una especie de corbata marciana con triple nudo, y se apoya en un bastón en cuyo pomo sobresale una esfera de bronce.

—¿Alguna novedad? —le dice. Bituf desvía la mirada a la secretaria, que le observa como si fuera un objeto inerte.

—Ninguna, señor. Llegó una muchacha, pero no sabe de dónde viene. ¿Podría hablar con el Regente, por favor?

—¿Hoy? —dice el viejo enarcando las cejas—. Hoy imposible, está de via-

je. ¿Tiene algo de interés que notificar? Puedo decírmelo a mí, sin problemas.

—No tiene importancia —se excusa Bituf y vuelve a meterse las manos en los bolsillos.

—Hablemos —dice el viejo, y se gira con lentitud sobre sus pasos.

Caminando despacio por las baldosas de granito artificial, Bituf escucha algunos comentarios del anciano sobre el estado de ciertos suministros y sobre los cargueros que llevan el *androcylus* en sus bodegas. Luego atraviesan una puerta de dos hojas y llegan hasta un salón con decenas de hombres y mujeres que estudian datos en las pantallas de unas máquinas de gran tamaño de las que brotan hologramas luminosos y fantasmales.

—Todo bien arriba, entonces —dice al fin el viejo. La secretaria camina casi detrás suya, golpeando el suelo con sus tacones.

—Sí, señor.

—Hábleme de esa mujer, la que ha venido hoy.

—Bueno —comienza algo azorado—. Es como todos. Gotem la está estudiando, por si puede ir a Astromus y servir en algo útil. Pero está embarazada.

—¡Vaya! Interesante —observa el viejo, y le mira de reojo con curiosidad—. ¿Y de cuántos meses?

—Pues... no lo sé, señor. No estoy seguro.

—Eso puede significar muchas cosas, hijo. Muchas. Puede que venga de algún planeta donde le hayan inoculado el suero. O que sea de nuestras reservas, alguna desertora. A veces afecta a las embarazadas, no sería el primer caso.

—Pero Got, eh, Gotem...

—¿Sí, Bituf?

—Creo... no sé. Se le ve un poco cansado, señor. Creo que lleva demasiado tiempo en la tienda. No deja de hablar de su teoría sobre Orilán, y además se la cuenta a casi todos los que vienen.

—Bah, es inofensivo, muchacho, y usted lo sabe. Y por lo que sabemos cumple muy bien su papel, ¿o no? Sin saberlo, ha detectado a varios espías de OPTIMUS. Suena irónico pero es así.

—Sé que hace bien su trabajo, señor. Doy fe de de ello. Solo digo que...

—¿Sugiere que debemos preocuparnos por él? —y el anciano se detiene para mirarle con sus acuosos ojos verdes—. ¿O quizá de usted?

—¿De mí, señor? —y Bituf enarbola una mueca de sorpresa.

—Claro, claro, de usted. También usted lleva mucho como inspector de ese punto. Puede que su amistad con el sujeto le impida ver las cosas claramente.

—Con todos los respetos, señor...

—Ese Gotem —dice el viejo y mira al techo como si alguien estuviera suspendido en el aire—. Laska, algo de información, por favor.

La secretaria saca un pequeña lámina electrónica que pulsa varias veces. Luego habla con una voz fina y algo monótona:

—Según nuestro informe nació en Nueva Nápoles. A su madre le inyectaron un suero más primitivo que el de ahora.

El anciano sacude la mano libre y sonríe con el ceño fruncido.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. A los de esa generación les dio por varios problemas y síndromes, ¿se lo he contado ya, Bituf?

—Alguna vez, señor.

—Alguna vez —masculla el viejo algo molesto por la respuesta, pero enseguida continúa, ignorando el comentario—. Tenían visiones más claras al inducirles el mismo complejo, pero se volvieron inestables. La mayoría, claro. Gotem no, Gotem es perfecto para lo que nos importa. Digamos que entiende mejor que nadie a los que vienen, y los manda donde hacen falta. Usted y yo, por ejemplo, no podríamos hacerlo bien nunca. Nos sobra distancia con los afectados. Nos delataríamos ense-

guida.

—Tiene usted razón —admite Bituf, sumiso.

—Claro que la tengo —sonríe el viejo—. Cuando yo era niño viví varios años en otra estación. Mi padre era ingeniero, y trabajaba para la empresa. Era un gran hombre. Pero demasiado temerario, muy impulsivo. Se inyectó él mismo la dosis, y eso lo perdió al final.

El viejo le lleva hasta un corredor con varias puertas rojas de dos hojas cada una. Sin detenerse abre una de ellas y se adentran en una sala alargada con numerosos pupitres en los que unos niños atienden a una profesora alta y morena que usa plataformas y que viste un adusto traje negro; sus rasgos huesudos adquieren el aspecto de un pájaro exótico gracias al moño tirante que luce sobre su nuca. Sobre una pantalla holográfica se representa un mapa con montañas y valles, y un mar que lo ocupa casi todo. En la parte inferior destacan un nombre y varios códigos.

—Saludos, profesora.

—Saludos, señor —dice la mujer algo excitada, y enseguida mira a su clase con gesto severo—. ¡Niños, levantaos! Saludar al profesor.

Los niños se levantan a la vez con un ruidoso estrépito de sillas y emiten un saludo casi inarticulado. Sobre los pupitres hay un conjunto de dibujos y apuntes, además de una pequeña pantalla redonda con el mismo mapa que se proyecta detrás de la profesora; enseguida, el viejo señala a su secretaria.

—Laska, trae un dibujo de esos, por favor.

La muchacha recoge un papel de la mesa de una niña rubia que les mira con ojos diluidos.

—¿Ha visto, Bituf? —y le muestra el dibujo de unas tierras extrañas con ríos y lagos—. Las nuevas generaciones mejoran. A estos chicos no hace falta rescatarlos, ni educarlos, porque ya lo están.

—Ya lo veo, señor.

—Gracias, Laska —dice el anciano, que vuelve a entregarle el papel a la secretaria. Luego se dirige a la profesora—. Saludos, profesora.

—Saludos, señor.

Al salir de la clase, Bituf parece más taciturno que de costumbre, pero al fin pregunta lo que tiene en la cabeza:

—¿Son de algún nuevo programa?

—¿Esos críos? —y el anciano arquea hacia abajo su boca, formando arrugas grises entorno a su barbilla—. No, son los hijos de los monitores, de los pilotos, de algunos funcionarios de la corporación, todos impregnados, claro.

Ahora se desplazan despacio por la sala de máquinas holográficas mientras Bituf siente la tensión de un poder inefable en la figura de ese viejo de cabellos grises, en la forma en que se agarra al pomo de su bastón de ébano.

—Escuche, Bituf. Yo le entiendo, de verdad. Para ustedes, los inspectores, no es fácil, lo sé. Pero no se implique demasiado. Gotem es uno de los mejores aquí, y las cosas son como son. Hay una oficina crediticia, en la calle Foltac, donde tenemos otro agente que recluta a los náufragos, como yo les llamo. Y también allí tenemos a un inspector como usted, aunque no lo conozca. Es un proceso complejo que requiere organización. ¿Sabe el presupuesto que le cuesta a la corporación mantener estas delegaciones, hijo? Aquí depuramos y rastreamos lo que nos interesa.

Bituf piensa ahora en los descartados, en esas masas de perdidos que deambulan de una estación a otra, o enloquecen y se meten como polizontes en grandes cargueros de largas distancias.

—Tarde o temprano —prosigue el viejo— uno se hace siempre las mismas preguntas, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Por qué hago esto o lo otro? Es inevitable. Mire, hace más de tres siglos que encontraron nuestra substancia en el asteroide de Montus Morut. Supongo

que lo habrá leído en su instrucción.

—Hace tiempo, señor —concede Bituf.

—En el 225, Arten opina que el parásito reproduce las visiones cuando se estimulan de forma adecuada. Pero es solo una hipótesis, claro. Todavía nos queda mucho por descubrir sobre su naturaleza, las imágenes comunes entre unos y otros. Se está invirtiendo mucho dinero en esto, se lo repito. Pero se espera ganar mucho más a la larga.

—ARMEDIA es la más grande en la galaxia —añade Bituf, como si aún fuera un niño que recita en clase una lección muy valiosa.

—Eso sin duda. Perdió la Quinta Guerra Capital, pero fue la más rápida fuera de la atmósfera terrestre. Nuestros fundadores comprendieron lo que aportaba el *androcylus*. Por eso conquistamos el meta-espacio.

Bituf recuerda lo que ha estudiado. La corporación compró el *androcylus* a cierto gobierno de palurdos lunarios, mucho antes de que él o incluso ese vejestorio naciesen. Con eso se acabaron los debates teológicos, las dudas existenciales; toda esa basura, piensa. Tomaron los casos de Luna y Virakia y estudiaron los efectos en los sujetos cobayas hasta que dieron con la forma de sacarles partido: así de fácil. No siempre se ha podido controlar y localizar a los hijos de los hijos, pero para eso tienen las estaciones: es el sitio perfecto donde recogerlos. En el fondo no sabe quién tuvo la primera visión del planeta, pero lo que importa es que se ha heredado de una generación a otra.

—Esos monstruos que dicen que ven —dice el anciano con una sonrisa amarilla de dientes diminutos—, y esos mares, no los creó ARMEDIA, de eso estoy seguro, digan lo que digan. Ellos añadieron los detalles, no nosotros. Y eso es lo misterioso, Bituf, ¿no le parece? El *androcylus* es un ser vivo que modifica nuestra materia, pero nos ayuda, siempre nos ha ayudado.

—El Efecto Clímades, señor —recita Bituf, y se reprende de ser tan servil con ese viejo soberbio.

—Exacto, ya nadie sabe cómo surgió la idea del mundo, pero apareció así, tal como suena. A mí lo que más me asombra es cómo acaban por reunirse entre ellos, aunque no se conozcan de antes, o uno sea de Marte y el otro de Gliuco. Sospecho de algunos receptores genéticos del *androcylus* para formar comunas humanas, pero todavía no está demostrado. Hay delegaciones supremas donde se estudia el asunto a fondo, Bituf. Nosotros solo somos un departamento residual en una estación de segunda categoría, no podemos hacer mucho. Por eso lo mejor es seguir el proceso desde los embriones, en vía directa. Mire ahí.

Se detienen junto a una gran pared de cristal con vistas a unos hangares oscuros en los que reposa una nave mediana con un nombre escrito en su costado: Misionero 14.

—Tenemos ocho unidades iguales —y el anciano levanta el bastón para señalarla con aire de orgullo—. Salen por cavernas periféricas como esta, y encima sin tasas de viaje, ni gastos extras: gratis. ¿Sabe que ya hemos logrado construir otro puerto en Hilateye? Adivine con qué mano de obra se ha hecho. Toda esa gente, Bituf, tiene una especie de energía propia por encontrar Orilán, y esa energía es nuestro combustible, nunca se engañe. Solo tenemos que decirles lo importante que es descubrir ese mundo antes que nuestros enemigos. En lo que nos atañe, Orilán será la joya del universo, un nuevo paraíso escondido entre las estrellas. Nuestro objeto es reconducir, sistematizar, unificar, ¿recuerda los principios que le enseñaron?

—Lo sé, señor —responde Bituf y siguen caminando por la sala.

—Por supuesto que lo sabe. Un inspector nunca debe olvidar estas cosas. Ni lo que han hecho otras corporacio-

nes, cuando adulteraron el suero.

Bituf observa a la secretaria que camina junto a ellos: no recuerda haberla visto antes, pero tiene un aire melancólico que le recuerda a esa joven que se encuentra hoy con Gotem, la chica embarazada. ¿Será también ella otra hija o descendiente de *orilanos* artificiales?

—Mala cosa —prosigue el viejo sacudiendo la cabeza con lentitud—. Es algo que preocupa a ARMEDIA, y mucho. Supongo que conoce lo de PRIMA OPTIMUS. Cómo convirtió a los suyos en adoradores de una especie de agujero negro místico que llaman Marsila. Y no es la única corporación que usa esos métodos, usted lo sabe, pero la mayoría son drogas sintéticas que no tienen nada que ver con nuestro suero puro. Todo sea por seguir construyendo naves y expandiéndose más allá, ¿verdad? Desengañese, Bituf: nada une más a las masas que la fuerza de una sola idea. No podemos dejar que nos quiten el terreno que hemos ganado en los últimos cien años. Orilán debe ser más real que Marsila o cualquier otra cosa que salga del suero cuando permuta. Y tengo una noticia para usted: van a construir una nueva ciudad, en el planeta Liro. Una ciudad financiera con controles militares de espionaje. Adivine su nombre.

—Entiendo, señor.

—Y ahora debo irme. Tómese unas horas de descanso y no le de tantas vueltas al coco, que es malo.

El viejo se marcha con la joven y deja a Bituf solo en la sala. De nuevo piensa en Gotem y sus ilusiones perdidas, en esa vaga conciencia de estar representando una farsa para reclutar a oportunos siervos de la corporación. Tras la tapadera de la tienda, Gotem ampara y cobija a los que puede, les da esa información que conoce gracias a Mercel y otros ingenieros superiores, gente que le manipula en la sombra. Luego, con los más adecuados para cada caso, hace una sola llamada: cuando se les

reconoce y se los registra a fondo, van a parar a Onatis, la nave nodriza corporativa; de ahí viajan a otros puertos, otros mundos, se los recluye en almacenes, se les instruye y forman parte de la mano de obra, como mercenarios o simples constructores.

No dejan de salir naves con ese cometido, pero pocos podrían imaginarlo. Sabe que la corporación no inventó nada; tan solo se aprovechó de los resultados de la sustancia misteriosa para conseguir ejércitos con los que expandirse por otras galaxias formando ciudades, colonizando mundos. Sabe todo eso pero prefiere ignorarlo. Orilán seguirá siendo la fuerza vital y ciega que los lleva a unirse a una misma causa. Es la tierra prometida que los ayuda a mantenerlos mansos, a obedecer ciegamente, en busca de un imposible. No, Gotem no debe ser su amigo: tan solo es el hombre a quien asesora o controla, y por quien informa a sus jefes. A veces ha querido saber qué es lo que ven de verdad los afectados, y cómo consiguen verlo, en qué rincón del cerebro se esconde el *androcyclus* visionario, o de dónde procede.

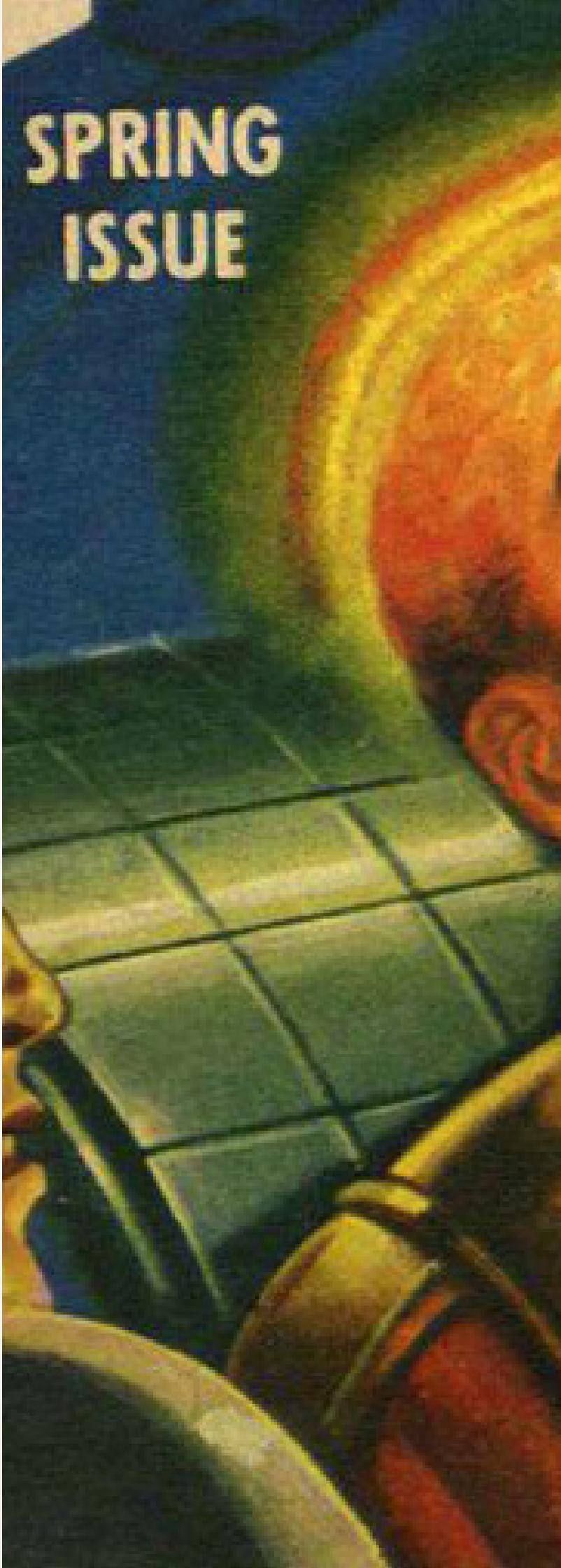
Solo entonces recuerda su primera visita a las salas estacionarias, en la ciudad de Minsk, en la vieja Tierra, cuando era muy joven y acababa de ser nombrado inspector de tercer nivel con destino la Luna. A lo largo de interminables mamparas grises se extendían filas de camas con mujeres embarazadas con tubos inyectados en los brazos o las piernas. Algunas le miraban con expresiones enigmáticas en sus rostros aturcidos; en cambio, para muchas otras parecía haberse vuelto invisible.

Durante aquella inspección no pudo evitar fijarse en las pequeñas bolsas de sueros de los ganchos, en ese líquido color ámbar de apariencia siempre inofensiva. Al fin se detuvo ante una cama cualquiera, donde vio a una joven con una gran barriga de casi nueve meses. La chica le observaba desde la

almohada en silencio, hasta que cerró los párpados, como apática. Nuestra guerra, se dijo exaltado, será por la causa de planetas imposibles y galaxias imaginarias: el parásito hará legiones de sus hijos, y venceremos.

Ahora, mientras abandona la sala cabizbajo, Bituf evoca como si fuera ayer aquel goteo sin fin, aquella solución turbia que se deslizaba por el tubo de plástico sin que nada ni nadie lo evitasen.

—Venceremos —murmura la consigna oficial, pero ya no sabe qué significa esa posible victoria, ni quiénes serán los futuros perdedores.



SPRING  
ISSUE







# **LOS CAMINOS DE LA ARENA**

**Texto: Rafa Marin**

**Ilustración: Ángel García**

**E**staba de regreso. Descendía los peldaños tallados en la piedra con la misma desazón de un niño nervioso, porque saberse vivo en aquel lugar donde su propio cuerpo yacía muerto lo llenaba de angustia y de melancolía a la vez, con sentimientos encontrados frutos del temor a sus propios recuerdos. Iba a pasarse la antorcha de una mano a la otra y descubrió entonces que estaba tiritando. Con el autodomínio que sólo pueden templar los siglos, se obligó a calmarse, se detuvo un instante hasta poder controlar la semilla de la tensión. Todavía inseguro, reemprendió la marcha. Un cierto aroma de tiempo le marcaba los pasos como una sombra.

Diez siglos son demasiados para un solo hombre y apenas un suspiro para la piedra. Sin embargo, él estaba de vuelta en este lugar, y el mecanismo oculto en la roca había perdido la eficacia de la función que le había sido determinada: la humedad y el moho habían desgastado el engranaje hasta hacerlo inservible. Continuaba él ahora su camino a través de un cuerpo joven, pero tuvo que emplear a fondo todas sus fuerzas para conseguir abrir la puerta de entrada al sepulcro. El aire aprisionado durante tanto tiempo lo golpeó con su fetidez hedionda mientras escapaba tanteando las paredes como el bastón de un ciego. La llama de la antorcha, con el roce de su aliento, replicó con semblanza de campana que toca a rebato.

Esperó un par de segundos, indeciso. Luego, alargó la mano y espantó con la luz el océano de sombras que moraban la fosa. La oscuridad retrocedió, aterrada por la viveza de la llama, y entonces él avanzó cuatro pasos; una trenza de bilis se le había formado ya en la boca del estómago. Sin tiempo de reaccionar, continuó la marcha, cuidando de no tropezar con las irregularidades del suelo. Ante él, rojas y grises por el efecto de la antorcha, aparecieron

las dos tumbas. Casi con indiferencia, comprobó que ningún intruso las había violado en el transcurso de estos mil años. Sería él mismo el primero en saquear su propio santuario.

Caminó entre los dos túmulos como un espectro, más atento a los dibujos de su sombra en las paredes que a sus pasos. Olía a encierro. A muerto. Conscientemente, evitó dirigir la mirada a una de las dos tumbas. No era aquélla la Kâuzar que él buscaba. Ya no. Se plantó delante del otro catafalco y allí contuvo la respiración. Hasta las llamas de su antorcha dejaron de crepitar por un momento. Durante los largos segundos que permaneció mirando, no se produjo ningún sonido. Asustado, dolorido, releó la tosca inscripción que recordaba, con un pleonasma innecesario, cuál había sido su primer nombre. Afirmó la luz sobre una grieta de la pared y entonces abrió la tumba. El chirrido de la losa al descorrerse resonó en la oscuridad, proyectando un efecto macabro. Él no tenía nada que temer, sin embargo. De habitar algún fantasma en aquel lugar, recibiría con alborozo su retorno.

Una lasca de piedra le produjo un leve corte en la mano derecha, y una sonrisa de sangre vino a cubrir de rojo sus dedos, pero él no le condecía la menor importancia a este hecho. El dolor le demostraba que seguía estando vivo. De otra manera, habría terminado confundándose, dudando de la realidad de su existencia. Comprobar que estaba en dos lugares distintos al mismo tiempo, contemplándose en la tumba y yaciendo dentro de ella, le hizo experimentar un vértigo como nadie antes que él había descubierto, una suerte de espantoso vahído cósmico. Sus ojos se posaron en las cuencas vacías desde donde en otro tiempo habían mirado; los vellos de los brazos se le erizaron. Aquel despojo de huesos y carne momificada y corrompida, mil años atrás, había palpitado con su vida. El recuerdo de que vivía un tiempo robado le atena-

zó la garganta como una garra de hielo. Estás muerto, Najatz, dijo una voz en su interior, contempla lo poco que queda de tu cuerpo.

En un acto por reafirmar su deseo de vida, tendió las manos hacia la caja torácica del cádaver que había sido. Con delicadeza, casi temiendo hacerse daño, rebuscó entre las telas carcomidas por el paso del tiempo. Un polvillo doloroso y antiguo se le quedó entre los dedos, pero finalmente consiguió detectar el pergamino.

Lo extrajo de las ropas acartonadas con sumo cuidado, temeroso de que fuera a convertirse en cenizas allí mismo. Una vez lo tuvo en las manos, se retiró de la tumba. A la luz de la antorcha, probó a desenrollarlo. El manuscrito se quebró en varios trozos, pero consiguió leer las palabras que él mismo había transcrito y que temía haber olvidado: "Quede para mí el mensaje que yo escribo y para mí entrego". Sentado en un peldaño horadado en la piedra, con los ojos llorosos y el alma tan ajada como el pergamino, leyó las palabras largamente conocidas. Después, finalizada su misión, defraudado, se hundió de nuevo en la terrible soledad que le había traído de vuelta hasta este sitio. No había nada más, nada que él ya no supiera. Los caminos de la arena se revelaban nuevamente sin sentido. No existía ninguna señal para poder enderezar su rumbo. Sólo palabras conocidas. Viejas, extrañas, horribles palabras muertas.

El mensaje del pergamino había llegado a sus manos mil años antes, cuando él era el hombre que ahora yacía en esta tumba, el médico de pobres de la ciudad de Medina conocido por Maqamat Najatz, el hijo de Abdurrabí, el carpintero. Entonces, siglo X de la era cristiana, al-Mansur Billah gobernaba con riendas de acero las tierras de al-Andalus. Extraño tiempo. Hermosa vida la que vivió aquellos días, a pesar de los vientos de guerra que arreciaban con-

tra los cristianos del norte y los versos con los que el nuevo hayib, el victorioso por la gracia de Allah, pretendía dulcificar su triple azote de crueldad, intolerancia y miedo.

No tenía mucho de lo que enorgullecerse entonces, como tampoco tenía mucho de lo que enorgullecerse ahora: apenas una casa fría y húmeda donde más atendía a sus consultas que habitaba, y una esposa dulce con nombre de río y boca de bruma. Y su juventud. Y su impulsividad. Y su inexperiencia. Muchas veces, a lo largo de los siglos que vendrían, habría de convenir Najatz que de haber sido un hombre más reflexivo, menos joven por tanto, ni él ni Kâuzar habrían hecho aquello por lo que más tarde habrían de arrepentirse. Muchos siglos después, pero no en ese tiempo.

Una noche, al amparo de una tormenta que entonces, en aquella vida simple, le había parecido espantosa, un peregrino llamó a su casa de médico de pobres, en Medina. El hombre era anciano y anónimo, pero la labor de médico de Najatz no consistía en hacer preguntas, sino en remendar vidas. Dos heridas de alfanje marcaban el cuerpo del desconocido, de forma que todos los esfuerzos de Najatz no consiguieron regresarlo a la consciencia. El viejo murió entonando unas palabras cuyo significado Najatz no consiguió comprender. En cualquier caso, sonaban como un último ofrecimiento, como una letanía. Kâuzar, mujer al cabo, mientras rebuscaba entre los harapos del peregrino con la esperanza de encontrar, por una vez, unas cuantas monedas que sirvieran de pago a su servicio, fue quien descubrió el manuscrito. Con curiosidad, junto al cuerpo del hombre muerto, Najatz lo leyó, y la sangre se le detuvo en las venas y el paladar le supo a polvo.

Todavía no hacía un año que el poderoso Almanzor había mandado arrojar a una hoguera pública todos

los libros de necronomía, astronomía y filosofía reunidos en la biblioteca de al-Hakam II. El contenido del pergamino, por tanto, ponía en peligro su existencia, pues en él se concretaban los misterios que harían posible al hombre abrirse a una nueva vida. Najatz no dudó en sospechar que las heridas de espada del anciano habían sido infringidas por soldados al servicio del hayib. El tratado suponía una promesa al patíbulo, pero también el salvoconducto hacia otra vida.

Aquella noche, mientras Kâuzar dormía un sueño poblado de espectros y brujos, él copió el contenido del pergamino y luego corrió a ocultarlo entre las baldosas de su casa. Apenas llegado, el día siguiente vino a dar la razón a sus sospechas, pues los guardias de Almanzor no encontraron dificultades en seguir la pista del peregrino herido hasta su casa. Los soldados se comportaron con brusquedad, como se debe a su oficio, pero Najatz les atendió con un miedo y un servilismo que no eran ensayados ni fingidos. Una gran sonrisa de satisfacción deformó el rostro del capitán de la guardia cuando descubrió entre los harapos del hombre viejo el pergamino aparentemente intacto. Después, Najatz supo que tanto el manuscrito como el cadáver del anciano habían sido quemados en una hoguera pública.

Pasaron dos años. Muchas noches, cerrados los postigos y asegurada bien la puerta, había revisado y estudiado Najatz el pergamino. Llegó a conocer de esta manera que formaba parte de una colección mayor cuyo título era «Los caminos de la arena». Convencido de su autenticidad, Najatz esperaba no tener que recurrir a él en muchos años. Pero en su vida primera se cruzó lo inevitable, pues sólo Dios dispone de los actos de los hombres.

La peste sacudió ese invierno las tierras de al-Andalus. Hombres pobres temerosos de Allah y también ricos se-

bosos apartados de sus leyes cayeron por igual ante el influjo desconocido de la sin dientes. Y Najatz estuvo en todo momento rodeado por la enfermedad al acecho, pues así lo propiciaba su condición de médico. Muchas vidas después, cuando ya era otros hombres, descubriría que la descarnada robaba a las gentes bajo la forma de una simple gripe, pero entonces, en aquellos días terribles del siglo X, se le antojó una horrenda pesadilla. La profesión de Najatz y sus conocimientos de la antigua medicina no le hacían inmune a la enfermedad, ni mucho menos, por entonces, a la muerte. Kâuzar cayó enferma la mañana de un viernes, y el sábado a media tarde lo hacía el propio Najatz, con su consulta de médico de pobres atestada de gente.

Ambos sabían, porque lo habían visto repetirse desde que comenzó la enfermedad, que no existía ningún remedio. La muerte vendría entre estertores a despojar lo poco que la fiebre hubiera respetado. No había solución, pero sí esperanza. El pergamino les aseguraba una nueva vida, y los caminos de la arena esperaban ser hollados por sus pasos. Entre delirios provocados por la enfermedad, Najatz prometió a Kâuzar amor eterno. Con el mutuo juramento de no cesar sus vidas hasta encontrarse en otra existencia, recitaron los versos prohibidos del manuscrito. Sabiendo que sus cuerpos serían quemados, y previendo que tal vez algún día les sería necesario recuperar los mensajes del pergamino, Najatz se las ingenió para escapar de la ciudad en cuarentena y encaminarse a la sierra que circunda Medina. Descendió con su mujer en brazos hasta la tumba que ambos disponían horadada en la roca. Kâuzar ya estaba muerta cuando la introdujo en el frío sarcófago. Él mismo tuvo que colocarse dentro de su propio ataúd, y cerrarlo desde el interior. Aquella vez, como diez siglos más tarde en la operación inversa, el roce con la losa de

piedra le arañaría una mano. Najatz esperó en la oscuridad hasta que la asfixia y la fiebre lo condujeron a la muerte. Estaba tranquilo. Sabía que cuando volviera a la vida no lo haría en ese mismo cuerpo.

Aprendió Najatz que la muerte era un extraño crepúsculo, el ojo de un huracán que le impulsaba a franquear una puerta sin fronteras. Pero Najatz jamás llegó a cruzarla. Movido por un hilo invisible, zarandeado de un extremo a otro de la oscuridad, contemplaba el caos y la armonía a los que resultaba ajeno. Los caminos de la arena le cerraban el acceso a aquella puerta, le trazaban otro rumbo definido. Fue la primera de sus muertes, la más maravillosa y la más terrible. Mientras su consciencia se fragmentaba y se dividía, mientras su alma insignificante se unía y se multiplicaba, Najatz pensó en Kâuzar, y en la manera en que se le presentaría este trance. Luego el universo se borró, y su alma permaneció flotando en un oasis de silencio.

Volvió a la vida, pero no lo supo inmediatamente. Jamás, en las dieciocho o diecinueve vidas futuras en las que habría de reencarnarse, la consciencia de lo que había sido le acompañaba desde el primer momento. Al contrario, el conocimiento de sus recuerdos anteriores aparecía muy despacio, a floraba con la misma lentitud con que el sol releva a la oscuridad y el atardecer sucede a la luz del día.

Vivía nuevas existencias, y emprendía otros aprendizajes a través de ellas. Nunca, excepto una sola vez, recordó qué era antes de desarrollarse y hacerse adulto. En esa ocasión, siglo XV, fue un niño extraño, considerado una anomalía por los que entonces eran sus padres. No llegó demasiado lejos, pues nunca es agradable plantear preguntas para las que no hay respuestas. Tenía siete años cuando fue condenado y quemado por diablo y por hereje. Era un hermoso día de primavera en el sur

de Francia.

El conocimiento de su auténtica realidad emergía lentamente, llenándolo de confusión, embriagándolo. Unas veces, el recuerdo de un amanecer en Córdoba le abría el camino a la recuperación de su consciencia. Otras, era el roce de un cuerpo de muchacha lo que le hacía advertir que no era nuevo en los juegos del escarnio y el placer, que las reacciones que se suponían originales de su cuerpo latían ya viejas dentro de la confusión de su cerebro. A veces bastaba una palabra, una imagen, el olor de la menta en un campo desnudo, el sonido de los bueyes pastando a la vera de un río. O el dolor, el dolor que acechaba dentro de su organismo, el dolor que se esperaba inédito y ya era antiguo, el dolor que le traía a la boca el sabor de medicinas que creía no haber probado, el dolor que le ofuscaba los miembros y avivaba su mente y le retrocedía a la vida de un hombre extraño que había sido él mismo.

Maqamat Najatz quedó reducido a uno entre muchos. Sus recuerdos empezaron a fundirse con otros recuerdos que ya no eran suyos, hasta que dudó al pensar en sí mismo como un ente único o plural, hasta que no supo si utilizar yo o nosotros. Najatz se convirtió en el poso donde habían cimentado el niño francés, el soldado ruso, el poeta peruano, el labrador indochino. Descubrió entonces que el mundo era grande, y que Medina no era sino un punto insuficiente dentro de los confines de ese mundo. Medina. El nombre empezaba a sonarle extraño. Medina. ¿Realmente yacía en sus montañas dentro de un sepulcro de piedra? Medina. ¿Cuántas vidas de distancia le separaban de aquel sueño?

Los caminos de la arena tomaban rumbos extraños. Nunca, a través de todas estas vidas, había aprendido Najatz a manejarlos. Nunca había llegado a comprenderlos. Sólo sabía que el sortilegio funcionaba, que el manuscrito

que recordaba con fieles detalles servía para asegurarle una existencia nueva. Nada más. Era imposible ahondar aquel misterio. La solución tal vez había sido destruida en las hogueras del hayib, Al-Mansur Billah, el victorioso por la gracia de Dios. Najatz dedicó todo el lapso de una vida a rastrear otros posibles manuscritos, pero fue en vano. Las llamas habían barrido los caminos.

Las llamas habían borrado sus senderos. Najatz nacía y moría a la deriva, sin conocer jamás cuál sería la existencia a la que iba de camino, sin poder comprobar nunca qué relación ligaba cada una de sus vidas sucesivas con la anterior, con la original que había abierto la senda de sus futuros.

Najatz no estaba muy seguro, pero siempre había vuelto a encarnarse en distintos cuerpos de hombres; nunca los caminos ocultos le habían llevado a vivir desde dentro de una mujer. Sospechaba, sin embargo, que había pasado una o dos vidas en blanco, sin tener consciencia de sus ayeres olvidados, dormido al despertar de la memoria, motivado por una inercia que le llevaba a vivir vidas anónimas. Muchas veces se preguntaba si Kâuzar estaba pasando por aquello mismo, si su desazón, dondequiera que ella estuviese, era equiparable a la suya propia. ¿También vagaba confusa por las sendas de la vida y de la muerte? ¿Trenzaban arabescos sus caminos de mil retornos y ningún reencuentro? ¿A qué extrañas vidas, a qué distintos cuerpos había venido a nacer su garganta de estío? Eran preguntas que se ahogaban como una riada de lluvia en las aguas de un lago, porque nunca Najatz había sabido el destino de Kâuzar, y el dolor de sus vidas sin rumbo se ampliaba por su sed de retomar el camino. La promesa de su reencuentro lo impulsaba a seguir sufriendo, a seguir viviendo, en suma, y lo encadenaba a perpetuarse, a continuar tomando a sorbos amargos las experiencias dominadas de sus vidas

sucesivas. Nunca, desde que había sido Maqamat Najatz, había vuelto a encontrarse con su esposa. El camino estaba roto, sin señales que condujeran a ninguno de los dos hacia el objeto final de su peregrinaje entre existencias. El mundo era grande, y desde la primera de sus segundas vidas, comprendió Najatz que la posibilidad de cumplir el juramento resultaba ínfima.

La muerte llegó a convertirse en un trámite para él, en algo forzoso que cumplir entre dos vidas. El lapso de tiempo entre una reencarnación y otra era siempre impredecible, variable según el rumbo que marcasen los caminos de la arena. Kâuzar, con su bello nombre de paraíso y de río, podía renacer mientras él estaba muerto, flotando en el ojo del huracán, frente a la puerta del enigma. Kâuzar podía estar muriendo en el justo momento en que él nacía, mientras la buscaba en la noche como un sonámbulo, cuando distraía su mente acariciando otro cuerpo o sacudía la cabeza lleno de desesperación por haber consumido una vida más y no haberla recuperado de nuevo. De esta forma, difuminada poco a poco la confianza en el reencuentro, la vida se le había convertido en una espera entre dos muertes.

Con su nueva entidad como bandera, había aprendido a no hacer una religión de nada; ni siquiera de sí mismo. A su primera creencia en Allah se habían superpuesto los estratos de otras creencias, a menudo contrapuestas. Había sido budista, mormón, chiíta, protestante, católico, integrista, ortodoxo. Cada religión le había sido inculcada cuando su consciencia todavía no había emergido, de manera que cuando lo hacía resultaba ya demasiado tarde para una conversión. ¿Convertirse? ¿A cuál de ellas? Todas las religiones le habían pertenecido, con todas había aprendido y ante todas se había rebelado en un momento o en otro. Vistas desde una perspectiva de mil años,

parecían tan similares entre sí, tan falsas en sus suposiciones, tan insignificantes como los caprichos de un niño. Y Najatz sabía que los caminos de la arena no eran derecho exclusivo de Allah, ni de Siddharta Buda, ni se Jesús el Cristo. La solución a la que se vio obligado era evidente: acabó reconociendo su agnosticismo. Encontraría la respuesta final si alguna vez, danzando en el ojo del huracán, llegaba a atravesar la puerta.

Los recuerdos se le confundían unos con otros, atropellándose en sus rasgos más coincidentes, distorsionándose en los encontrados. La vida que había vivido siendo Maqamat Najatz se mezclaba en su memoria con todas las otras vidas, demostrando lo insignificantes que habían llegado a ser, bien tomadas en su conjunto o una por una. Najatz recordaba haber sido varios hombres importantes que ahora ya no importaban nada, titiritero y sabio, poeta y siervo palaciego, corregidor, sepulturero y soldado (todos sus oficios habían rondado siempre las arenas de la muerte). Sumadas, perdidas, sus vidas formaban un maelstrom de recuerdos que lo confundían y lo llenaban de sabores agrios y trágicos. Tan absurdo podía ser vivir una sola vida como hacerlo cientos.

Najatz de Medina quedaba muy lejos, más distante y más ajeno con cada nueva vida. Toda su historia pasaba ante sus ojos en un feedback vertiginoso, mezclando recuerdos extraídos de los hombres distintos que él mismo había sido, de forma que ni el propio recuerdo de Kâuzar había permanecido inalterado, por mucho que doliera reconocer lo amargo de este hecho. Najatz nacía para ser en cada vida un hombre nuevo, lo mismo que ella sería una nueva mujer en otro cuerpo, y la fuerza del instinto podía más que el conocimiento intelectual de su mutuo amor antiguo. El concepto de fidelidad, como todos los demás conceptos lingüísticos, no

tenía ningún sentido bajo la óptica de mil años y diecinueve o treinta vidas. Aunque mortificaran los remordimientos, permanecer fiel al recuerdo de una mujer que había dejado de existir como ella misma hacía mil años carecía de valor. El instinto animal terminaba por dejar a un lado todos los ideales del amor cortés: la sangre rediviva de sus cuerpos jóvenes apartaba de un plumazo las bellas palabras y los buenos propósitos. No se podía luchar contra lo que uno era. Con los años, con las vidas, Najatz vino a descubrir que la mera palabra amor define múltiples realidades contrapuestas, lo mismo que la palabra vida sirve para englobar en una cifra causas que son diferentes. Y comprobó que no sólo era su cuerpo sediento del contacto de otra carne lo que traicionaba, por decirlo de alguna forma, la memoria de Kâuzar y la promesa infantil de su amor eterno, pues además del simple placer físico se sumaba en él el ansia por el puro placer emocional, el amor intelectual hacia las nuevas mujeres o esposas que coronaban la escalada de sus vidas. Najatz no sólo había quedado atrapado en las caricias de otros labios que ya no guardaban un rastro de bruma, sino también en la cárcel sin egoísmo del amor hacia aquellas mujeres de alma y sangre que poblaban una historia que le era propia y ya no le pertenecía. Una o dos relaciones amorosas por cada nueva vida durante quince, veinte o dieciséis encarnaciones son sin duda demasiadas mujeres a contar, demasiados recuerdos, demasiadas frustraciones. Aunque Najatz hubiera querido permanecer fiel al recuerdo de su primera esposa, el esfuerzo escapaba a su control. Simplemente con el deseo de ahuyentar la soledad venía pareja la necesidad de compartir sus experiencias y ambiciones al lado de una mujer, como había sucedido en Medina cuando él fue por primera vez quien después siempre había sido y tenía por

compañera a Kâuzar, la nunca hallada. Dudó mucho Najatz durante la primera de sus reencarnaciones, pero finalmente hubo de ceder a los embates de su cuerpo. Si en alguna ocasión futura llegaban a encontrarse, esperaba que ella supiera comprenderlo. No dudaba que la decisión de Kâuzar sobre esta materia habría de ser por fuerza coincidente.

Kâuzar. Iba quedando Kâuzar tan lejana como el río del paraíso que prestaba significado a su nombre. Los sentimientos de Najatz se superponían, y en el recuerdo llegaba incluso a confundirla con otras mujeres. Ya no distinguía con certeza qué había amado en ella que la diferenciase de las demás, pero el afán por recuperarla y poner término a esta absurda sucesión de encarnaciones le obligaba a continuar viviendo. ¿Cuándo, en qué siglo remoto su existencia repetida alcanzaría la paz? ¿Desde qué ojos desconocidos podría estar mirándolo Kâuzar? Tal vez habían pasado el uno junto al otro en cualquiera de sus vidas ya cumplidas, sin hablarse, sin reconocerse. Esta posibilidad lo llenaba de angustia. Quizá su momento se había agotado. Quizá continuaba vidas sin sentido ignorante de que Kâuzar se le había cruzado en el camino y él no había sido capaz de detenerla.

Vivía solamente por la inercia de sus otras vidas, porque abandonar ahora después de una búsqueda de tantos siglos reduciría a un absurdo cósmico todas las sucesiones de su alma peregrina. Sin embargo, una vez en especial, durante la vida siguiente a la del hombre que decidió regresar para violar su tumba, estuvo Najatz tentado de dejarse morir y no intentarlo de nuevo. Era entonces un muchacho joven, tan impulsivo como lo había sido en la mayor parte de sus otras existencias. Italia, 1983. Najatz se llamaba ahora Giulio Césare Forziere, y estudiaba en Roma lenguas clásicas. Una estudiante francesa, en todo muy parecida a la Kâuzar

original, desde el color del pelo hasta la sonrisa o la cualidad de la mirada, logró que el joven donde anidaba se rebelara contra el hombre cargado de historia que se asomaba al mundo a través de su cuerpo, y decidió que éste era un buen momento para acabar la búsqueda. La muchacha francesa podía ser una sustituta ideal para la Kâuzar perdida, una ilusión perfecta. Se parecía tanto a ella, y él deseaba ya con tanta intensidad poner final a aquella sucesión de nuevas vidas... Giulio Césare Forziere se interpuso por una vez al Najatz que había sobrevivido durante casi once siglos: era tiempo de apurar el vaso y franquear la puerta. No tuvo en cuenta la decisión de la muchacha, que objetó a su amor el problema de la distancia que supondría su inmediato retorno a Francia. Parecía cómico, una nueva burla de los caminos de la arena. Utilizar la excusa de una separación en el espacio ante él, que había soportado durante mil años la terrible separación del tiempo. La muchacha no podría comprenderlo; respondía a la experiencia adquirida durante su pobre vida de un solo trayecto. Desorientado, Najatz estuvo aquella vez a punto de suicidarse. Pero la posibilidad de encontrar aún a la auténtica Kâuzar en el transcurso de aquella vida lo mantuvo con vida, pese a su deseo. Y vivió encerrado en ese cuerpo una vida sin sentido que se prolongó otros sesenta años.

Supo Najatz a través de sí mismo que los caminos de la arena parecían en todo punto similares a los caminos del desierto: el viento de nuevas presencias borraba las huellas y variaba los rumbos. Durante muchas vidas había querido regresar a Medina, porque esperaba encontrar en el pergamino enterrado junto a su primer cuerpo algún indicio nuevo que le permitiera trazar correctamente una trayectoria distinta. Pero cuando en efecto estuvo allí, Andalucía, primavera de 1936, com-

prendió que el manuscrito no ofrecía ninguna salida más. No existían soluciones. Sentado a oscuras en el suelo de piedra, el hombre que había sido Maqamat Najatz reflexionaba sobre la inútil persistencia de sus vidas, y se interrogaba sumido en la desesperación cuándo podría reunirse finalmente con Kâuzar para poner epílogo a su naufragio.

Murió otra vez, y luego tal vez otras tres veces, con la seguridad casi absoluta de que sus nuevas vidas futuras no le servirían de nada, con la certeza de que todo aquel ceremonial para empezar de nuevo desde cero sería en vano. Pasó posiblemente un siglo; luego, otro siglo más. La historia de los mortales de vida común seguía su ritmo particular, enredándose en una trama que a él siempre le resultaba ajena. Najatz sabía ya la forma de no repetir los mismos errores cada vez, pero el resto del mundo carecía de la experiencia que le habían nutrido los años. El final absoluto, la extinción completa de la raza humana se acercaba más y más con cada nueva tensión política. Najatz estaba seguro de que el Día del Armageddon no habría de respetar a nadie, ni siquiera a él. Y el horror tecnológico y el desequilibrio político precipitaban poco a poco la presencia de ese Día.

Una noche, la guerra que pondría fin a todas las demás guerras estalló. Najatz ya había combatido y muerto una vez en 1916, durante aquel otro conflicto que había recibido el mismo nombre. Pero esta vez el calificativo resultaba apropiado. Esta vez la palabra GUERRA se pronunciaba con todas sus letras mayúsculas, con la terrible resonancia de todos sus sonidos conjuntos. Esta vez, tras tantos intentos, la definitiva.

Aquí estaba él, metropolitano de Londres, momentáneamente a salvo en el refugio antiatómico. El panorama se le hacía muy semejante al de su tumba olvidada en Medina: lo rodeaba la misma oscuridad en forma de bóve-

da, el mismo aliento rancio, la misma seca tristeza. Pero esta vez no estaba solo, ni canturreaba en sus oídos el silencio. Muchas personas se apiñaban en las sombras igual que él, rotas y desamparadas, murmurando con lloriqueos múltiples que más parecían el zumbido de miles de abejas. Najatz era ahora un hombre alto y pelirrojo, arrebolado, de no más de treinta años de aspecto exterior. Recorría los cuerpos amontonados contemplándolo todo con la tristeza acumulada por cientos de años. Ahora sí terminaría su andadura. Dudaba de volver a nacer en algún futuro después de esta muerte que se le avecinaba, porque sencillamente ya no habría futuro en el que anclarse. Descansaría tal vez, atravesaría la puerta del enigma y los caminos de la arena dejarían de trenzar sus lúgubres misterios. No había encontrado a Kâuzar todavía. Y comprendía que, después de esta encarnadura, no tendría oportunidad de encontrarla nunca. El terrible hecho de vivir en vano se multiplicaría por cada una de sus pasadas existencias. Intuyendo que había sido víctima de la burla del destino, Najatz deambulaba entre los chiquillos cargados de espanto, amándolos con sobria tristeza, porque en ninguna de sus reencarnaciones había tenido hijos, mientras intentaba por última vez, sin ninguna esperanza efectiva, encontrar la pista de Kâuzar.

Se detuvo a encender un cigarrillo. No se le escapó que sería el último. El último, las letras se le dibujaron en cursiva. Fue entonces, en la estación atiborrada de seres desesperados, cuando escuchó la voz que se alzaba contra el muro de llanto.

*Sabrás, dulce enemiga, del vino de Sevilla.*

*de la marcha al rumbo sur de los caballos de la noche*

*y el susurro del viento y el agua en la boca del fuego.*

*Palmera del río de mi tiempo, oasis en calma,  
tienes los ojos niños de jugar a hacerte cárcel  
y una risa de cobre y la lengua de miel.  
Y es tu velo una lluvia muy leve  
donde engarfo mi vida.  
Y es tu cuerpo una sombra de mimbre  
donde alumbra mi alma.*

Najatz conocía esas palabras. El idioma era distinto, pero su significado continuaba siendo el mismo. Él había compuesto ese poema en Medina, siglo décimo, y lo había dedicado a la propia Kâuzar. Temblando aún más que cuando regresó a su tumba en busca de su historia, se fue abriendo paso entre la marea de gente y desesperación. Más allá, sentada en uno de los bancos del andén, una muchacha muy joven recitaba versos de memoria y trataba con ellos de tranquilizar al grupo de niños que la rodeaban. Najatz se le acercó, y entre el coro infantil continuó escuchando.

—Hermoso poema, muchacha —interrogó cuando la niña hubo acabado, toda la espera de más de mil años rebosaba en su garganta—. ¿Conoces a quien lo ha escrito?

La muchachita levantó la cabeza y dirigió la mirada a su rostro. Era joven y pecosa, casi una niña todavía, pero en sus ojos Najatz pudo leer el dolor y la amargura de cientos de años. No se parecía en absoluto a la mujer que él recordaba, pero tampoco él tenía ya mucho que ver con aquel médico árabe que, en una vida anterior que se le antojaba un sueño, había irrumpido sin saberlo por los senderos del tiempo.

—Un... un antiguo amigo mío —respondió la muchacha con palabras de duda: los ojitos azules buceaban sus ojos—. Hace muchos años.

Se miraron durante un segundo que comprendía toda una eternidad. Las paredes del búnker temblaron con furia. En el exterior, cada vez más cerca-

na, la historia de los otros continuaba su curso.

—¿Maqamat? —preguntó ella. Él asintió. El grupo de niños chilló dolorido—. Ha pasado mucho tiempo —continuó diciendo ella, con una voz que resultaba difícil percibir por debajo del silbido que incrementaba su tono. Algo estaba cayendo.

—Sí. Mucho tiempo, Kâuzar. Tal vez demasiado.

No dijeron nada más. Ni siquiera tenían cosas que contarse. No hubo reproches, ni explicaciones, ni lamentos, y las bocas tampoco hablaron el lenguaje mágico de las lenguas. Simplemente, se sentaron el uno al lado del otro, las manos enlazadas, la mirada quieta, mientras esperaban el momento en que cayeran las primeras piedras.

# BREVES NOTAS SOBRE TÉCNICAS DE ILUSTRACIÓN

Ilustraciones y notas: Ángel García Alcaraz

Presentación: J. Javier Arnau

**C**omenzamos aquí una sección que esperamos tenga cierta continuidad. En concreto unos breves tutoriales sobre ilustración.

Para comenzar con esta sección, contamos con la colaboración de Ángel García Alcaraz, ilustrador que ha colaborado con nosotros en varias ocasiones, y cuya portada pudisteis disfrutar en el número anterior, así como en el de la revista miNatura que salió al mismo tiempo. Ángel, como digo, ha colaborado en varias revistas del género, en antologías de editoriales como Kelonia, Cazador de Ratas, James Crawford Publishing, etc, ha ilustrado cómics, creado carteles, y ganado premios, como por ejemplo el que le llevó a visitar el Parlamento de Estrasburgo para exponer su cómic sobre el medio ambiente.

Asimismo, en la actualidad está experimentando con diferentes técnicas digitales y en otras artes plásticas.

Esperamos que os sirva y que os resulte, cuanto menos interesante.



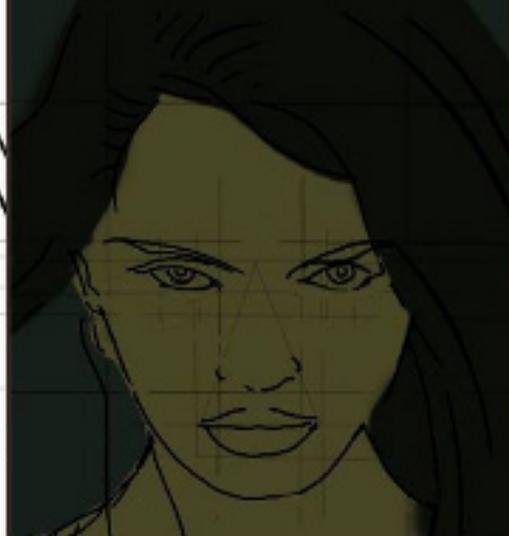
Paso 1: Dibujamos el boceto a mano alzada utilizando ejes orientativos que nos ayuden a encuadrar nuestro dibujo.



Paso 2: Utilizando un solo color pintamos toda la cara.



Paso 3: Con dos colores más oscuros pintamos el fondo y el cabello.



Paso 4: Con un color más claro iluminamos las partes en las que incide la luz. Todo esto de forma brusca, sin detallar.



Paso 5: Difuminando y utilizando tonos similares y cercanos a nuestros colores básicos vamos dando volumen a nuestra figura.



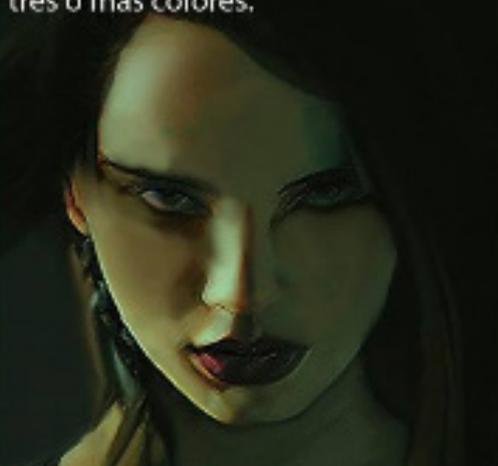
Paso 6: Eliminamos o borramos los ejes, encuadramientos y líneas iniciales que nos han ayudado a realizar el boceto.



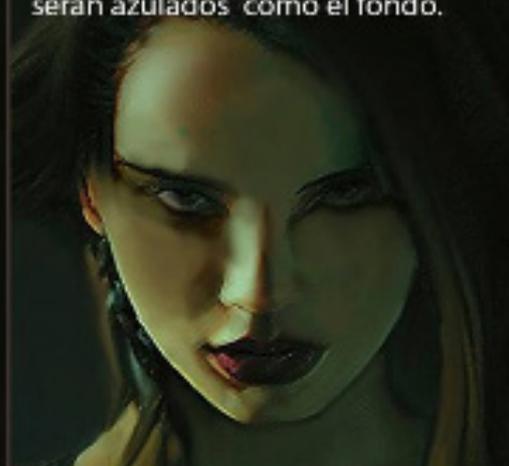
Paso 7: Vamos definiendo nuestro dibujo con pinceles cada vez más finos, sobre todo en los rasgos de los ojos, nariz y boca.



Paso 8: El cabello cuesta algo más porque debemos trazar numerosas líneas que definan la dirección, brillo y volumen. para ello utilizaremos tres o más colores.



Paso 9: Tendremos en cuenta que la raíz en un cabello castaño es más oscura y el color de los brillos dependerán de la luz. En este caso serán azulados como el fondo.



Como consejo y paso último destacar que ,con la práctica y el tiempo dedicado, todos estos pasos solamente son una referencia. pues os ireis dando cuenta, a medida que vayais dibujando, que no han de seguirse a rajatabla, sino que, la espontaneidad dotará a vuestro trabajo de estilo propio. ¡Ánimo y a por ello!



*Alison*

"ONE OF THE BEST  
SCIENCE FICTION MOVIES IN YEARS"

- MOVIES.COM

REARRANGE YOUR BRAIN

# COHERENCE

OSCILLOSCOPE LABORATORIES AND BELLANOVA FILMS & UGLY DUCKLING FILMS PRESENT  
HUGO ARMSTRONG NICHOLAS BRENDON EMILY FOXLER ELIZABETH GRACEN LAUREN MAHER ALEX MANUGIAN LORENE SCAFARIA MAURY STERLING "COHERENCE"  
MUSIC BY KRISITN ØHRN DYRUD EDITED BY LANCE PEREIRA DIRECTOR OF PHOTOGRAPHY NIC SADLER ARLENE MULLER EXECUTIVE PRODUCERS ALYSSA BYRKIT JAMES WARD BYRKIT CO-PRODUCER ALEX MANUGIAN  
PRODUCED BY LENE BAUSAGER STORY BY JAMES WARD BYRKIT ALEX MANUGIAN SCREENPLAY BY JAMES WARD BYRKIT DIRECTED BY JAMES WARD BYRKIT

BELLANOVA  
FILMS

PROPER POST

OSCILLOSCOPE  
LABORATORIES

DIGITAL SANDBOX

uglyduckling films

@COHERENCEMOVIE

COHERENCETHEMOVIE.COM

/COHERENCEMOVIE

© 2013 OSCILLOSCOPE

# COHERENCE, el prometedor debut en la dirección de James Ward Byrkit

Ficha técnica:

Título: Coherence

Director: James Ward Byrkit

Año de producción: 2013

Nacionalidad: Estados Unidos

Guion: James Ward Byrkit y Alex Manugian

Duración: 1h: 27 minutos

Reparto: Emily Baldoni, Maury Sterling, Nicholas Brendon, Elizabeth Gracen, Alex Manugian, Lauren Maher

Género: Ciencia ficción, Thriller psicológico

## CRÍTICA DE PELÍCULA

**J**ames Ward Byrkit, a quienes los cinéfilos pueden recordar por dirigir cortos como *Fractalus* (2005), una rareza de género fantástico-filosófico —de 26 minutos de duración—, donde ya trabajó con el actor Maury Sterling, el cual repite en *Coherence*, se estrena exitosamente en la dirección cinematográfica de largometrajes. Y digo «exitosamente» porque *Coherence*, si alguna virtud tiene, es la de no dejar indiferente a nadie.

*Piratas del Caribe: Cuentos del Código: Wedlocked* (2006) fue otro corto dirigido por Byrkit, donde contó con el compositor de bandas sonoras Hans Zimmer, la producción del magnate hollywoodiense Jerry Bruckheimer y la interpretación de otra de las actrices de *Coherence*, Lauren Maher.

40.000 euros de presupuesto, un rodaje de cinco días y el salón de su casa como el —casi único— lugar donde se desarrollan los hechos de la película que nos ocupa, demuestran que Byrkit es un cineasta de recursos, unos recursos que, en este caso y sin ninguna duda, se sustentan sobre la viga maestra del guion.

Y es que, viviendo en una época donde la desmesurada utilización de los efectos especiales, los presupuestos fastuosos o los guiones malos o mediocres son salvados en taquilla por el tirón de actores de primera línea, ya no nos extrañamos de que estas cosas estén a la orden del día, por lo que es preciso valorar y agradecer que un cineasta —y más en el género fantástico— rompa esa baraja y se lance a la aventura con buenas ideas, valor y mucha templanza para mantener el tipo.

Estrenada en el Festival de Sitges 2013, donde acertadamente fue premiada al mejor guion y proyectada en la Muestra *SyFy* 2014, el punto de partida de *Coherence* es una reunión de amigos que llevan tiempo sin verse, una reunión que tiene lugar en una típica casa americana ubicada en una villa. Allí, los personajes se disponen a compartir la experiencia de ver pasar un cometa muy cerca de la Tierra, hecho que les lleva a recordar un suceso acaecido en Finlandia en el año 1923. El paso de un cometa en aquel entonces hizo que los habitantes de un pequeño pueblo quedaran completamente desorientados, no encontraban su propia casa, olvidaban quienes eran, hasta el punto que una mujer llamó a la policía alertando de que el hombre que estaba en su casa no era su marido. Cuando llegó la policía le dijo a la señora que en efecto, el señor que había allí era a todos los efectos su marido y ella alegó que eso era imposible porque el día anterior lo había asesinado y había escondido su cadáver.

Dicha premisa original, la de una

reunión de amigos y la cercanía de un cometa, me recuerda inevitablemente a una película española que comienza con los mismos ingredientes, *Fin* (Jorge Torregrosa, 2012), un intento fallido de ciencia ficción (a la española) que termina siendo un desfile de animales, por lo que *Coherence* se encuentra más en la línea de películas como *Primer* (2004), debut en el cine del matemático Shane Caruth; *Otra tierra* (Mike Cahill, 2011); *Triangle* (Christopher Smith, 2009) o *Los cronocrímenes* (Nacho Vigalondo, 2007), películas de género fantástico, de bajo presupuesto, con

negro que alimentan el desconcierto y la intriga del espectador por posibilitar las elipsis.

Es difícil reseñar una película como *Coherence* sin destripar su argumento, por eso, a partir de aquí, quien o haya visto la película y quiera conservar intacto su factor sorpresa, debe dejar de leer esta reseña.

¿Qué nos ocurriría si fuésemos uno de los protagonistas de la película y al salir de la casa, por la circunstancia que fuese, nos encontrásemos con alguien, alguien que resulta ser nosotros mismos? ¿Cómo estarían seguros, los ha-



sólidas actuaciones y guiones entre lo especulativo y metafísico que funcionan por una conjunción de factores en equilibrio.

La puesta en escena de *Coherence* es teatral, sobria, sin excesos de ningún tipo, rodada casi absolutamente en interiores, circunstancia que obliga a su director a mover la cámara —al hombro— de forma precisa y discreta, de manera que no entorpezca en ningún momento el natural transcurso de la trama. La técnica narrativa de Byrkit se apoya en transiciones bruscas en el montaje, cortes radicales o fundidos a

bitantes de la casa, de que soy yo quien regresa con ellos y no es la copia de mí mismo? Encontrarse a sí mismo, literalmente, es casi más aterrador que ser sorprendido por un monstruo horrendo o un asesino despiadado, ¿cómo afrontaría nuestra mente un hecho así?

Desde el primer momento en que tal contacto ocurriese en un mismo presente, el sistema cuántico se rompería y la realidad, que se habría decantado por una de las muchas opciones posibles, se volvería caótica e incoherente, provocando con ello un conflicto que probablemente terminaría en tragedia.

Una curiosa característica de la física cuántica es que el mero hecho de observar contamina el experimento observado (principio de incertidumbre) y define una realidad frente a las demás. Einstein expresaba así su desconcierto: “¿quiere esto decir que la Luna no está ahí cuando nadie la mira?”

A esta tesitura se enfrentan los personajes de *Coherence*, cuya trama fantástica, va creciendo exponencialmente a la par que la trama humana de sus personajes, un doble argumento inflacionista cuya atmósfera, *in crescendo*, consigue mantener alerta en todo mo-

posible contacto (aunque no físico) entre universos paralelos a través de un elemento energético como factor desequilibrante, en este caso, la aurora boreal; pero Byrkit, yendo más allá en su arriesgada ópera prima, introduce dos conceptos físicos más: “colapso de la función de onda” y “decoherencia cuántica”, por ello lo del título. Este proceso de tránsito de la realidad cuántica a nuestra realidad clásica, llamado «decoherencia», es el responsable de que veamos el mundo tal y como lo conocemos, es decir; como una única realidad. ¿Qué ocurriría si ese «contacto»



mento a los espectadores.

¿Pero qué puede provocar algo así? En la película, el hecho de que un cometa, denominado «Miller» se aproxime a la tierra es el *macguffin* que —*a priori*— desencadena tales hechos. Pero su director, quien también escribe el guion junto a Alex Manugian, va más allá en su justificación de lo improbable y añade a su propuesta, nada más y nada menos que la —posible— existencia de universos paralelos, algo que defiende la Teoría de Cuerdas.

La película *Frequency* (Gregory Hoblit, 2000), ya especulaba con un

entre realidades paralelas fuese a nivel físico, es decir, simultáneo? En la película, para tratar de racionalizar tal cisma se postula la famosa paradoja del gato de Schrödinger, publicada en el año 1935. Una de las variantes más sencillas e interpretación contraintuitiva de la mecánica cuántica incluida en la paradoja del Premio Nobel Erwin Schrödinger (Austria, 1887/1961), es:

«Una caja cerrada y opaca contiene un gato en su interior, una botella de gas venenoso y un dispositivo, el cual contiene una

sola partícula radiactiva con una probabilidad del 50% de desintegrarse en un tiempo dado, de manera que si la partícula se desintegra, el veneno se libera y el gato muere.

Al terminar el tiempo establecido, hay una probabilidad del 50% de que el dispositivo se haya activado y el gato esté muerto, y la misma probabilidad de que el dispositivo no se haya activado y el gato esté vivo. Según los principios de la mecánica cuántica, la descripción correcta del sistema en ese momento (su función de onda) será el resultado de la superposición de los estados «vivo» y «muerto» (a su vez descritos por su función de onda). Sin embargo, una vez que se abra la caja para comprobar el estado del gato, éste estará vivo o muerto.

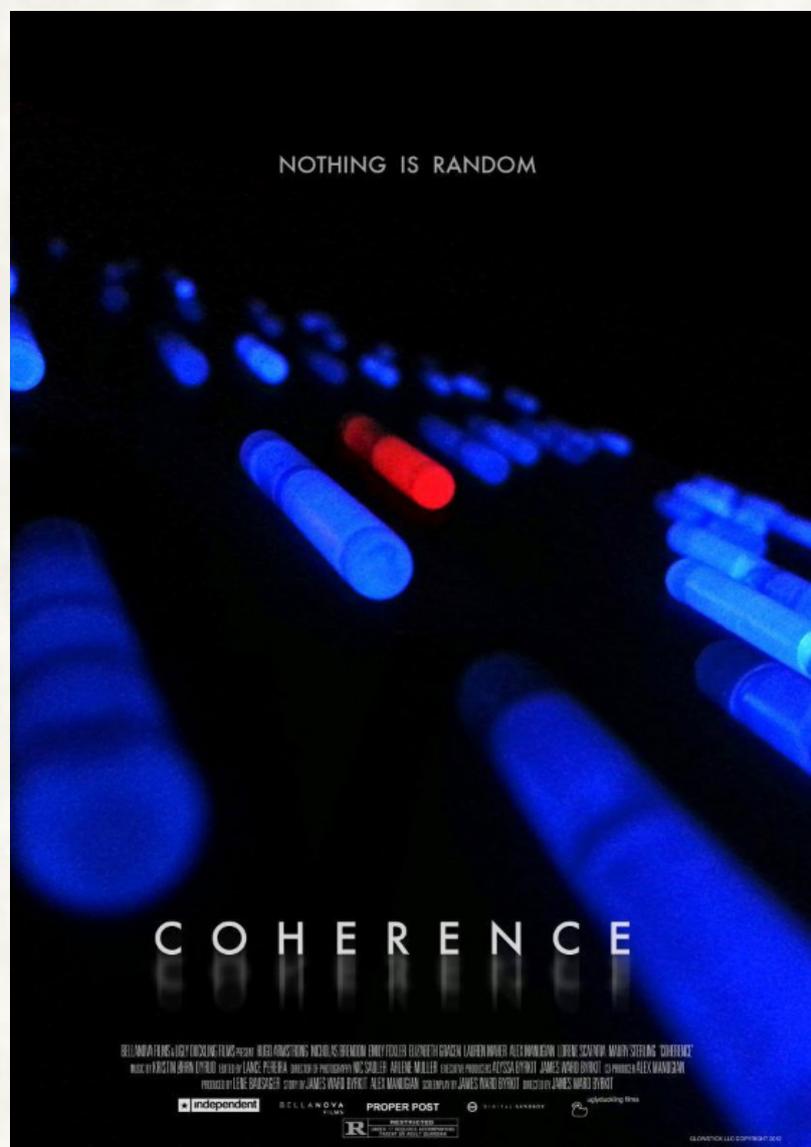
Sucede que hay una propiedad que poseen los electrones, de poder estar en dos lugares

distintos al mismo tiempo, pudiendo ser detectados por los dos receptores y dándonos a sospechar que el gato está vivo y muerto a la vez, lo que se llama Superposición. Pero cuando abramos la caja y queramos comprobar si el gato sigue vivo o no, perturbaremos este estado y veremos si el gato está vivo, o muerto. Ahí radica la paradoja. Mientras que en la descripción clásica del sistema el gato estará vivo o muerto antes de que abramos la caja y comprobemos su estado, en la mecánica cuántica el sistema se encuentra en una superposición de los estados posibles hasta que interviene el observador, lo que no puede ser posible por el simple uso de la lógica. El paso de una superposición de estados a un estado definido se produce como consecuencia del proceso de medida, y no puede predecirse el estado final del sistema: solo



la probabilidad de obtener cada resultado. La naturaleza del proceso sigue siendo una incógnita, que ha dado lugar a distintas interpretaciones de carácter especulativo».

Como pueden comprobar, la tensión y el misterio están servidos. Si a eso añadimos un inquietante y casi impredecible final, motivado por el factor emocional de uno de sus protagonistas, tenemos un cóctel que hace presagiar una carrera interesante para James Ward Byrkit, quien está escribiendo en la actualidad y junto a Alex Manugian de nuevo, el guion de —la esperada por los seguidores del universo Jim Henson—, *Fraggle Rock*, la película. *Coherence* es ya considerada una película de culto en el género fantástico, probablemente yo no alcance a tanto en mis calificaciones, pero sin duda la considero una película recomendable que merece un debate tras su visionado.



POPULAR SCIENCE

*Third*

# RADIO

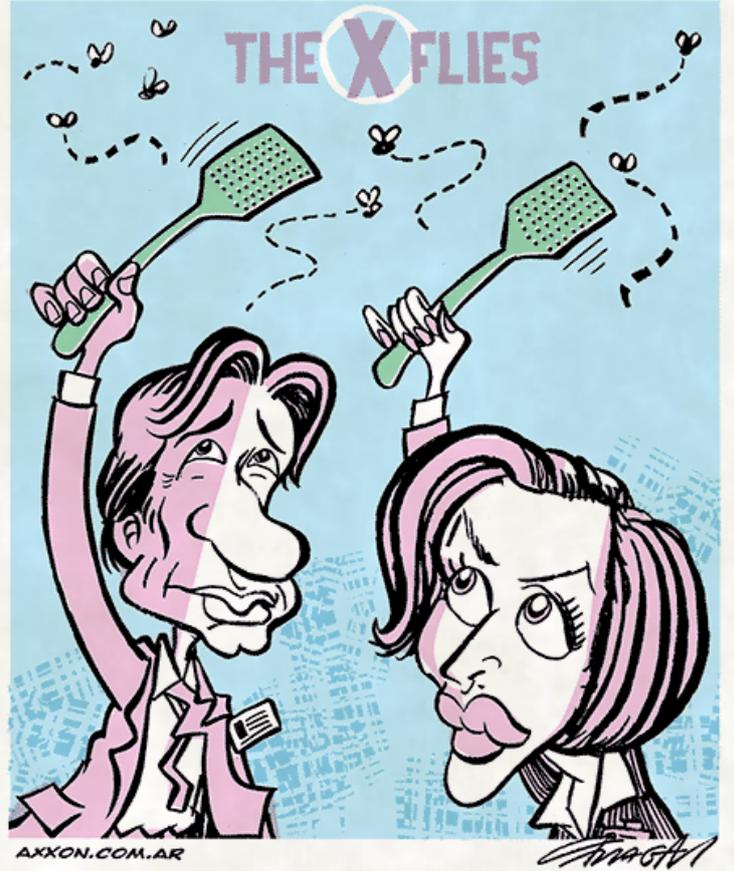
**MAKE IT-FIX IT  
ANNUAL**

**35¢**  
COMPLETE



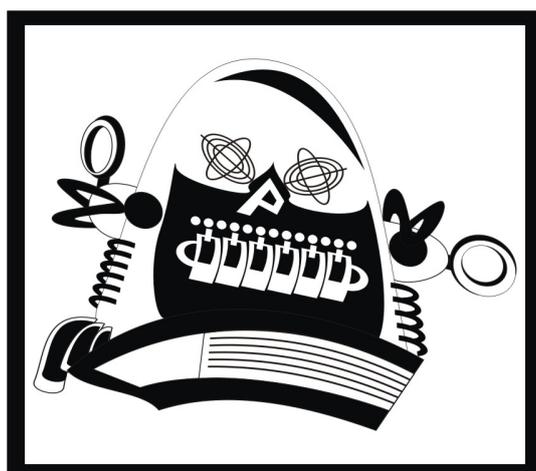
**How to Make and Repair Radio Sets  
at Home**

**111** SPECIFIC IDEAS **184** DIAGRAMS AND ILLUSTRATIONS





**Nos vemos EN EL PRÓXIMO NÚMERO...**



«Este número de Planetas Prohibidos©  
Año 4, se terminó de editar el día 15 de  
enero de 2016».

#### CONSEJO DE DIRECCIÓN

Jorge Vilches, Lino Moineo, Guillermo de la Peña  
y Marta Martínez

#### EDITOR

J. Javier Arnau  
William E. Fleming

#### CORRECCIÓN

J. Javier Arnau  
William E. Fleming

#### MAQUETACIÓN

James Crawford Publishing

#### COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

#### ILUSTRADOR DE PORTADA

Víctor Monigote

#### DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA

Marta Martínez

#### EDITORIAL

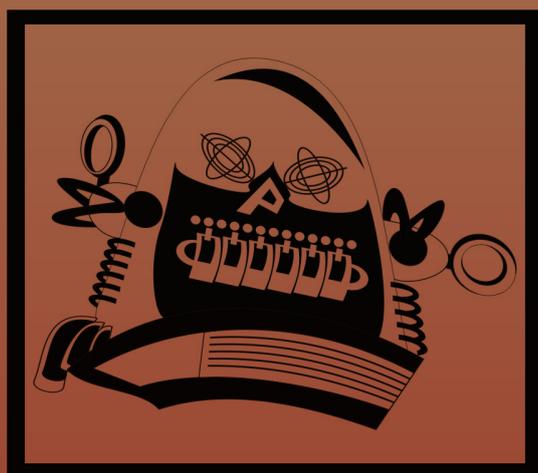
J. Javier Arnau

#### RESTO DE ILUSTRACIONES

Néstor Allende «Sgrum», Zalo Palmer, Pedro  
Belushi, Rodrigo Damián, David Agundo, Ángel  
García Alcaraz, Vicente Balbastre, Fraga.

#### ESCRITORES

Ramón San Miguel, Carlos M. Federici, Hugo Pe-  
rrone, Jesús Cañadas, Laura López Alfranca, José  
Antonio Olmedo, Ramiro Sánchez, Carlos Pérez  
Jara, Rafa Marín, J. Javier Arnau.



Descarga los números anteriores en:

